

# ESCENA CON VOLCANES



**Siete piezas teatrales de ficción histórica  
sobre Nicaragua**

Javier Amor

## Siete piezas teatrales de ficción histórica sobre Nicaragua

<u>Sinopsis</u>		Página
“La última travesía”	En 1914, Rubén Darío emprende su postrer viaje transatlántico de Barcelona a Nueva York	1
“La antesala”	En 1956, dos figuras históricas se enfrentan, ante testigos, en la sala de espera de un Doctor	24
“Leonel y Federico en el Parnaso”	En 1970, dos poetas muertos violentamente se encuentran en El Parnaso con la musa Euterpe	46
“Waikna Tara”	En 1982, a causa de la guerra, tribus indígenas son obligadas a abandonar sus tierras y su cosmovisión	57
“La extranjera”	En 2006, una actriz y un tramoyista evocan su pasado mientras se plantean el cierre de su pequeño teatro	64
“Contra el olvido”	En 2014, en la antigua barbería “Acapulco”, un viejo narra a dos jóvenes una aventura ocurrida en 1970	76
“Vidas paralelas”	En 2050, un astronauta nicaragüense y otro español quedan a la deriva en el espacio sideral	103



Javier Amor (1949) es un cómico y dramaturgo nica-español formado en el materialismo dialéctico. Estudió Ciencias Políticas, tocó en tres grupos de pop-rock y fue canciller de la Embajada de España en Nicaragua entre 1984 y 1989. Es director del Teatro de Cámara de Managua.

## LA ÚLTIMA TRAVESÍA

Personajes:

El Poeta

El Capitán

El Grumete

La Parca

El cello melancólico

La acción transcurre en octubre de 1914, en la cubierta del buque “Vicente López” que hace la travesía Barcelona-Nueva York. El Poeta viaja cansado y enfermo, en el que será su último gran viaje.

(La cubierta de un barco. El poeta está sentado. En su regazo una colcha y un libro. En una sombra distante se oculta un músico con un violoncelo, que permanecerá en escena todo el tiempo, iluminado o no, según la ocasión)

Poeta:

París se me deshace en una bruma bohemia, Barcelona y su florida rambla se bañan en la espuma de este barco que avanza; lo más parecido que tuve a una familia queda enterrado en un sombrío pasado y la estancia delirante de Mallorca acude recurrente en un marasmo de goces y de náuseas. Allí sentí que comenzaba el ocaso de este fauno ebrio que un día fue atlante poderoso. Paladín de las letras castellanas, príncipe de los ingenios renacidos. No quiero refugiarme en la falsa modestia. Lo fui todo y soy apenas nada. Pero aún me quedan fuerzas para elevar mi voz celeste sobre la voz del cañón que asola Europa. Con mi mensaje de paz cruzo la mar oceánica para sembrar mi rama de olivo en la América rubia.

Capitán:

Este barco, que es el “Vicente López”, hijo del capital amasado con sangre y sudor de esclavos, hace su travesía Barcelona-Nueva York.

No esperamos mayores contratiempos en esta singladura. Entre los miembros del pasaje se encuentran ciudadanos de postín. No cualquiera puede permitirse pagar un boleto de barco. Hay banqueros, comerciantes, rentistas, aristócratas y parásitos varios. Y entre todos ellos, que me importan un comino, tengo un pasajero que, sin ser rico -o siendo más bien pobre- es el gran lujo de esta travesía.

Poeta: O yo estoy mareado de antemano, o este barco se mueve mucho, capitán.

Capitán: Se mueve lo que se tiene que mover. Usted, que es un hombre de mundo debe saber que el planeta se mueve y el mar con él.

Poeta: No se haga el gracioso conmigo, que estoy por vomitar.

Capitán: Lo que le digo es que el océano está en calma. Esto es lo normal. ¡Santa Bárbara nos libre de una tormenta!

Poeta: Alguna me ha tocado en esta vida mía, del timbo al tambo, pero a estas alturas ya no estoy para sobresaltos. Dígame que se prevé una buena travesía.

Capitán: Ya me gustaría ser adivino, pero donde menos se espera, salta la liebre.

Poeta: Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas, tralará. ¿Conoce esa canción de corro que cantan los chicuelos?

Capitán: Claro que conozco esa antología del disparate. Lo que me alegra es que al menos no ha perdido del todo su sentido del humor.

Poeta: A la fuerza ahorcan.

Capitán: ¿Qué quiere decir?

Poeta: Que me río por no llorar

Capitán: ¿Tan mal se encuentra, señor?

Poeta: No podría estar peor. Me duele hasta el pasaporte.

Capitán: Pues metidos en el refranero, yo diría: A mal tiempo, buena cara. ¿Qué le parece?

Poeta: Me parece que usted trata de levantarme la moral, y se lo agradezco. Yo mismo quisiera romper esta postración, recuperarme, aunque fuera un poco. Voy a necesitar recolectar todas mis fuerzas para arrostrar la campaña por la paz mundial que iniciaré en Baltimore.

Capitán: Tiene que poner algo de su parte; en lugar de pasar sentado todo el día, dese un paseo por cubierta, de vez en cuando. El aire fresco le hará bien.

Poeta: Ya bastante aire fresco sopla. Si no, no estaría embutido en esta cobija.

Capitán: Descójese señor y camine a sotavento. ¿Tiene bastón?

Poeta: ¿Bastón yo? ¿Me toma por inválido?

Capitán: Pues dé un paseo de mi brazo, que con gusto se lo presto.

Poeta: Mejor me quedo leyendo.

Capitán: Así se mareará más.

Poeta: Pues entonces veré de echarme un sueñito 'e chancho, si me permite la expresión.

Capitán: Si se duerme de día, el desvelo le visitará en la noche.

Poeta: Será sólo un pelón, profeta del insomnio. Y déjese de paternalismos, que voy a darme un respiro en los brazos de Morfeo (se acomoda a dormir)

Capitán: Todito se lo consiento. Ustedes también lo harían con un pasajero semejante. Para mí es un honor que me dirija la palabra, así que le soportaría cualquier malacrianza. Ahí donde lo ven, semiderruido, es la gloria viviente de las letras castellanas. Perseguido por su propia fama y el fantasma de la guerra que atenaza Europa, se ha embarcado hace dos días en Barcelona y Nueva York será nuestro destino. Es cierto que está muy desmejorado; ya se sabe, la vida bohemia y sus excesos. Pero siempre está lúcido y brillante y conserva casi intacto el acero y el olivo de sus versos. Es de un lugar remoto que casi nadie conoce. Yo, por mi profesión, soy ducho en Geografía. Así que puedo decirles que el país es Nicaragua y Corinto su puerto. Una sola vez recalé en él, hace muchos años y el recuerdo que tengo es de muy poca gente, muy pobre y muy guerrera. Supongo que a estas alturas la cosa habrá cambiado.

(El capitán se pone a mirar a lo lejos con sus prismáticos. Se ilumina en el extremo opuesto un violoncelista que comienza a ejecutar una pieza clásica nicaragüense. En el crescendo cruza la escena una señorita (La Parca). El poeta es despertado por el crujir de la falda y la otra música. Vuelve a cerrar los ojos. Los abre y así hasta que cesa la música. El capitán se retira en silencio por el lado opuesto al que se pierde la señorita.)

Poeta: Dormitaba. En mi sueño se enlazaban vestales y serpientes, amapolas, sirenas, los ecos de septiembre. Evoco alucinado la lucidez de antaño y a la cadencia ingenua de mi vieja "Marina", opongo sinfonías de trópico esplendor: ("Sinfonía en gris mayor")  
"El mar como vasto cristal azogado refleja la lámina de un cielo de zinc..."

(Entra el grumete con una bandeja y una copa grande de coñac por la mitad)

Grumete: Señor, me manda el capitán Rabella que le traiga esta bebida.

Poeta: ¿Qué bebida?

Grumete: No lo sé señor. A mí todas me parecen igual.

Poeta: Acércate y déjame olerla. Hum. Es coñac. Aparta de mí ese cáliz, muchachito.

Grumete: Entonces, ¿no se lo va a tomar?

Poeta: Por supuesto que no

Grumete: ¿Y el capitán? De repente se molesta conmigo.

Poeta: Tú dile de mi parte que se lo tome él, a mi salud.

Grumete: Está bien. A sus órdenes. (Sale)

Poeta: Sospecho que mi fama me precede y supongo que la he ganado a pulso, pero en esta amarga tesitura en que me encuentro, ya no soy capaz de probar una gota. Un asco de memoria antigua me lo impide...

El cello melancólico interpreta una pieza clásica; casi a su fin, entra el Capitán.

Capitán: ¿Ya conoció al mozo que le mandé?

Poeta: ¿Se refiere al mensajero diabólico que vino a tentarme?

Capitán: No mate al mensajero. Yo lo envié. Pensé que algo fuerte le reconfortaría

Poeta: Ya me he reconfortado bastante en esta azarosa vida mía: he puesto freno a la deriva.

Capitán: ¿Sabe por qué le envié a ese grumete?

Poeta: Ni idea

Capitán: Porque es de su tierra. Lo descubrí en la lista de la tripulación antes de zarpar.

Poeta: Pues ahora que lo dice, su acento me pareció vagamente familiar. ¿Sabe si me conoce?

Capitán: Por supuesto que no. No ha oído hablar ni del Káiser.

Poeta: ¡Yo soy más grande que el Káiser!

Capitán: No le falta razón, pero hoy el mundo conoce más al carnicero que al docto.

Poeta: Pues el chico no será docto, pero parece educado.

Capitán: Y bastante despierto, para ser más hortelano que marino. Lo que pasa es que su presencia, señor, le ha impresionado y me vino todo compungido, excusándose por una falta inexistente.

Poeta: ¿No me diga que el muchachito me ha visto como ogro? ¡Tenía que haberme visto en otros tiempos y mejores días!

Capitán: Yo sí he tenido noticias de su carácter tempestuoso.

Poeta: Apasionado más bien, diría yo.

Capitán: Como guste. Quería decirle que he autorizado al joven, si usted no tiene inconveniente, para que le haga compañía, tras cumplir sus deberes.

Poeta: La soledad es uno de los muchos males que me aquejan. Me parece bien que me acompañe, aunque no sé de qué podría yo hablar con un campesino.

Capitán: Usted, como todo poeta, habrá tenido su etapa bucólica y pastoril. Con el agreste mancebo podrá regresar a los aromas simples de los prados floridos.

Poeta: Mi Capitán también nos salió poeta. Estoy a punto de perder mi empleo.

Capitán: No se burle; aunque mi oficio le parezca rudo, yo también juego secretamente con las rimas. Sólo para mí, por supuesto.

Poeta: Estoy dispuesto a leer esas cuartillas

Capitán: No me atrevería a que nadie las leyera. Menos usted.

Poeta: Entiendo. La poesía es algo personal e intransferible. Sólo unos pocos alucinados vanidosos pretendemos vivir de ella.

Capitán: Usted...

Poeta: Yo estoy arruinado, en todos los sentidos. El poco dinero que he ganado ha sido como periodista, no como poeta. Lo último que me quedaba se lo dejé a Francisca...

Capitán: ¿Francisca?

Poeta: Mi esposa española, con quien tengo un hijo. Espero que les alcancen los reales algunos meses, mientras busco otros mecenas en la América ubérrima.

Capitán: Estoy seguro de que así será. Parto ahora hacia el puente de mando a ver mis cartografías.

El cello melancólico toca “Francisca Sánchez acompáñame”

Poeta: Qué desastre mi vida. Esas notas del cello melancólico me traen a la mente los errores que aprisionan mi supuesta gloria. El hombre de barro frente al poeta de nubes. Pugna de sierpes y de arcángeles que quedará en tablas para siempre. El champán derramado y el conspicuo abandono... “Sueña, hijo mío y todavía, cuando crezcas, perdóname el fatal don de darte la vida, que yo hubiera querido de azul y rosas frescas, y sin embargo, tan sólo te dejé la Vida para que te envenenes...”

(Un breve sollozo amargo. Siente la presencia de la Parca, que permanece en pie frente al Poeta)

Poeta: Ya es la segunda vez que pasa por mi lado. ¿Se trata de una casualidad o se le ofrece algo?

Parca: ¿No me reconoce?

Poeta: Hay algo en usted que me es vagamente familiar; sin embargo no estoy ya para jugar a las adivinanzas.

Parca: Nos encontramos no hace mucho; en Mallorca. ¿Lo recuerda ahora?

Poeta: No. Si bien mi cabeza aún mantiene cierta lucidez y mis piernas se afianzan en su mermadas fuerzas, quiero aclararle, con todo respeto, que mis instintos más primarios están ya reducidos a su mínima expresión.

Parca: Aunque usted no me recuerde, yo lo sé casi todo sobre usted y quiero aclararle que mi interés no es de corte íntimo o amoroso.

Poeta: Parece que también mi caballerosidad está mermando. (Se levanta ligeramente) No la he ofrecido asiento. Haga el favor. (Ella se sienta)

Parca: Le refrescaré la memoria. Trate de volver a una de las mañanas de resaca en La Cartuja mallorquina. Un recinto sagrado que usted y sus crápulas epígonos mancillaban con desenfundadas borracheras. Aquella oportunidad de purificación física y moral usted la dilapidó, convirtiéndola en el principio del fin. Esa mañana a que me refiero, con el Poeta al borde de la consumación, llegué como hada misericordiosa para poner fin a sus sufrimientos.

Poeta: Lo que me faltaba. Una virtuosa dama del Ejército de Salvación sigue mis pasos para redimirme. Le agradezco sus desvelos y le advierto que ya estoy curado de aquella vieja enfermedad.



Parca: Y aun así, usted está cada vez más cerca de mí.

Poeta: ¿No será usted la...? ¡Qué horror! Esto no es real; tengo que salir de esta alucinación. ¡Qué horror! Aún no es tiempo. Le juro que ya dejé el vicio y me he convertido en un mensajero de la paz universal.

Parca: Sólo quería presentarme. El Poeta es una fruta ya madura y sólo pretendo que se vaya familiarizando conmigo. Estoy segura de que volveremos a coincidir en este barco.

Poeta: Ya tengo yo mis peores terrores con lo que usted representa. ¡No regrese, no vuelva!

Parca: Piense en su propio bien. Es mejor que se acostumbre a mi presencia. Incluso podríamos ensayar una cierta amistad, o la camaradería que surge de lo inevitable.

Poeta: ¡Vade retro! ¡Salga de mi vista!

Parca: (Levantándose) En esta hora de pérdidas en cadena, le confirmo que también está perdiendo su proverbial caballerosidad con las damas. Piense en lo que le he dicho. Ahora voy a dar un paseo por el barco, por si alguien necesita mis servicios. Buenos días señor.

Poeta: ¡Váyase a paseo! ¡Bruja con piel de hada! (Por la excitación le agarra un acceso de tos) ¡Váyase a paseo!

(A los gritos, aparece el Grumete que se queda observando. Cuando cesa la tos el poeta declama "Thánatos")  
"En medio del camino de la vida/Dijo Dante. Su verso se convierte.  
/En medio del camino de la muerte..."

Poeta: ¿Qué haces observando desde lejos? Toma asiento.

Grumete: Estaría a su altura

Poeta: Recuerda, hijo, que ya todos los hombres son iguales

Grumete: No; usted es un viejo famoso y yo soy sólo un joven campeche.

Poeta: Ahora eres marino

Grumete: A como sea, prefiero sentarme en esta caja, si usted me lo permite.

Poeta: Claro que te lo permito. ¿Y cómo llegaste hasta aquí?

Grumete: Pues saliendo de Corinto. ¿Lo conoce?

Poeta: Claro muchacho. De ese infierno de calores y luchas fratricidas sólo puede salirse por Corinto.

Grumete: Y entrar, patrón, y entrar. Por ese puerto entraron los invasores.

Poeta: Lo sé hijo, lo sé. Una vergüenza patria.

Grumete: ¿Y lleva usted muchos años fuera?

Poeta: Todos los que he podido

Grumete: ¿Y por qué no le gusta el país?

Poeta: Porque huele a podrido. ¿Cómo llegaste aquí?

Grumete: Pues de Corinto a Cuba y de allí a Barcelona. Este es mi segundo viaje.

Poeta: ¿Sabes lo que ocurrió en el segundo viaje de Colón?

Grumete: No.

Poeta: Pero ¿sabes quién fue Colón?

Grumete: No me ofenda, caballero. Colón descubrió América.

Poeta: Para que al fin se la quedasen los norteamericanos.

Grumete: Por culpa de los yanquis es que estoy yo aquí.

Poeta: ¿Te refieres a los norteamericanos?

Grumete: No; me refiero a los gringos.

Poeta: Explícate, pues.

Grumete: Usted habla raro. No parece de allá.

Poeta: Yo soy ciudadano del mundo y mi patria son todos los continentes... y hasta los océanos, como ahora.

Grumete: Habla usted raro. Pero muy bien.

Poeta: Así me gano la vida.

Grumete: ¿Puede uno ganarse la vida sólo hablando?

Poeta: Escribiendo y hablando. Hablábamos de los norteamericanos.

Grumete: Que invadieron nuestra tierra

Poeta: ¿Y qué le puede importar a un mozalbete lo que hagan los políticos?

Grumete: Importa y mucho.

Poeta: No me vas a decir que eres un exiliado.

Grumete: No sé lo que es eso. Lo que sí puedo decirle es que estoy harto.

Poeta: ¿Cómo así?

Grumete: Usted habrá oído hablar de timbucos y calandracas.

Poeta: Por supuesto. Yo no sólo estoy al tanto de lo que ocurre en mi país, sino que lo he representado en las más altas instancias.

Grumete: Bueno, pues entonces sabrá que los calandracas llamaron a los yanquis y con su ayuda derrotaron a los timbucos

Poeta: Claro que lo sé. ¿Te fuiste por la guerra nacional?

Grumete: Me fui dolido y furioso después de ver como arrastraban el cadáver del valiente general Benjamín Zeledón por las calles de Catarina. Yo soy de un pueblo de al lado.

Poeta: Estos paisanos nuestros se viven matando entre ellos. Y por si fuera poco, piden refuerzos para matarse mejor.

Grumete: Como si nosotros solitos no pudiéramos acabar con nuestro país sin ayuda extranjera.

Poeta: Los yanquis me parecen ignorantes sin historia, pero con mucho dinero. No me gustan. Bueno, en realidad lo que no me gustan son sus gobiernos, siempre metiendo las narices en la América española.

Grumete: ¿Cómo es eso de América española? ¡Somos una nación independiente desde hace casi un siglo!

Poeta: Lo de la América española es una forma poética de nombrar a nuestros países, ya que el yanqui rubio se ha adueñado del nombre de todo el continente.

Grumete: Es cierto. Como si americanos fueran sólo ellos. Yo los detesto y los quisiera echar de mi país. ¿Usted qué dice?

Poeta: ¿Que qué digo? Todo el mundo sabe lo que he dicho.

Grumete: Todo el mundo, menos yo

Poeta: ¿Querrías oír un poema mío que intuyo que te va a gustar?

Grumete: Claro que sí, señor.

Poeta: Vamos a hacer el esfuerzo de ponernos de pie y aguza el oído, zagal, para que puedas escucharlo con todo y el fragor del oleaje. Se llama Oda a Roosevelt

Grumete: ¿Y quién es ese Rusel?

Poeta: Roosevelt, Roosevelt. Es el Presidente de los Estados Unidos de América.

Grumete: Pues discúlpeme la mala palabra, pero debe ser tremendo hijueputa.

Poeta: Más o menos, aunque los hay peores. Y ya deja de interrumpirme que aquí vamos.

(El poeta declama la oda "A Roosevelt". Se sienta. Entra el Capitán. El grumete se levanta, se cuadra, y queda de pie. Cuando el Capitán habla, el Poeta lo mira socarrón desde la poltrona)

Capitán: Félix Ramírez o Félix García creció en el seno de una familia que no era la suya y donde nadie era lo que decía ser. Fue un poeta precoz y lector desde niño. En un arcón de la casa de León, Nicaragua, encontró un florilegio de libros que devoró sin piedad: La Corina de Madame Stahl, Las Mil y Una Noches, La Biblia, Los Oficios de Cicerón, las obras de Moratín, las comedias clásicas españolas del Siglo de Oro y el perpetuo Quijote. No hay duda que estas tempranas lecturas sembraron en él la semilla literaria que luego asombraría al mundo. (Sale)

Poeta: Este Capitán tuyo es un hombre la mar de culto.

Grumete: También es una buena persona.

Poeta: Me decía, sin darle importancia, que su familia venía de los Berenguer, que un día fueron reyes de Cataluña. O Condes de Barcelona. Así que el Capitán Rabella además de culto y bueno, es humilde.

Grumete: No como usted, que siempre se está dando importancia.

Poeta: ¡Pero será atrevido el chiquillo éste!

Grumete: Perdóneme; se me ha escapado.

Poeta: No te niego que a veces la fama nos envanece, pero si a humildad se refiere, pocos me ganan.

Grumete: ¿Se da cuenta que tengo razón?

Poeta: Me refiero a la humildad de mis orígenes.

Grumete: ¿Origen de qué?

Poeta: A mi nacimiento, a mi cuna, a mi familia

Grumete: No me hable de familia, que siempre me han tratado como un cero a la izquierda.

Poeta: Cuide sus apreciaciones. Tal vez sean precipitadas.

Grumete: Y por no tener, hasta hace poco ni padre he tenido.

Poeta: También ahí te gano, jovencito. Yo no lo tuve nunca.

Grumete: Pero yo soy y he sido pobre siempre.

Poeta: Y yo también.

Grumete: No le creo. Mírese usted y míreme a mí.

Poeta: Las apariencias engañan. Estoy en la miseria.

Grumete: Pero el pasaje a América...

Poeta: Los amigos, grumete, los amigos. ¿Has oído decir que quien tiene un amigo tiene un tesoro?

Grumete: Más o menos.

Poeta: Pues con eso está todo dicho: digamos que gracias a los buenos amigos he vivido mi vida de picaflor irredento en una móvil y vertiginosa isla del tesoro.

Grumete: Me cuesta entenderle. Y eso que soy de los más vivos de mi pueblo. Hasta le hago a la mecánica de autos.

Poeta: Lo que quiero decirle, señor mecánico, es que si sólo hubiera vivido de mis escritos, tan populares y alabados, me hubiera muerto de hambre. Suerte que el prestigio atrae amigos. Este viaje, como a ti, me sale gratis, gracias a un buen amigo.

Grumete: Sólo que usted descansa y yo trabajo.

Poeta: Trabajos los que yo pasé de niño. Por no tener, ni madre tuve.

Grumete: Ah no, señor. Sale que no tenga padre, pero madre...

Poeta: Sólo una vez la he visto y fugazmente.

Grumete: Bueno, en eso sí me la gana. Yo tengo una madre que siempre luchó por mí y por darme mi lugar.

Poeta: Afortunado. ¿Y quién empezó con este concurso absurdo de “a ver quien tuvo una infancia más precaria”?

Grumete: Pues usted, señor, que siempre quiere ganar en todo.

Poeta: Dejémoslo. ¿Sabes leer?

Grumete: Por supuesto. Y escribir también. Y las cuatro reglas.

Poeta: Yo también sé leer; y ¡desde los cuatro años!

Grumete: Vamos, que a usted no hay quien le eche la pata.

Poeta: Modere su vocabulario. Lo que yo me permito aconsejarle es que estudie y sobre todo que lea. La juventud tiene que leer libros. Si no, no habrá futuro.

Grumete: Tomo nota. Le decía también que me sé las cuatro reglas.

Poeta: Yo sólo tres; dividir pertenece al género de la abstracción más absoluta.

Grumete: Y tampoco sabe de mecánica. Yo hasta autos puedo manejar.

Poeta: Me rindo. Soy vencido. Pero que conste que a lo de la madre, te la gano.

Grumete: ¿Y qué hay de sus hermanos?

Poeta: Mucho preguntas, chaval. No tengo hermanos.

Grumete: Creo que en eso me la vuelve a ganar. Yo tengo hermanos, pero me tratan como el último mono. Y me cargan los trabajos más duros del campo. Digo yo que mejor no tenerlos.

Poeta: No te aflijas, que la vida da muchas vueltas y acuérdate de la parábola del hijo pródigo.

Grumete: No me gusta la religión.

- Poeta: A mí me pasaba igual, y a tu edad escribía versos contra la Iglesia, pero cuando mi derrumbe físico empezó a doblegarme, busqué el consuelo espiritual del que antaño me reía.
- Grumete: Eso siempre pasa cuando la gente mira la sombra de la pelona. Como a mí me falta mucho para eso, no me entretengo en esas pendejeras...
- Poeta: Tienes razón, zagal; todo tiene su tiempo. Mira, aquí llega de nuevo mi Capitán-Poeta (El Grumete se levanta para irse, pero el Capitán le hace un gesto para que se quede)
- Capitán: ¿Cómo están esos ánimos?
- Poeta: Pues haciendo de tripas corazón, como suele decirse
- Capitán: “*Fer el cor fort*”, que decimos nosotros
- Poeta: Aunque el catalán es una de mis carencias, esa expresión, cuasi latina, la entiendo perfectamente.
- Capitán: Usted estuvo en Barcelona.
- Poeta: No tanto como para aprender la lengua. También estuve en Madrid y ahí si llevaba cierta ventaja en el idioma. Le diré, si no se ofende, que viajé a tomarle el pulso al desastre del 98. A vivir en España la debacle por la pérdida de sus colonias, de Cuba, Filipinas, Puerto Rico.
- Capitán: Puertos en que yo amarré siendo españoles y a los que me veo obligado a saludar hoy con la cabeza gacha.
- Poeta: No se amargue, Capitán. Hablábamos de su lar, de Barcelona, la ciudad más cortés de las Españas. Y posiblemente la más bella.
- Capitán: Y sin duda la más antigua y altiva de toda Cataluña.
- Poeta: Más que altiva, soberbia como una bandera. Tierra de trabajadores revolucionarios, de honradez artesana y de vanidad heroica, siempre de pie, mostrando su musculatura y empuje. Me duele, sin embargo, que ese valor y ese fervor fabril la vayan distanciando cada vez más de España.
- Capitán: Considere que su Hispania idílica, como usted mismo escribió alguna vez, “es como una gran familia compuesta por muchos miembros y sostenida por sólo dos hermanos que trabajan. Dos ciudades que sudan para que el resto de los hermanos coman. Por eso es que en Bilbao y Barcelona, que son los dos hermanos que se esfuerzan, es que usted encontrará más vivo el ideal nacionalista”

Poeta: Lo entiendo y lo admito, pero no deja de dolerme. Hablemos de otra cosa.

Capitán: Sé de sus visitas al Liceo, a la ópera. Deduzco que coincidimos, aparte de otras cosas, en el gusto por la música.

Poeta: La música es como un bálsamo cuando al corazón le aprietan los dolores.

Capitán: Y también llega a ser exaltación de los sentidos, como en tantos de sus poemas. Eso nos lleva a Wagner. ¿Qué me dice?

Poeta: Que tiene toda la razón. ¿Se imagina una Marcha Triunfal puesta en pentagrama por el insigne alemán?

(El cello interpreta música de Wagner. Ambos se recuestan extasiados por la música. Ya a punto de cesar la música el Capitán se levanta para abandonar la escena, seguido del Grumete. Él y el Poeta se saludan. Saliendo el Capitán se cruza con La Parca, que viene en sentido contrario, pero ninguno la ve. Mientras El Poeta observa la escena, la Parca se le acerca majestuosa)

Poeta: Usted de nuevo

Parca: ¿Y usted me lo pregunta?

Poeta: Poesía eres tú.

Parca: Muy gracioso. ¿Usted cómo se encuentra?

Poeta: Usted lo debería saber mejor que yo.

Parca: Todavía no le veo amortajado.

Poeta: Pues claro que no; estoy más vivo que nunca.

Parca: Me acuerdo de aquel hábito capuchino; ¿o era franciscano?

Poeta: Era cartujo; parece mentira que precisamente usted no distinga los sudarios.

Parca: Ya sabe bien que yo no hago distinciones. Le sentaba tan bien, que la posteridad podría recordarle así ataviado. ¿Lo ha traído consigo?

Poeta: No me tome el pelo. Esa mortaja monjil era prestada y además mi humildad no llega tan lejos. Espero que cuando usted me aseste el golpe definitivo -la veo impaciente, sin ningún fundamento- me vistan con el uniforme diplomático de Ministro nicaragüense.



Parca: Pero si lo empeñó en París.

Poeta: Espero que en el Ministerio del Exterior tengan algún otro, aunque sea de segunda mano.

Parca: ¿Así que piensa morir en un país que ni se ve en el mapa?

Poeta: Eso depende de usted. Y no le lucen esas bromitas fáciles. Recuerde que si la patria es pequeña uno grande la sueña.

Parca: ¡Usted haciendo pareados! Eso suena a métrica ratonera.

Poeta: Yo he revolucionado la métrica hispana y toda la poesía castellana. Puedo permitirme las libertades que quiera.

Parca: Hablando de libertades, como que le veo menos libertino. Ya ni bebe.

Poeta: Ni bebo, ni nada de nada.

Parca: Ni me tiene el miedo cerval que antes me tenía.

Poeta: Claro que la tengo miedo. Lo que pasa es que con tantas “visititas” ya empieza usted a resultarme familiar.

Parca: Eso es hablar con sensatez. Le preguntaba antes que cómo se encuentra y aunque yo pueda adivinarlo, quiero oír algo sincero de su boca.

Poeta: Cómo decirlo... me siento como un muerto que llevara sobre sus hombros febles el cadáver del genio que le habita.

Parca: Genio y figura, hasta la sepultura. Un hermoso epitafio; pero no se aflija por ahora. Su hora no ha llegado... todavía. (Se levanta)

Poeta: ¡Yo la aborrezco y a la vez la saludo, oh musa inevitable!

(La Parca sale y El Poeta declama “Lo fatal”, mientras es observado por un Grumete que sale y avanza hasta sentarse en su cajón y mira al Poeta entusiasmado)  
“Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y más la piedra dura porque esa ya no siente...”

Grumete: Me encanta escucharle, aunque no entiendo ni la mitad de lo que dice.

Poeta: Y sin embargo somos de la misma tierra

Grumete: ¡Qué va a ser! Yo soy de la tierra. Usted parece vivir entre las nubes.

Poeta: No me jodas que ahora vas a ser poeta como tu Capitán.

Grumete: De donde yo soy no habrá justicia, pero levantas una piedra y salen dos poetas.

Poeta: Tremenda competencia. Por eso es que yo ni piso mi país. ¿Y qué sabe usted, joven, de poesía?

Grumete: Nada; pero tengo afiladas las orejas.

Poeta: Y los ojos abiertos, de eso no cabe duda. ¿Sabes quién soy yo?

Grumete: No lo sabía, pero el Capitán me ha dicho.

Poeta: ¿Qué te ha dicho?

Grumete: Que usted es uno de los escritores más grandes del mundo.

Poeta: Nada menos, ¿eh? Ese Capitán tuyo también es poeta, por si no lo sabes. Me parece que en este bote no hay sitio para tanto vate.

Grumete: No le entiendo.

Poeta: Ya entenderás. La travesía hasta Nueva York es larga.

Grumete: Con permiso, señor, tengo trabajo.

(En su salida, se cruza con el capitán que entra. Hay un recíproco saludo militar. Darío se enfrasca en la lectura del libro que tiene en el regazo, y no repara en la entrada del Capitán)

Capitán: El poeta, ya con el nombre inmortal por el que es conocido, representó como diplomático a su país en Guatemala, Francia, España, participó en las celebraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América y en la Comisión de Límites en el diferendo con Honduras. Pero su actividad diplomática no le reportó los beneficios económicos correspondientes. Son sus artículos periodísticos para los grandes diarios de Argentina y Chile los que le ayudan a sobrevivir. En sus viajes incesantes conoció a los más grandes políticos e intelectuales de su época. Sólo por mencionar uno, me referiré a José Martí, el protomártir cubano, con quien el Poeta se encontró en Nueva York y con cuyos ideales de patria libre coincidía plenamente.

Poeta: Fíjese Capitán que me mareo cuando leo.

Capitán: No se preocupe; eso le pasa a todo el mundo con el vaivén del barco. Incluso a usted, que ha recorrido los siete mares.

Poeta: Es verdad que he viajado sin fin; arrostrado tempestades sin cuento, y aún me dan miedo las tormentas y me mareo en alta mar.

Capitán: ¿Y no está ya cansado de tanta singladura?

Poeta: Pues claro que lo estoy, sobre todo a estas alturas. Lo que comenzó siendo aventura, fue luego lucha por la supervivencia y me temo que ahora significa retiro.

Capitán: O como suele decirse: Juventud divino tesoro... ¿Sabe usted, Poeta, que esos versos suyos se han incorporado al habla popular?

Poeta: Eso tengo oído.

Capitán: Pues anímese, maestro y declamemos a los cuatro vientos el poema de marras para alejar los malos presagios y admitir con la frente alta, que no vamos precisamente para niños pero... ¡Que nos quiten lo bailao!

Poeta: Pero así, de repente...

Capitán: Unamos nuestras baterías. ¡Fuego a proa!

(Capitán y poeta declaman a dúo “Canción de otoño en primavera” exaltados, alternándose uno y otro en las estrofas y gritando ambos en el estrambote final. Entra el grumete asustado y se les queda viendo, perplejo)

Capitán: Aquí llega la juventud, aquí el relevo.

Poeta: Aquí llega la fuerza que hará el cambio.

Grumete: Oí los gritos y me asusté

Capitán: No se asuste por nada, grumete. ¿Ya limpió aquel aceite derramado?

Grumete: Sí, mi Capitán.

Capitán: Pues acompañe aquí a este gran hombre, que yo aún tengo asuntos que resolver en la estación de radio. (Se aleja declamando en voz baja pero histriónica una estrofa de la “Marcha Triunfal”)

Poeta: (Señalando el mar/platea) ¿Tú ves lo que yo veo?

Grumete: No entiendo

Poeta: Un coro de vestales que acompañan las olas.

Grumete: No he entendido nada en absoluto.

Poeta: ¿Puedes escucharlas?

Grumete: Las olas sí y hasta el motor del barco, pero ese coro de ángeles...

Poeta: De vestales, jovencito, de vestales.

Grumete: Nada, no oigo nada.

Poeta: Serán entonces imaginaciones mías. Cuéntame de tus cosas.

Grumete: Ya oyó al capitán. Limpié la grasa del suelo de calderas.

Poeta: Un trabajo duro.

Grumete: Pues sí, pero no tanto como yo estoy acostumbrado. Acuérdense que vengo del campo. Allí no hay horarios ni descanso. ¡Por no hablar de la comida!

Poeta: La comida de este barco parece rancho cuartelero

Grumete: Pues a mí me parece un banquete diario.

Poeta: ¿Será?

Grumete: Compárelo con tortilla y frijoles los tres tiempos de comida.

Poeta: Visto así no te falta razón.

Grumete: Nunca había vivido mejor que desde que me enrolé en la marina. Sin embargo...

Poeta: Sin embargo, ¿qué?

Grumete: Estoy seguro de que esto no es para siempre.

Poeta: Acabas de decir que esta vida para ti es un lujo

Grumete: Siento que hay otra vida que me aguarda. Que tengo cuentas pendientes.

Poeta: ¿Con quién, si puede saberse?

Grumete: Con mi patria.

Poeta: Eso suena muy fuerte.

Grumete: Es muy fuerte lo que pasa en Nicaragua

Poeta: ¿Y tú vas a arreglar algo que no tiene solución? ¿Tu solito?

Grumete: Aún no tengo claro cómo. Pero sé que mi deber es intentarlo.

Poeta: No me digas que te vas a alistar en alguna de esas facciones leonesas o granadinas que sólo velan por sus intereses y el pueblo les importa un rábano.

Grumete: A veces es necesario pelear. Más que necesario, obligado.

Poeta: ¿Es que no tienes bastante con ver que Europa, el mundo, está en guerra?

Grumete: Soy nicaragüense y en mis venas corre la sangre indoamericana. La guerra ha estado presente entre nosotros todo el tiempo.

Poeta: No me lo digas a mí, que voy a las Américas como mensajero de paz.

Grumete: Nadie le hará caso.

Poeta: Soy una voz autorizada

Grumete: Se limpiarán el fundillo con su autorización.

Poeta: Modere su lenguaje, mozalbete. Por otro lado, tienes razón una vez más: el hombre siempre ha sido un lobo para el hombre.

Grumete: No le comprendo.

Poeta: Lo harás, porque eres un chico listo, cuando escuches un cuento que voy a contarte. Se trata de un lobo.

Grumete: ¿No será el cuento de Caperucita Roja?

Poeta: ¿El de Charles Perrault? No. En ese cuento la protagonista es una niña; en el mío es el propio lobo.

(El poeta declama “Los motivos del lobo”, mientras el Grumete lo mira extasiado. El cello melancólico acompaña “piano” al poeta con música a elegir y cuando el Poeta termina, se sienta y cierra los ojos, fatigado, el cello ataca un “crescendo” tempestuoso –oleaje–  
“El varón que tiene corazón de lis...”  
(Cuando termina el tema musical, el poeta abre los ojos, se echa hacia adelante y arroja la cobija que le cubre. Exaltado)

Poeta: Aquel árbol que fue roble es hoy apenas junco capricho del viento. Pero aún no estoy listo para rendir las ramas de mi olivo. En un supremo esfuerzo, el ave fénix se alza de sus cenizas para proclamar que mi hispanismo militante frente al potentado del Norte sigue vivo. Mi testamento político escrito está en mis versos. Y aun así, en esta aciaga hora, busco las costas del colosal imperio para llevar hasta allí mi mensaje de paz. El horror del acero de guerra y las sustancias

químicas asola Europa como nueva peste. ¡No debe llegar a las Américas! Depongo mis laureles, mis recelos antiguos y con mano tendida pido al poderoso Nemrod que pare la infernal sangría. ¡Gastaré mis últimas fuerzas luchando por la “Pax”! (Acceso de tos. Se recuesta cansado)

(Entra el Capitán, tambaleándose ligeramente. El Grumete se levanta y se pone firmes)

Capitán: Parece que tendremos temporal.

Grumete: ¿Voy con el contramaestre?

Capitán: No será para tanto. Puedes quedarte. ¿Qué te parece este caballero?

Grumete: ¿Usted le ha oído decir versos?

Capitán: Claro que sí

Grumete: Pareciera que se transforma en otro. A mí me ha dejado con la boca abierta

Capitán: Tú también le has causado buena impresión. Igual que a mí.

Grumete: Gracias, señor.

Capitán: Descanse. (El Grumete se asoma por la borda a ver el mar y así se queda)

En 1899, el poeta conoció en la Casa de Campo de Madrid a una campesina. La enseñó a leer. Ella sería su última compañera y procreó dos hijos con ella. El Poeta despertó en España la admiración de un grupo de jóvenes autores, defensores del modernismo, que luego brillarían con luz propia: Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Benavente y el propio Antonio Machado.

En 1903 fue nombrado cónsul de Nicaragua en Madrid y luego en México lo que mitigó sus angustias económicas por un tiempo, hasta que la caída del mítico Zelaya, que le pagaba el sueldo de su propio bolsillo, lo dejó en el aire y le devolvió a la penuria habitual.

Sin importar los avatares de su vida, su genio impar y original sigue reinando en la cima de la creación literaria por derecho propio.

Y a diferencia de los muchos genios, que nunca fueron profetas en su tierra, nuestro hombre en la flor de su fama gozó de las mieles del triunfal retorno a su natal Nicaragua, en circunstancias obviamente más propicias que las que este viaje postrero puede presagiar.

Poeta: Alto, capitán, que aún no estoy muerto, y fuerzas me quedan todavía para recordar. (Declama “Retorno”, terminando enérgico pero muy fatigado)

Capitán: Descanse maestro, no se agite más. Y dígame, grumete; ¿cómo está la mar?

Grumete: Algo agitada, señor. Quizás sería bueno que el maestro se retirara de cubierta.

(Aparece la Parca a la que nadie ve, salvo Darío)

Poeta: Capitán, dígame que se vaya

Capitán: ¿A quién, al grumete?

Poeta: (Señalando) No, no; a esa dama funesta

Capitán: Disculpe mi cortesía, pero yo no veo a nadie

Grumete: Debe ser efecto del mareo

(El Capitán y el Grumete hablan en voz baja y gesticulan sobre el estado alucinado del poeta y la necesidad de irse para dentro con él)

Parca: (Sardónica, por el Grumete) Muy despierto y saludable se ve este muchachito. De momento le irá bien, pero más le valdrá estar ojo al Cristo y no fiare ni de su sombra. (Pausa) Y usted, poeta, ¿dormía?

Poeta: El Poeta no duerme; descansa los párpados.

Parca: ¿Se encuentra bien?

Poeta: Siento comunicarle que peor de lo que yo quisiera y mejor de lo que usted deseara.

Parca: Ya sabe que yo nunca me desanimo. Creo que irán a jugar a los naipes; les espero abajo (Se aleja de él pero no sale de escena)

Poeta: No se moleste en esperarme (Gritando) Mi tiempo aún no ha llegado

Capitán: Perdón. Estaba usted hablando solo

Poeta: ¿Solo? Era con ella (Por la Parca).

Capitán: Ejem. Yo creo que podríamos trasladarnos al salón de juegos

Grumete: Jugar naipes distraerá al Poeta

Poeta: Eso es imposible con este viento.

Capitán: Es que bajaremos de cubierta

Grumete: Recuerde que yo tengo prohibido el juego.

Capitán: Para las reglas están las excepciones.

Poeta: Yo no juego con ella (Señalando) Yo con ella pierdo

Capitán: Jugaremos abajo; los tres. Aquí amenaza lluvia y se presagia fuerte marejada.

Parca: Fuerte marejada es precisamente la jugada que a todos tengo preparada. El futuro siempre pasa por mí.

Poeta: Pero ¿es que ustedes no la ven, no la oyen?

Capitán: Ánimo, poeta

(El poeta se levanta trabajosamente y se apoya en el brazo del grumete. Van saliendo los tres. El grumete se para en seco)

Grumete: Él ve algo que nosotros no vemos pero, sea lo que sea, es un peligro

Poeta: Me temo que, por una vez, deberíamos aceptar esta intuición juvenil.

Capitán: Juventud, divino tesoro...

Poeta: Un tesoro que quiere escurrirse entre mis dedos, aunque aún me quedan fuerzas para retenerlo. (Al Grumete) Vamos a ver: hemos hablado y hablado y aún no me has dicho tu nombre, grumete.

Grumete: Augusto. Augusto Calderón Sandino, para servirle

Poeta: (Al Capitán) A usted le digo, Rabella, y que este barco y el mundo lo oigan: este grumete tan vivo, llegará a ser Capitán.

(Van saliendo los tres, mientras el cello toca y la escena se oscurece) FIN

Estrenada por la Compañía Profesional del Teatro Nacional Rubén Darío  
 en su Sala Mayor, Managua, Nicaragua, el 29 de junio de 2016  
 Producción: Salvador Espinoza. Dirección: Xavier Espinoza

El Poeta:  
 El Capitán:  
 El Grumete:  
 La Parca:

José Arias  
 Salomón Alarcón  
 Ariel Rodríguez  
 Carlos Hernández





**LA ANTESALA**  
drama en un acto

*Temblad, temblad tiranos, en vuestras reales sillas  
ni piedra sobre piedra de todas las Bastillas  
mañana quedará*

Rubén Darío

*El río atraviesa sin envejecer todas las edades del hombre  
de la infancia a la vejez*

Gloria E. Espinoza de Tercero

*Ningún hombre puede cruzar el mismo río dos veces,  
porque ni el hombre ni el agua serán los mismos*

Heráclito

Personajes

El Príncipe: hombre de 60 años, ligeramente obeso, vestido de traje

Antonio Sol: Hombre de 26 años, delgado, vestido de guayabera blanca y pantalón azul. Bigotito y pelo engominado.

Gabriel: Persona asexuada sin edad aparente, de pelo largo, vestido con amplia cotona y shorts.

Madre: Señora de edad, vestida humildemente

Señor Doctor: Apuesto y elegante, de unos 60 años, pelo blanco y voz sonora

Pedro: Alto y robusto, de unos 65 años, calvo, de pocas palabras, pero graves.

El Teniente: Militar de 25 años, alto y apuesto. Usa bastón al caminar.

La acción transcurre en el año 1956.

*El escenario es una sala de espera con un tresillo y una puerta al frente. En el foro izquierda hay una escalera ascendente. Los actores están sentados en sendos sillones (el sofá libre) en total oscuridad. Se ilumina la escena.*

Antonio: Al fin se hizo la luz

Príncipe: Gracias a Dios

Antonio: De donde yo vengo estamos acostumbrados a los cortes de luz

Príncipe: En mi país pasa igual

Antonio: Y para una vez que se tenía que ir la luz, no se fue.

Príncipe: No entiendo.

Antonio: A mí también me cuesta entenderlo, pero ya no tiene importancia.

Príncipe: Lo de la electricidad es un problema en todas partes. Mejor hubiéramos seguido con candiles, ¿no le parece? Ja ja ja

Antonio: Como usted; candil en la calle y oscuridad en su casa. Y lo peor es que no se arregla ni privatizando el servicio y dándoselo a compañías extranjeras.

Príncipe: Nosotros no somos capaces de manejar eso con eficiencia.

Antonio: Pero habrá que aprender algún día, digo yo.

Príncipe: ¿Usted ha pedido cita?

Antonio: No

Príncipe: Yo tampoco, no sé qué hacemos aquí.

Antonio: Estamos esperando. De donde yo vengo estamos acostumbrados a esperar

Príncipe: Y usted ¿está antes que yo, o después?

Antonio: No creo que eso tenga importancia

Príncipe: Claro que la tiene. Yo no acostumbro a esperar.

Antonio: Tendrá que acostumbrarse. Algo me dice que aquí todos somos iguales

Príncipe: Pero siempre hay unos más iguales que otros

Antonio: O como dicen por ahí, siempre ha habido clases.

Príncipe: Efectivamente. Yo soy un príncipe

Antonio: Y yo un mendigo

Príncipe: Pues entonces usted va detrás de mí.

Antonio: Ya veremos, engreído (Toma una revista del revistero y la ojea)

Príncipe: Nada peor que poner a un indio a repartir chicha. Aunque para ser mendigo va muy arreglado. Seguro que viene de una fiesta de 15 años.

Antonio: Aquí sale usted.

Príncipe: Yo soy un hombre famoso.

Antonio: Creo que yo también.

Príncipe: Entonces ¿estamos aquí por famosos?

Antonio: Yo creo que es una coincidencia

Príncipe: ¿Coincidencias entre usted y yo?

Antonio: Una fatal coincidencia.

Príncipe: Y usted ¿a qué se dedica?

Antonio: Soy periodista. Y no preguntaré a que se dedica usted porque, como le dije, usted es bien famoso

Príncipe: ¿Acaso usted sabe de mí?

Antonio: Y quién no

Príncipe: (Levantándose y actuando) ¿Me conoces, Hijo del Hombre?

Antonio: Claro que te conozco. Vos sos el hijo de la chanchera de San Marcos

Príncipe: Alto ahí, descarado. ¿Cómo se le ocurre mencionar a mi madre, una mujer ejemplar?

Antonio: Su madre será una santa, pero usted es un hijo de p-príncipe ganadero

Príncipe: ¡Usted no sabe con quién está hablando!

Antonio: No se altere. Usted, siempre tan bromista, no se dio cuenta que le estaba siguiendo el juego en la representación de la Judea.

Príncipe: Así que usted es de mi tierra. Ya decía yo que su acento me era familiar.

Antonio: Y mi cara, ¿le resulta familiar?

Príncipe: Por supuesto que no. No le he visto en mi vida.

Antonio: Pero sí que me está viendo en esta vida.

Príncipe: No le comprendo. Usted es un cruce de mesero, catrín y dominguejo.

Antonio: Yo al menos estudié para contador; usted sólo sabía leerlos.

Príncipe: ¿El qué?

Antonio: Los contadores. Los contadores de la luz.

Príncipe: Ya he progresado mucho desde aquello.

Antonio: Por supuesto: ahora es un príncipe doctorado en cementerios.

Príncipe: Deje de hacer rimas fáciles con lo que yo digo, igualado de porra.

Antonio: Creo que usted es medio pariente de Rubén Darío. Deberían gustarle las rimas.

Príncipe: Ya me gustaría ser pariente del panida. Esa es una oportunidad que se me ha escapado por poquito, aunque por parte de mi esposa...

Antonio: Está líricamente emparentado.

Príncipe: Usted fue un poco grosero llamándome doctor en cementerios. Lo que yo soy es un máster de la oportunidad.

Antonio: Un oportunista.

Príncipe: No es cierto: a mí lo que más me gusta es el progreso y que mi pueblo me quiera.

Antonio: El pueblo que queda vivo, porque usted es como Atila.

Príncipe: Un Atila del progreso al que le gusta mandar.

Antonio: Y darse la buena vida; vivir como un rey

Príncipe: No, no, como Príncipe solamente.

Antonio: También le gusta reírse. Yo le recuerdo bromista y risueño.

Príncipe: Pues sí, pero ahora no estoy para bromas. Además, su presencia me incomoda. No entiendo por qué.

Antonio: Yo nada le he hecho. Al menos, ultimadamente.

Príncipe: (Se levanta y levanta la voz) ¡Qué pérdida de tiempo con este majadero!

Antonio: ¡Carnicero lo será usted! (Entra Gabriel haciendo gesto de silencio)

Gabriel: El doctor va a recibirlos de un momento a otro. No se me alboroten, que él hoy tiene la agenda cargadita.

Príncipe: Yo estaba antes

Antonio: Eso dice él

Gabriel: En realidad el tiempo es lo de menos y los turnos los decide el señor. Hacen muy bien en platicar, pero no levanten mucho la voz

Antonio: Es él, como dice que es príncipe...

Príncipe: Claro que lo soy. Y usted es un don nadie.

Gabriel: Haya paz entre los pacientes. ¿Entendieron el chiste? Todos somos parejos cuando venimos a consulta. De hecho comparecemos desnudos. Eso nos iguala a todos.

Príncipe: Pero yo estoy vestido

Antonio: Yo también

Gabriel: Esa es su percepción, que no coincide con la mía. Clase de huevos los que tiene el catrincito (Ambos se cubren instintivamente) Nuestro Príncipe no le va a la zaga, aunque ahora se le vean dañaditos.

Príncipe: Debe ser que me alcanzó allá, el hijuelagranputa.

Gabriel: No le estoy haciendo de menos. Usted, mi Príncipe, también los ha tenido siempre muy bien puestos, pero este joven modesto, no tiene nada que envidiarle.

Antonio: ¡Qué sonrojo!

Príncipe: No sabía que estábamos aquí para aguantarle a un pinche recepcionista mamplora una evaluación genital.

Antonio: Yo no digo nada

Gabriel: Usted nunca dice nada, pero hacer, ¡vaya si hace!

Antonio: Hago lo que puedo... y lo que debo.

Gabriel: Pero hace mal siendo tan reservado y calladito

Antonio: También escribo

Gabriel: Es cierto, el sastrecillo valiente escribe y sólo cuando escribe logra sacar afuera lo que le come por dentro.

Príncipe: Ahora el recepcionista, la recepcionista, o lo que sea, nos va a salir crítico literario

Antonio: Ideay. En nuestra tierra hacen mucha falta los críticos literarios.

Príncipe: Pero este no es de los nuestros. Sepa Judas de dónde ha salido este personaje.

Gabriel: Aquí no se puede blasfemar, principito barrigón. Es una falta de delicadeza con el doctor, y con su servidor.

Príncipe: Y usted tampoco me falte, que le arrastro de ese charral que tiene (Antonio se interpone)

Antonio: Un poco de delicadeza, majestad, por favor, tome asiento.

Gabriel: Gracias, poeta. Este mamulón no tiene modales.

Príncipe: Modales te voy a enseñar yo, pato de mierda. (Ofuscado se sienta, y Gabriel se va, con gesto ofendido)

Gabriel: ¡No sea abusivo con el personal de aquí! ¿Qué se hizo su proverbial buen humor, su aguante para las bromas?

Príncipe: Es cierto, no sé qué me pasa, pero desde que tuve el accidente se me ha agriado el carácter.

Antonio: ¿Tuvo usted un accidente?

Príncipe: Si, pero no es asunto suyo.

Antonio: ¿Usted cree?

Príncipe: Supongo que estoy aquí para explicarle al doctor el accidente. Y ratificarme en mi inocencia.

Antonio: Pobechito. ¿Así que usted es inocente?

Príncipe: ¿Y usted no?

Antonio: Pues claro que lo soy.

Príncipe: Yo me confesé antes

Antonio: Yo no

Príncipe: Entonces vas a tener problemas, catrincito igualado.

Antonio: A lo mejor usted tiene más problemas que yo. (Tras la puerta se oye una

Voz en off: “Gabriel, dile al Príncipe que pase” (Sale Gabriel)

Gabriel: Dice el señor que su excelencia puede pasar. Lamento que no pueda entrar bajo palio, pero con la compactación andamos escasos de personal. (Gabriel le abre la puerta respetuosamente, el otro pasa y él se queda fuera)

Príncipe: ¿Ya viste comemierrita que yo paso primero? (Antonio se encoge de hombros)

Gabriel: No le pongas mente, Antonio, Antonio Sol.

Antonio: Gracias por el cumplido. ¿Usted sabe quién es ese hombre?

Gabriel: Claro que lo sé. Pero no merece la pena hablar de él. Yo quiero saber de vos. Como te sentías antes, cómo te sientes ahora.

Antonio: Me siento sentado

Gabriel: ¡Qué pillín! ¡Haciendo sus chistecitos!

Antonio: Pues la verdad que no me ha ido muy bien en la vida. Siempre he sido un perdedor. Apenas he conseguido sacar la cabeza de la ciénaga a la que mi condición humilde me condena. He tenido varios oficios menores y por último he intentado ser escritor y periodista. Pero hay algo que me dice que no doy la talla. Siempre viviendo a la rebusca, buscándome los frijoles a través de las amistades. En fin, un desastre en lo profesional.

Gabriel: Quizás no has tenido la paciencia necesaria para ir depurando tu estilo literario. Hay que leer mucho para escribir medio bien...

Antonio: Claro que he leído. En cierto modo soy autodidacta, pues lo único que aprendí, que es contabilidad, no me ha servido para nada.

Gabriel: Pero ¿has intentado trabajar en lo tuyo?

Antonio: Es que los números no me gustan en absoluto. Yo soy un hombre de letras.

Gabriel: Ya veo. ¿Y lo demás?

Antonio: Lo demás ni siquiera es digno de mención. Amores platónicos que no llevan a ninguna parte, amores no correspondidos que sólo generan frustración. En fin, voy a hacerle una confesión: con la edad que tengo, sigo siendo virgen.

Gabriel: Ah, yo también.

Antonio: Pero quizás usted lo es por voluntad propia. Yo no soy más que el típico don nadie al que las mujeres no vuelven ni a ver.

Gabriel: Mirá Antonio, esa falta de autoestima que yo aprecio en vos, no sé, creo que no estás siendo justo con vos mismo. Hay otros aspectos de tu vida que...

Antonio: Si se refiere al amor a la justicia y a mis desvelos por una patria libre..

Gabriel: De eso estoy hablando.

Antonio: Lo mío no ha sido un sacrificio, sino un deber. Eso quizás me salve.

Gabriel: Salvado no es la palabra exacta. Ese sacrificio es tu timbre de gloria.

Antonio: Pero bueno, eso ya pasó. Mi vida siempre estuvo llena de minutos monótonos y sin sentido. Los diez segundos finales no pueden mitigar mi sensación de amargura.

Gabriel: Bueno, vamos a ver cómo te evalúa el de adentro; mi opinión siempre es más apasionada (Le da una palmada en la espalda y se mete)

Antonio: Aún no me recupero del vértigo reciente. Las imágenes se me amontonan, pues todo sucedió muy rápido. En el momento supremo la decisión pudo más que el miedo. Y hasta ahora me doy cuenta que se me olvidó respirar mientras concentraba alma, corazón y vida en el

objetivo. Luego sentí un golpe tremendo en la quijada y perdí el conocimiento. Debí pasar un tiempo amnésico y hospitalizado y luego, me fui despertando en medio de una bruma espesa. Sentado en este sillón y en esta sala de espera todo parece un sueño. Creo que mi empeño ha tenido éxito y ya no me duele la cara. (El príncipe sale de la consulta con cara de pocos amigos)

Príncipe: Ya me ha dicho el de adentro quien sos, desgraciado.

Antonio: Lo siento. Bueno, no lo siento. Lo digo por educación, por darle el pésame.

Príncipe: Burlate encima. Me dan ganas de matarte.

Antonio: Póngase la mano en el corazón y estará de acuerdo conmigo en que no tenía otra salida.

Príncipe: La mano en el corazón. Ahí es donde tenías que haberme pegado. Lo que me encachimba es terminar siendo víctima de un novato. Ninguna de las balas era mortal.

Antonio: Lo siento mucho. Quizás no tuve el entrenamiento suficiente.

Príncipe: ¿Y por qué no se consiguieron un tirador de verdad?

Antonio: Ya le he dicho que lo siento. Usted es un experto en matar gente, pero nosotros no pudimos contar con un Búfalo Bill.

Príncipe: ¿Y quiénes más están en la conspiración?

Antonio: La conspiración soy yo. Usted sabe por experiencia que tras el heroísmo de toda conspiración, se esconde la vileza de la delación. Un Llanero Solitario es indetectable. E infalible.

Príncipe: ¿Pero tendrías compinches?

Antonio: Soy el único culpable. Es cierto que hubo patriotas, con mejores intenciones que experiencia, que quisieron acuerparme. Por suerte para todos, yo había decidido enfrentar sólo la hora de las piedras pómez.

Príncipe: Así que un lobo solitario

Antonio: Fíjese que más que lobo, cordero que camina resuelto al matadero, con la frente bien alta. En lo de solitario acierta.

Príncipe: Pero un cordero no anda cargando pistola.

Antonio: La traje de El Salvador. Sólo para la coyuntura.

Príncipe: ¡Pues te luciste en tu primer concurso de tiro!

Antonio: Quizás el arma era un sarro o al final me tembló el pulso.

Príncipe: Clase de conspirador! Además de aprendiz, cobarde.

Antonio: Eso no se lo consiento. Hace falta valor para hacer lo que yo hice.

Príncipe: Lo que no entiendo es, con la de hombres de ñeque que lo han intentado, que le saliera bien a semejante mequetrefe.

Antonio: Sin ofender, plutócrata. Mi mano sólo ha sido un instrumento de libertad. De repente, temblorosa, pero efectiva de viaje.

Príncipe: Mire joven, la democracia siempre termina llegando. Hay que dar tiempo al tiempo. A usted lo que le mata es la impaciencia.

Antonio: O sea, que la libertad cae del cielo, como el maná. Usted y la democracia están en las antípodas. Usted ha hecho de la traición y el crimen una costumbre abyecta.

Príncipe: La razón de Estado, bruto, la razón de Estado. ¿Qué vas a saber vos de eso?

Antonio: Lo que sí sé es cómo usted traicionó y asesinó al General. Cómo la hiena que usted engendró torturó a los héroes del 4 de abril antes de matarlos.

Príncipe: La ley y el orden. La razón de Estado

Antonio: Pues yo he vengado tanta razón de Estado.

Príncipe: Un hombre como yo, víctima de un jincho bueno-para-nada.

Antonio: Bueno para ajustarle las cuentas.

Príncipe: (Yéndose hacia él para golpearle) Desgraciado, bruto, animal! (Sale Gabriel y se interpone antes de que el Príncipe agrede a Antonio)

Gabriel: Por favor señores, no hagan el cuadro

Antonio: Ya ve que se retrata solito. Genio y figura...

Príncipe: Es que me dan ganas de partirla la madre.

Gabriel: ¿Más todavía? Deje al joven en paz.

Antonio: Es que además de asesino y corrupto, es un maleducado.

Gabriel: Oírle a usted decir asesino es como mentar la soga en casa del ahorcado. No se pase, poeta.

Príncipe: Peor que asesino, este maje es un magnicida. Como el que mató a Lincoln.

Antonio: Cómo no, Chon

Gabriel: Vamos a ver. Ustedes ya no tienen nada que perder pero algo que ganar, así que les digo y les repito, que aquí los malos modos y las pasiones desatadas no tienen sentido. Finito; ¿capici?

Doctor/Off: Gabriel

Gabriel: ¿Si, señor?

Doctor/Off: Que pase el aprendiz de tirador.

Príncipe: Ese es usted.

Antonio: Ya lo sé. ¿Y cómo es él?

Príncipe: Mitad Flores Ortiz, mitad González y Robleto.

Antonio: No me ha sacado de dudas



- Príncipe: Además de pésimo tirador, es ignorante.
- Doctor/Off: Que pase el tipógrafo leonés y que el Príncipe de la Iglesia se calme un poco
- Gabriel: Ya va señor. Pase Antonio (La abre la puerta y desaparece tras él) y usted, majestad, a ver si se quita el enchichamiento.
- Príncipe: Cómo no voy a enturcarme. En lo mejor de la vida, querido por el pueblo, solicitado para un nuevo mandato y víctima de la envidia de un resentido. Yo he acabado con las luchas fratricidas y las guerras civiles. He modernizado el país. He conducido con firmeza la nave del Estado. ¿Que a veces se me ha ido la mano? Eso es inevitable cuando se trata de salvaguardar la ley y el orden. He sido un muro infranqueable para el comunismo ateo. Y eso, Dios y la Historia lo van a tener en cuenta. (La escena se oscurece; tan sólo se ilumina un podio alto en el proscenio izquierda y aparece en él una mujer de edad, pobremente vestida. El Príncipe queda en estado letárgico con la cabeza baja)
- Madre: (Como mater dolorosa) Soy del Barrio El Calvario, al otro lado de los rieles del tren. Pobre, siempre pobre, casi miserable; tuve a mi hijo mayor con un hombre irresponsable que me abandonó apenas me puso la barriga. Por suerte, encontré más tarde en este sufrido camino mío a alguien honrado, que se hizo cargo de mí y de mi cipote y con quien tuve mis otros hijos.
- El mayor siempre fue inquieto aunque reservado. No tuvo suerte en la vida; buscaba su camino, pero nunca terminó de encontrarlo. Bueno, al final sí. Fue sastre de oficio, tocaba violín, estudió en la Escuela de Comercio y aprendió contabilidad. A él lo que le gustaba era escribir y empezó trabajando en la imprenta del periódico y más tarde le publicaron alguna de las cositas que él escribía. Yo nunca lo sentía a gusto con él mismo, aunque en la casa era respetuoso y bien cariñoso conmigo. Para qué: un hijo que ya quisiera cualquier madre.
- Entraba y salía de la casa; entraba y salía de los trabajos; entraba y salía del país. Cuando volvió la última vez lo sentí más maduro, como más seguro. Sus ojos tenían pintada una resolución que yo no entendí. Era como que al fin hubiera encontrado lo que buscaba. No me contó nada y mis preguntas siempre las contestaba con aquellos besos y arrumacos que tanta alegría me dieron siempre.
- La última vez que lo vi estaba oscureciendo; estábamos en el patio de la casa y él se aseaba en la pila del lavadero. Antes, me había estado leyendo uno de esos versitos suyos que tanto le gustaban y que a mí me emocionaban, no porque los entendiera, sino porque él los había escrito. Luego se puso bien elegante, como a él le gustaba: Pantalón azul y guayabera blanca. En silencio, me abrazó más fuerte que otras veces y me besó en la frente. Luego salió de la casa sin decir palabra.

Yo no se la sentí, pero ya llevaba metida en el pantalón la pistola de hacer justicia.

Nunca pensé que me quedara tan cabal el nombre de pila. La soledad de esta madre no es chiche; el dolor de ver al hijo de tus entrañas cosido a flechazos como un San Sebastián sólo puede compensarse, y malamente, con el orgullo que me provoca su heroísmo. Y la satisfacción de que al fin encontró su destino.

Si yo alguna vez me afligí, sospechando que mi hijo andaba metido en actividades contra el gobierno, se me acabó la aflicción después de que mi familia y yo, inocentes por mera ignorancia, pasamos por las manos de esos monstruos vengativos y desalmados. La arrechura me encendió y se me abrieron de una vez los ojos: más que justo, era imprescindible matar al viejo chanco. (Se oscurece del todo el podio y luego la escena.

Antonio regresa a su sillón y asume el estado letárgico. Cuando se hace la luz de nuevo, el Doctor y Pedro están sentados tras un escritorio y el Teniente frente a ellos, apoyado en su bastón)

Doctor: Siéntese

Teniente: No hay dónde.

Pedro: Disculpe. Es la política de ajustes.

Doctor: Le he mandado llamar, teniente, para que nos aclare las circunstancias de su propia muerte, y cualquier otro aspecto que crea necesario.

Pedro: Usted intentó liquidar al Hombre. Sabía a lo que se exponía.

Teniente: No se trataba de matar a nadie. Sino de acabar con una tiranía.

Pedro: Y les salió el tiro por la culata

Doctor: Nunca mejor dicho

Teniente: Uno de los conspiradores nos delató

Pedro: Uno no debe fiarse ni de su madre

Doctor: De la mía sí, ¿no?

Pedro: La suya es especial. Me refiero en general.

Doctor: Murieron muchos.

Teniente: Murieron muchos, pero a mí había orden de agarrarme vivo.

Pedro: Para hacerlo hablar

Doctor: Para que denunciara a los conjurados. Pero usted no habló.

Pedro: ¿Fue ese Príncipe durmiente quien le torturó?

Teniente: No. Pero fue por orden suya.

Doctor: Explíquese.

Teniente: Cuando anochece en Nicaragua la Casa Presidencial se llena de sombras. Y aparecen caras. Caras en la oscuridad. Pablo Leal sin lengua. Luis Gabuardi quemado vivo mientras grita muera ése (señalando). La cara del telegrafista de 16 años (y no se sabe ni siquiera su nombre) que transmitía de noche mensajes clandestinos a Costa Rica, telegramas temblorosos a través de la noche, desde la Nicaragua oscura de Tacho un niño que no figurará nunca en los libros de historia y que fue descubierto y que murió mirando a mi verdugo. Su cara inocente habrá de perseguirlo mientras viva. Y aquel otro muchacho al que encontraron de noche pegando carteles que decían: (Señalando) "SOMOZA ES UN LADRÓN" y fue arriado al monte por unos guardias, esbirros que se reían mientras le daban muerte. Y tantas otras sombras, tantas otras sombras; las sombras de las zopiloterías de Wiwilí; la sombra de Estrada; la sombra de Umanzor; la sombra de Don Sócrates; y la gran sombra, la del gran crimen, la sombra de Sandino.

Todas las noches en Managua la Casa Presidencial se llena de sombras.

Por eso mi sombra carece de importancia. El hijo de ése me quebró los dientes y yo se los escupí de vuelta en su camisa blanca. Chilló como una niña mientras yo barbotaba maldiciones. Un verdugo así no debiera conocer la paz.

Pedro: Pero el héroe nace cuando muere y la hierba verde renace de los carbones.

Teniente: Los que parecen renacer son los cabrones.

Doctor: Usted no es nuevo aquí. Evite las malas palabras.

Pedro: Persevere en el perdón

Teniente: Disculpen mi exabrupto.

Doctor: Te mataron y no dijeron donde enterraron tu cuerpo, pero desde entonces toda la patria es tu sepulcro; o más bien: en cada palmo del territorio en que no está tu cuerpo, tú resucitaste. Creyeron que te mataban con una orden de fuego. Creyeron que te enterraban y lo que hacían era enterrar una semilla

Teniente: Gracias, señor. Y entonces ¿estos del sillón?

Pedro: Al gordo no hay que presentártelo.

Doctor: El otro es tu semilla que ha crecido.

Teniente: Usted siempre es muy críptico

Doctor: Y usted ya rindió su testimonio. Muchas gracias. Puede retirarse.

(El teniente sube las escaleras mientras se hace el oscuro. El escritorio y las sillas se retiran. Cuando se hace la luz, entra Gabriel como meteoro y Antonio y el Príncipe se despabilan)

Gabriel: (Payaso) ¿Cómo están ustedes?

Príncipe: A este bruto el doctor lo despachó rapidito

Gabriel: Tranquilo, eminencia. Dice el doctor, que le esperen aquí los dos, que ha tenido una emergencia. Que si puede, los volverá a recibir más tarde.

Antonio: Está bien. Prisa no tenemos ninguna

Príncipe: Ni hambre

Antonio: Glotón. (A Gabriel) Disculpe, ¿cuál es su nombre?

Gabriel: Gabriel

Antonio: Mire Gabriel, yo tengo una duda. ¿Dónde hemos estado desde la noche de autos?

Gabriel: Contra lo que se cree, el limbo sigue existiendo y en él han permanecido ustedes hasta que el doctor ha podido recibirlos.

Príncipe: ¿Pero estamos muertos?

Gabriel: Estamos en otra dimensión

Príncipe: Con lo bien que estaría yo en mi mansión

Antonio: Torturando a los justos con el famoso león

Príncipe: (Blandiendo el puño) Lástima que no te eché mi zarpa a tiempo.

Gabriel: Recuerden que el señor les ha dicho que no agarren lucha; ninguno de los dos. Lo que él espera, lo que todos esperamos, es que debatan

sobre su circunstancia con argumentos. Si algo les ha quedado de su breve paso por la consulta, es un don caprichoso y exacto: la ciencia. Si dejan de comportarse como niños, se calman y reflexionan, descubrirán que tienen cosas importantes que decirse. La ciencia filosófica y hasta la teológica les ha sido infundida por hipnosis, por un ensalmo generoso del doctor y a ustedes les queda la terapia. (Se sientan los tres. Gabriel como odalisca en el sofá. Antonio y el Príncipe en sus sillones respectivos. Pausa)

Príncipe: Ha de saber, comunista patarrajada, que ya Aristóteles y Platón en su Res Pública defienden la necesidad de un Estado fuerte, que proporcione la seguridad necesaria a los individuos, en lo económico y en lo político y, en aras del bien supremo general, otorga a ese Estado el derecho de coerción y el monopolio de la violencia para garantizar que las leyes se cumplan.

Antonio: Antes que ellos, Clístenes, el padre de la democracia ateniense, ya había defendido ese concepto que no significa otra cosa que el gobierno de los ciudadanos.

Príncipe: No de todo el pueblo

Antonio: Tiene usted razón. Sólo de los que tenían derecho a elegir y ser electos; incluyendo a los artesanos, como yo. Al ser aquella ley producto de su tiempo, los esclavos no podían entrar en ese grupo.

Príncipe: Ya ve que desde el principio la democracia impone ciertas limitaciones. No es el gobierno de la chusma, sino de los elementos más distinguidos de la sociedad.

Antonio: Los elegidos.

Príncipe: Exactamente. Traducido al lenguaje llano: No se puede poner a un indio a repartir chicha.

Antonio: Ni que usted fuera un patricio romano o ateniense.

Príncipe: Yo soy un hombre de Estado. Algo muy difícil de entender para un romántico como usted, que vive en las nubes y sueña con utopías irrealizables.

Antonio: Ya ve que a veces se cumplen.

Príncipe: Lamentablemente. No soy el primer estadista que cae víctima de la inquina y la incompreensión de los resentidos sociales. Pero el Estado, y la razón de estado, están por encima de estos accidentes históricos. El Estado garantiza no sólo el orden, sino la seguridad económica de sus ciudadanos. Por eso y principalmente para eso surge el Estado protector y garante que conocemos.

- Antonio: Los gobernantes no son otra cosa que empresarios monopolistas que se aprovechan de nuestra ingenuidad porque creemos que los intereses de los gobernantes son los intereses de la patria.
- Príncipe: Y así es y así debe ser, aunque puedan darse desviaciones puntuales.
- Antonio: Y cuando esa desviación deja de ser puntual y se convierte en norma, ¿qué tenemos?
- Príncipe: Tenemos que perfeccionar la democracia.
- Antonio: No; no tenemos que perfeccionarla. Tenemos que acabar con la democracia según usted la entiende, pues su perfeccionamiento supondría el fortalecimiento de ese sistema monopolista y excluyente.
- Príncipe: Hay grandes pensadores de la filosofía y el derecho político que defienden el Estado fuerte y el monarca –o Presidente- absolutista.
- Antonio: Si se va a referir a Maquiavelo, usted es un alumno aplicado. Cualquiera sabe que el maquiavelismo ha sido su guía en la vida: sin moral ni principios.
- Príncipe: Maquiavelo está injustamente denostado y además es muy antiguo. Yo le iba a hablar de Hobbes, un filósofo del siglo XVII que defendió el poder absoluto como mal menor frente a la anarquía. Decía que mediante el contrato social, los hombres se despojan de sus derechos en favor del Estado.
- Antonio: Pero con las limitaciones de la ley natural.
- Príncipe: La base de todas las sociedades grandes y duraderas ha consistido, no en la mutua voluntad que los hombres se tenían, sino en el recíproco temor.
- Antonio: No es su caso. No había reciprocidad en el temor entre las partes. Usted, y sólo usted, era el terror
- Príncipe: El terror es lo que implantó esa Revolución Francesa que tanto gusta a la gente desordenada como usted. Respecto a mí, estaría hablando de respeto y, bueno, de un cierto temor.
- Antonio: Será cascarudo el maje
- Gabriel: Déjese de vulgaridades, Antonio Sol, que hasta ahora la cosa va muy bien, y esas salidas de tono rebajan la altura del debate.
- Antonio: Ahí me disculpo, Don Gabriel

- Príncipe: Es que se le sale el “descamisado”, el indio patarrajada.
- Gabriel: No me decepcione usted también. Hay efectivamente en la historia de las ideas una defensa del monarca absoluto como garante de la propiedad y el orden. Sin ir más lejos, Santo Tomás de Aquino presenta a la monarquía como el gobierno ideal. Según él “el bien y la salvación de la sociedad es que se conserve la unidad, a la que se llama paz, desaparecida la cual, desaparece asimismo la unidad de la vida social, e incluso la mayoría que disiente se vuelve una carga para sí misma”.
- Antonio: Sin embargo es también Santo Tomás el que establece la dicotomía monarquía/tiranía.
- Príncipe: La salvación de la unidad social fue siempre mi objetivo. Ya ven ustedes, tomista, y yo sin saberlo.
- Gabriel: Usted es más bromista que tomista.
- Príncipe: Y eso, sin ser ni monarca ni tirano.
- Gabriel: Yo no debería meter mi cuchara, pero igual que nuestro amigo es aprendiz de tirador, usted es, como mínimo, aprendiz de monarca y de tirano.
- Príncipe: Mi querido Sor Gabriel: El estado de naturaleza es un estado de guerra y sólo la instauración de la sociedad civil y de un poder absoluto puede traer paz y evitar el caos.
- Gabriel: Deje hablar al poeta
- Antonio: Ustedes mencionaron a Santo Tomás. Él es lo suficientemente reaccionario para no ser sospechoso de comunismo. Pues bien, a la vez que en algún momento defiende el poder absoluto y justifica la pena de muerte para el agresor del orden constituido, tiene dos frases que le calzan a nuestro Príncipe como anillo al dedo y la segunda, ya lo verán, es consecuencia de la primera:  
“No es extraño que el hombre, despojado de la razón, se deje arrastrar por el instinto, como la bestia, cuando gobierna”
- Príncipe: ¿Qué barbaridad es esa?
- Gabriel: Déjele continuar.
- Antonio: Si, déjeme continuar porque la que sigue le va a gustar aún más:  
“Cuando la tiranía es en exceso intolerable, algunos piensan que es virtud de fortaleza el matar al tirano”

Príncipe: Se olvida de algo. Aún en ese caso, dice el de Aquino, que la tiranía debería tolerarse para evitar males mayores.

Antonio: Así que ya me aceptó ser un tirano.

Príncipe: Estas son sólo elucubraciones metafísicas.

Gabriel: Pero muy reales. Lo que dice Santo Tomás es que eliminado el tirano, le sustituye otro gobernante que a través del ejercicio del poder y el abuso del trono se convierte en un nuevo tirano cuyas arbitrariedades podrían ser más dañinas que las del primero.

Príncipe: Muchas gracias, Don Gabriel.

Gabriel: Ah, ahora ya no soy Sor Gabriel. ¿Qué tiene que decir el Sol?

Antonio: Que hasta ahora me he limitado a defenderme. Pero ahora empiezo mi contraataque, que no es ni más ni menos que la justificación del hecho acaecido la noche de autos. Ha quedado claro que este gobernante, por no llamarle gorila, se hace con el trono en base a sus instintos primarios de ambición...

Príncipe: No es cierto. Yo fui buscado por la intelectualidad nicaragüense, por el movimiento reaccionario y falangista, que buscaba un hombre fuerte que terminase con las guerras civiles. Un pacificador.

Gabriel: No le falta razón.

Antonio: Yo eso no lo sé. Lo que sí afirmo es que una vez entronizado, fue acumulando un poder personal sin límites eliminando, unas veces política y otras físicamente, a sus posibles adversarios. Se convirtió en un finquero dictadorzuelo, dicho teológicamente, en un tirano.

Príncipe: Un tirano amado por su pueblo no será tan tirano

Gabriel: No se olvide que a veces amor y temor van de la mano

Antonio: El derecho natural y hasta la doctrina de la Iglesia, justifican el tiranicidio.

Príncipe: Pero hombre, Antonio, Santo Tomás decía que era peor el remedio que la enfermedad.

Antonio: Santo Tomás podría decir misa...

Gabriel: Por supuesto que las decía. No blasfeme.

Antonio: Pero otros grandes teólogos de la Iglesia, e incluso pensadores como Locke, justifican mi acción. Déjenme explicarles



Gabriel: Dele pues

Antonio: El Padre Mariana afirma que en ningún caso puede el gobernante considerarse propietario de los bienes de los ciudadanos. No puede establecer impuestos a los ciudadanos sin el acuerdo de los mismos, ni puede crear monopolios estatales. El tirano es el que “todo lo atropella y todo lo tiene por suyo”. El rey, ha de subordinarse como cualquier vasallo a la ley moral y al Estado, y si no lo hace (Gesto mano en cuello)

Ambos: ¿Qué?

Antonio: Se procede al tiranicidio quirúrgico para salvar el corpus social

Príncipe: ¿Y vos, dónde has aprendido toda esa paja?

Antonio: Yo, (pausa) no tengo idea. Usted debe haber estudiado al Doctor Angélico leyendo los contadores de la luz.

Gabriel: (Canta) “Refulgente Sol de Aquino, te pedimos con fervor, que al refulgir de tu frente, arda nuestro corazón”

Príncipe: Canta usted como los ángeles

Gabriel: No es para menos

Antonio: No se me vayan por las ramas, que yo aún no he terminado.

Príncipe: Yo tampoco.

Antonio: El tiranicidio es un derecho natural de las personas.

Príncipe: Dice el teólogo Francisco Suárez que las personas deben abstenerse de matar al soberano, no importa lo tiránico que pueda ser.

Antonio: Pero para su desgracia añade: Si un gobierno se impone a la gente por la fuerza, el pueblo no sólo tiene el derecho a defenderse y sublevarse contra él, sino que también tiene derecho a matar al tirano.

Príncipe: Usted trata de justificar su acción recurriendo a frases que le son favorables, escogidas al azar. Permítame que yo haga lo mismo: Dice Maquiavelo “El que consigue el poder es el Príncipe, el que consigue el orden y la paz son los súbditos”.

Gabriel: Aunque yo no debiera opinar, el Príncipe de Maquiavelo no me parece un modelo de ética o de valores. Mal se va a defender con él.

- Antonio: Si es que ese personaje es su modelo. Y él aplica al pie de la letra que el Príncipe debe aceptar, como mal menor, que en ciertos momentos de corrupción y desorden es más útil y eficaz la acción de un solo líder.
- Gabriel: Adornado de cualidades excepcionales.
- Príncipe: Gracias por su imparcialidad, Señor Gobernador Tastuanes.
- Antonio: Ya sólo le falta la guatusa.
- Gabriel: Señores, a través de este diálogo imposible, hemos podido apreciar la importancia de un estado fuerte para garantizar los derechos individuales, pero también la perversión que se produce cuando todo el poder se concentra en pocas manos, que usan los recursos generales para su propio beneficio. La paz, el orden y el desarrollo económico son fundamentales en la república. Pero no a cualquier costo. Y es en esas situaciones extremas cuando la revuelta y hasta el tiranicidio se convierten en derecho natural de las personas. A la luz de la teología y de la Historia yo podría tener mis propios criterios, pero por suerte, no seré yo quien decida: aunque pueda presumir de imparcialidad por mi estatus, mi rango no me permite tener la última palabra... (Suena el teléfono dentro y Gabriel acude a contestarlo) Sí señor; soy yo; quién iba a ser? Vaya. Qué alivio. No, no, yo ni debo ni puedo decidir. De acuerdo, doctor. A sus órdenes, señor. (Sale) Bueno, el doctor ya viene, así que aguanten tantito. Y aunque supongo que están cansados, usted, Príncipe de la Iglesia, ¿quiere decir algo más?
- Príncipe: Quiero expresar una máxima o epítome, para enriquecer la próxima edición que se publique de "El Príncipe" de Maquiavelo: "Plata para los amigos, palo para los indiferentes y plomo para los enemigos"
- Antonio: Las tres P de un hijo de p
- Príncipe: ¡Yo forever!
- Antonio: Pues ni tanto, man
- Príncipe: Si de veras hubieras aprendido inglés como lo hice yo, no andarías por ahí como pizote solo, buscando la fama a costilla de otro.
- Gabriel: Deje ya de molestar, emperador del Xolotlán. Y usted poeta, ¿quiere añadir algo?
- Antonio: Si mi madre pudiera oírme le diría que no se aflija, que lo que yo he hecho es un deber que cualquier ciudadano de bien debiera haber cumplido... hace ya rato.
- Príncipe: Niño de mamá retratado. Usted haría buena pareja con Gabrielito.

Gabriel: Guárdese sus chistecitos machistas de última hora. ¿Antonio?

Antonio: Las flores de mis días estarán marchitas mientras la sangre del tirano corra por sus venas.

Príncipe: Ese tirano levantó su patria y la sostuvo. Vos no sabés lo que has hecho: Detrás de mí viene un río de sangre.

(Irrumpen el Doctor y Pedro. El primero hipnotiza a los protagonistas, que quedan sentados en sus sillones en estado letárgico)

Gabriel: Ay, señor, ya pensé que me dejaba a mí con el clavo.

Doctor: Recuerda que el de los clavos soy yo

Pedro: Gabriel, es como mencionar la soga en casa del ahorcado.

Gabriel: No hay que tomarlo literal. Cuando hablaba de clavo me refería al problema de decidir sobre estos pacientes.

Doctor: Ya sé, hombre, ya se. Sólo bromeaba.

Pedro: Una broma sobrehumana, como todo en él.

Doctor: Pedrito, no seas cepillo

Pedro: Yo creo que la cosa está clara

Doctor: Yo más bien creo que la cosa está peluda.

Pedro: Este Príncipe es un animal.

Doctor: Pero qué sería de un pueblo sin gobierno, qué sería del orden universal sin una mano rectora

Pedro: Pero a este se le pasó la mano

Doctor: A veces la firmeza es necesaria para enderezar el curso de la Historia

Pedro: Pero vea señor la humildad y la bondad del uno y la arrogancia y la maldad del otro

Gabriel: ¿Puedo meter mi cuchara, doctor?

Doctor: Si hombre, y escupir en rueda. Al final esta clínica terminará siendo una asamblea democrática.

Gabriel: Es el signo de los tiempos

Pedro: Pero sin atacar a las esencias.

Doctor: Déjale, Pedro.

Gabriel: Cuando le oigo hablar así, Señor, me parece que actúa de abogado del diablo

Doctor: O para agudizar las contradicciones

Pedro: (Santiguándose) De la dialéctica, líbranos Señor.

Doctor: Yo les permito opinar, y a veces hasta les escucho, pero las decisiones las tomo yo.

Ambos: Por supuesto, Señor.

Doctor: Lo que aquí tenemos es que ambos pacientes han atentado contra el bien máspreciado, que es la vida humana.

Gabriel: Pero hay atentados y atentados.

Pedro: Pero el testimonio del teniente...

Doctor: Conmovedor, pero también esclarecedor

Pedro: ¿Entonces?

Doctor: Esclarecedor en el sentido de que convierte el acto justiciero de Antonio en una venganza por las masacres de abril.

Gabriel: Sólo que en vez de humano, Antonio fuera de piedra

Doctor: A mí me exige el director imparcialidad en mi diagnóstico.

Pedro: Nosotros estamos dispuestos a apoyarle.

Doctor: Pero luego los clavos son para mí.

Pedro: No empecemos, señor...

Doctor: Veamos (Se juntan los tres abrazados como equipo deportivo. Se escuchan murmullos, se ven negaciones y luego asentimientos y se deshace la macolla con el ritual teatral habitual. Antes de irse con Pedro el Doctor chasquea los dedos y despierta a los pacientes)

Gabriel: Por hoy es suficiente. Aquí se separan. Sin más rencor que el imprescindible. Solemos apreciar que incluso los enemigos irreconciliables se den una tregua. Depongan temporalmente su

enfrentamiento y para cerrar el debate, estréchense la mano. (Antonio la tiende y el otro duda antes de extender la suya con desgana)

Antonio: Ahí me disculpa, pero no me quedaba de otra.

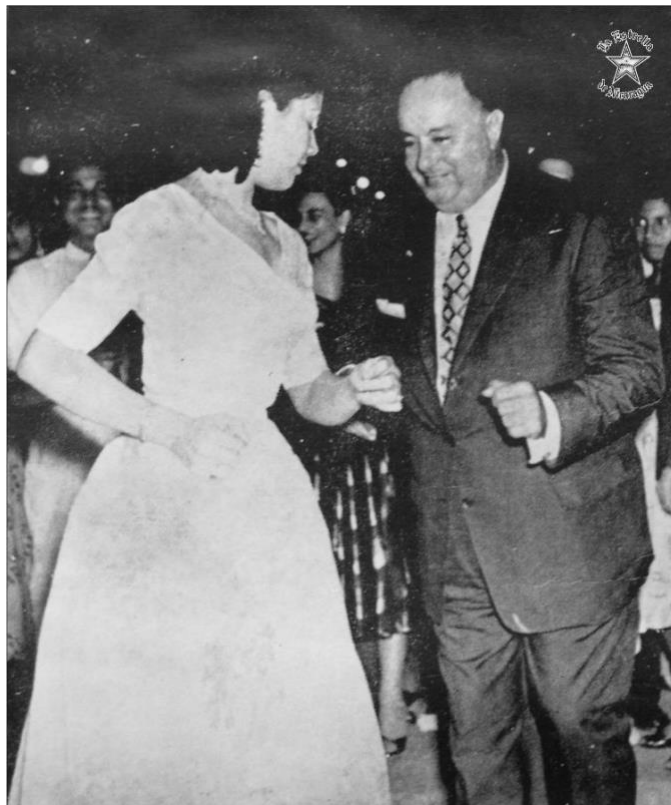
Príncipe: Supongo que cada cual ha cumplido con su deber. (Se dan la mano)

Gabriel: Muy bien, mi General, usted puede descender al piso de abajo: Mi compañero Belial ya le tiene listas y relucientes sus botas de montar. (El Príncipe baja rezongando por las escaleras y se adentra en el patio de butacas)

Y usted, mi Llanero Solitario, puede subir al primer piso. Un poeta de su pueblo le aguarda con los laureles del caso. (Gabriel queda sólo en escena)

Y aunque no parezca muy apropiado que alguien como yo cite a los existencialistas, me voy a despedir con una frase del danés Soren Kierkegaard: "El tirano muere y su reino termina. El mártir muere y su reino comienza".

(Con gesto de superhéroe televisivo) ¡Al infinito y más allá! (Gabriel sale volando de escena. Oscuro) FIN



## LEONEL Y FEDERICO EN EL PARNASO (entremés poético)

Personajes:

Euterpe, Musa de la poesía lírica

Leonel Rugama, poeta

Federico García Lorca, poeta

La acción transcurre a principios de 1970.

Atardecer en un jardincillo esquinero del Parnaso. Sobre el foro derecha un hombre hace números en un pizarrón escolar. A sus pies hay una mochila. Está de espaldas y viste camisa ban-lon a cuadros con manchas de sangre y blue jeans. En el centro de la escena hay un banco de parque. Por el foro izquierdo o lateral, según convenga, aparece la musa Euterpe bailando cadenciosa una danza del Renacimiento. Desciende el volumen y se dirige al público, declamatoria y graciosa.

Euterpe: En la esfera superior donde residen las letras inmortales, más allá de los tiempos y espacios, hay sombras de poeta que aún prefieren las claridades junto a Zeus Olímpico; hay sombras de poeta que aun reclaman las risas argentinas de las musas, navegando rosaledas, peristilos; hay sombras de poetas persiguiendo cervatillos en bucólicos paisajes y quien, contemplativo, se embelesa con los famosos nenúfares del cuento. Y es en este jardín del infinito, en este rinconcillo recoleto, apenas jazmines y penumbra, donde hoy se conocerán dos almas albas. Dame la mano, cierra un momento los ojos y al abrirlos serás conmigo espectador privilegiado de un encuentro que yo, Euterpe, musa lírica, desde el Parnaso y en directo te presento.

(Se retira hacia la izquierda como dando paso al caballero que aparece por el proscenio derecha. Elegante de saco blanco, corbata y un clavel reventón en la solapa, una mano en el bolsillo del chaleco y en la otra, una varita agitada. Aunque silba un air andaluz tiene pinta de aburrido. Repara sorprendido en el hombre del pizarrón, interroga a la musa con la mirada y luego se le aproxima)

Federico: Qué aburrido estoy, Euterpe

Euterpe: La ociosidad privilegiada es el más caro precio de la inmortalidad. Recuerde, poeta, que está en la región del tiempo suspendido.

Federico: Precisamente por eso, un espíritu inquieto como el mío no lo aguanta; sin nuevas sensaciones, sin nuevas amistades. Ya hablé cuanto tenía que hablar con Rubén, con Pablo y Miguel, con los demás... (Vuelve a reparar en el hombre del pizarrón) Y ése, ¿quién es?

Euterpe: Es un recién llegado

Federico: ¿Y qué hace?

Euterpe: Lleva un buen rato escribiendo números

Federico: (Fastidiado) Rediós, lo que nos faltaba: otro tío raro.

(En ese momento el hombre del pizarrón se vuelve. Es recio y bajo pelo rizado y negro y gafas de marco negro. Pregunta a bocajarro a Federico, mientras la Musa desaparece discretamente por la izquierda)

Leonel: ¿Recuerda usted el teorema de Ruffini?

Federico: (Boquiabierto) ¿El teorema de quién? ¡Dios me libre!

Leonel: Disculpe: sólo era una pregunta (Se vuelve a lo suyo)

Federico: (Avanzando intrigado) Espere joven, permítame, dese la vuelta. (El otro lo hace y le mira con sorna extrañada) A ver, a ver, bajito, pelo crespo, camisa agujereada a balazos, anteojos que parecen de soldador...

Leonel: (Riendo) Eso son babosadas de Omar...

Federico: Efectivamente; el de los veinte pesos. Había oído hablar de ti y ya conocía alguno de tus versos. Tú debes ser Leonel...

Leonel: (Estupefacto, orgulloso y escrutando al otro) Pues sí señor, soy yo. Y me va a disculpar (Le mira de arriba abajo) Si estamos en el Parnaso, como supongo, y es usted moreno de verde luna, anda despacio y garboso, sus empavonados bucles le brillan entre los ojos... y además esa varita de mimbre...! Usted tiene que ser Don Federico!

Federico: (Satisfecho) El mismo que viste y calza

Leonel: ¡Cómo no me habré fijado antes!

Federico: (Tomándole confianzudo por los hombros; caminando) No tiene importancia muchacho. Oye, y ¿qué coño me preguntabas de un teorema? ¿No me digas que eres un poeta de Ciencias infiltrado en un mundo donde todos somos de Letras?

Leonel: No hay contradicción. Yo soy un poeta de Ciencias y de Letras y lo del teorema lo decía por matizar. A veces me distraigo integrando derivadas y derivando integrales. Soy bueno a las matemáticas, ¿sabe?

Federico: Pues a mí las matemáticas me dan dolor de estómago. Prefiero los versos.

- Leonel: Ya le he dicho que a mí me gustan las dos cosas, pero especialmente sus versos, señor.
- Federico: No me llames señor, me haces más viejo. Puedes llamarme...
- Leonel: ¿Qué tal maestro?
- Federico: No, no, suena demasiado altisonante
- Leonel: ¿Colega entonces?
- Federico: Tampoco hay que ser tan igualado.
- Leonel: ¿Camarada?
- Federico: No seas bárbaro, chico, que nos vuelven a fusilar. Mira, llámame como quieras, pero no me llames señor; además, no lucháis vosotros contra todos esos viejos tratamientos? (Se sienta en el banco)
- Leonel: Pues sí, pero nunca imaginé venir a parar a este lugar y menos encontrarme de repente con alguien como usted. Me da nervio.
- Federico: Pues niño, aquí vas a vivir nervioso, porque encontrarás poetas famosos en cada esquina. En un aparte y abusando de nuestra incipiente confianza, me parece un poco excesivo que te hayan mandado al Olimpo de la poesía. Lo tuyo tampoco es para tanto.
- Leonel: Tal vez esté aquí de colado y termine dándomelas de igualado. Pero yo no he decidido venir; alguien me ha mandado.
- Federico: No te ofendas; es lógico que te sientas cohibido en este mundo surreal de los máximos poetas de la Historia.
- Leonel: Momentito, momentito, que no hay que revolver el sebo con la manteca. Para mí hay poetas y poetas. Desde cursis tufosos que alcanzaron la gloria a hombres y mujeres que se comprometieron con el pueblo y usaron sus versos como armas de futuro. Por suerte, usted es especial y de mis favoritos. Ve, en esa mochila que cargo ando un libro de usted. (Recoge la mochila y la lleva al medio. Hince una rodilla y se pone a buscar, sacando toda clase de cosas: libros, papeles, un ajedrez de bolsillo, un escalímetro, una pistola 45 envuelta en papel de periódico, unos tiros, una pañoleta y lo riega alrededor de la mochila.)  
A ver si lo encuentro...ve, aquí está. Como le decía, conozco bien sus versos. (Le tiende el libro).
- Federico: (Lo toma con aire distraído y lo ojea). Mis versos. De pronto todo el mundo los conoce. Mareadito me tienen con tantos homenajes. Menos mal que como aquí no hay mucho que hacer, me entretengo



mirándolos desde la altura, pero también terminan por aburrirme. (Le devuelve el libro)

Leonel: Usted habla así porque es un número uno. Yo no tengo ese problema. De mí, poeta chapiollo, con costo hay memoria en mi patria (Se inclina para dejar el libro en la mochila)

Federico: (Negando con la mano) Nada de eso. Escucha: "Hace bastante vi las piernas de una muchacha. Como dientes de leche, eran blanquísimas, semejantes no sé en qué, al vidrio pulido de un carro nuevo"

Leonel: (Rodeando el banco sorprendido y entusiasmado) ¡A la púchica! Eso lo escribí yo. ¿Tanto me conoce?

Federico: Pues claro. Este Parnaso tedioso se distrae, homenajes aparte, contemplando a los nuevos valores como tú.

Leonel: No bromeo. Pobrecito poeta que era yo... además, en Nicaragua, hay poetas para empedrar las calles.

Federico: Es que el valor extraordinario de tu poesía eres precisamente tú, tú y el firmamento que codicias.

Leonel: (Medio en broma con ligera reverencia) Favor que me hace, Maestro.

Federico: (Levantándose e iniciando paseo con él) Vamos a ver, no hablemos de maestros ni sigas en esa actitud reverencial que me incomoda. (Distanciamiento) Me halaga y no me incomoda en absoluto. (A Leonel) Y además, no me parece justa.

Leonel: ¡Pues claro que es justa! Si hay alguien que recela de los intelectuales, ese soy yo. Pero dígame, quién de su tiempo, siendo Ud. el mejor de aquella generación se atrevió a acusar a la guardia: "Tienen, por eso no lloran, de plomo las calaveras"...

Federico: Mejor me hubiera callado. Por eso y alguna cosita más, acabé como cordero degollado.

Leonel: Pero cada uno es hijo de su tiempo, por no decir de su clase. Ni en Ud. cabía la resistencia armada, ni en mí el martirio de gratis. Ud. se comprometió, dio testimonio y además nos dejó su obra. Yo en cambio, he escrito tan poco...

Federico: Entonces tenías cosas más urgentes que andar llenando cuartillas. (Detiene el paseo en la derecha) Y ahora, en este ahora relativo, ya te irás dando cuenta de que el precio que pagamos por la inmortalidad es, precisamente, que una vez muerto el cuerpo, ya no volvemos a escribir.

Leonel: ¡Hasta ahí nomás llegamos!

Federico: ¡Y que nos quiten lo bailao!

(Euterpe aparece por la izquierda al son de una danza de Manuel de Falla. Ignora la presencia de ellos que la observan).

Euterpe: Son dos vidas paralelas por lo ardientes, con un épico final que les consagra como héroes legendarios de esta cósmica morada, tan cerca de la luna. Luna de los poetas, fragua de plata en noches estrelladas.

Federico: (Bromista y empujando a Leonel) Euterpe, hoy estás más retórica que yo. Mira, aquí el joven Leonel, que no te quita el ojo de encima, se va a atrever a obsequiarte con uno de esos versitos tan... explícitos. ¿Verdad majo?

Leonel: (Tímido al final y más resuelto luego a enamorar a la musa). Va pues Maestro.  
"Cuando me callaba, todos pensaban que resolvía una abstracción matemática. Pero yo le veía las piernas. Casi todos los días le veía las piernas y nunca pude tocárselas".

Federico: (Festivo) ¡Hay que joderse con el matemático!

Euterpe: (Ignorando las bromas y en su onda poética) Luna, clara melodía, sola en medio de la noche.

Leonel: (Acosando un poco a Euterpe). "A medianoche, cuando no hay nadie en las calles, todos los perros desean morder la luna". (Cambiando de tono y al público) "En el día, la piedra de un niño arrojada al cielo, no obscurece el sol".

Euterpe: ¡Ay sol, sol, marido esquivo que solo llegas a verme cuando me he ido!

Leonel: (Alejándose de la musa con un gesto de la mano) Me da nervio esta mujer.

Federico: (Interviniendo indulgente) Ay, esta Euterpe ya no se corrige. Tantos años en lo mismo, se está quedando gagá.

Leonel: Más perdida que mi tío en las selvas de Borneo. Definitivamente, y para que lo entiendan estos majes, (por el público), anda fuera de onda.

Federico: Y más en este Parnaso asexuado donde nadie escribe.

Leonel: Ni escribe, niiii, nada de nada. Y para colmo, me dejé en el Paraninfas de la Universidad de León, mis lentes de contacto sexual.

Federico: ¡Qué barbaridades dices, se nos va a ruborizar!

(Euterpe se ha ido molesta aparentemente con ellos y se da la vuelta ofendida con intención de irse).

Leonel: Ve, ya se arrechó. (Corre hacia ella atajándola y obligándola a retroceder mientras le canta) “Corre luna, luna, luna; si vinieran los gitanos harían de tu corazón collares y anillos blancos” (Se interrumpe riendo, ante la exclamación de Federico)

Federico: Pero coño, ¿además de conocer mi poesía la cantas?

Leonel: ¿Y Ud. qué cree? Uno será indio pero no indiorante. (Ríen mientras se desplazan hacia la derecha. Leonel remata al público) Se aprenden cosas muy útiles en un seminario.

(Suena una canción de Federico mientras la oscuridad rodea a los poetas y la luz desciende sobre Euterpe).

Euterpe: Me gusta verlos así. Parece que Leonel trajo un poco de aire fresco a estas alturas. Me encanta verlos alegres, asequibles, comunes, prescindiendo de su aura de inmortales. No crean que sus bromas me molestan. Me gusta cuando hablan del amor, desempolvando sus lirás, recreando un lenguaje de versos cruzados. Es un duelo de ternura, en el que cada uno recita los versos del otro. Ay amor que se fue por el aire... (Euterpe desaparece y su luz con ella. En el centro, a ambos lados del banco, los poetas recitan iluminados).

Leonel: “Me he perdido muchas veces por el mar con el oído lleno de flores recién cortadas, con la lengua llena de amor y de agonía. Muchas veces me he perdido por el mar como me pierdo en el corazón de algunos niños”.

Federico: “Y si no eras vos, era una muchacha que se te parecía. Mas creo que no eras vos, a pesar de tu suavísimo pelo exacto, la misma fresca mejilla, con tu gesto de estatua rosada y el brillo pálido, apenas dejando entrever lo liso y blanco de los hombros descubiertos”.

Leonel: “La noche no quiere venir para que tú no vengas ni yo pueda ir. Pero yo iré aunque un sol de alacranes me coma la sien. Pero tú vendrás con la lengua quemada por la lluvia de sal”.

Federico: “Al chocar las piedras, tu padre o mi padre encendieron el fuego. Y al roce de nuestras almas, se humedecerá la carne”. (Termina el recitado y se vuelve coloquial mientras se ilumina toda la escena. Federico se levanta seguido de Leonel). Leonel, ¡no se puede ser más explícito!

Leonel: Ni Ud. más alegórico. (Pasean)

- Federico: Pero es que yo te encuentro demasiado... directo al hablar del amor.
- Leonel: Y Ud., hasta cuando pretende ser sencillo y concreto, termina rematando con esas sus imágenes surrealistas que por cierto me fascinan.
- Federico: Y tú, con esa pinta de curilla tímido, te marcas unas expresiones que más que eróticas parecen pornográficas.
- Leonel: En cierto modo, nosotros dos somos reprimidos en acción y violentos en la expresión respecto a los distintos patrones del amor humano que ambos buscamos desesperadamente. Acuértese que Ud., con todo y su finura, es capaz de estremecer los sentidos con la famosa "Casada Infiel" o aquello que leí en mi adolescencia: (Se detienen)  
"Verte desnuda es recordar la tierra, la tierra lisa, limpia de caballos. La tierra sin un junco, forma pura, cerrada al porvenir, confín de plata. Verte desnuda es comprender el ansia de la lluvia que busca el débil tallo, o la fiebre del mar de inmenso rostro sin encontrar la luz de su mejilla" (Vuelven a caminar).
- Federico: Pues debió ser una veleidad adolescente, por llamarlo de un modo elegante. No sé cómo le dicen en Nicaragua a "un tío salido".
- Leonel: Moclín, moclinazo decimos nosotros.
- Federico: Pues algo de eso hay en este poemita tuyo: (Se detiene, mimifica exageradamente y divertido) "cerrar los ojos o no ver nada aún con los ojos abiertos, construir todo tu cuerpo, con tu blusa verde clara cubriendo tus senos frescos, como llanos brisados, erguidos y a la vista el hondo triángulo que forma el pecho con tus tetas, (Leonel menea la cabeza sonriente, se sienta y Federico se ladea un poco hacia él) Socadas por las tiras blancas del portabusto atadas a la espalda y con tu falda rala que se desliza como panada de agua por tus caderas".
- Leonel: (Como siguiéndole ensoñado) Y si no eras vos, era una muchacha que se te parecía.
- Federico: (Se sienta y le da una palmada en el muslo, guasón) Pero al fin, ¿era ella o no era ella?
- Leonel: ¡Quién sabe! Pasan tan rápido los buses y tan llenos de gente...

(Se quedan sentados, como ensoñados, mientras la oscuridad desciende sobre ellos. Suena una danza del Renacimiento. Aparece Euterpe por el lado derecho. La luz la sigue hasta que se coloca detrás del banco en el que ambos están sentados).

Euterpe: Federico y Leonel, Leonel y Federico. García Lorca universal y etéreo, señorito extravagante, mañanero, fusilada su ternura por despecho. Rugama, estiliano-leonés, atlante fiero, seminarista transformado en guerrillero, vertiendo en la hora final el corazón sobre el disparadero. Leonel y Federico: rebeldes y testigos de su tiempo.

(Euterpe se aleja por la izquierda. Leonel y Federico salen de su mutismo).

Federico: ¿Y qué es ese montón de cacharos que sacaste de la mochila?

Leonel: (Levantándose y dirigiéndose hacia los objetos, rodilla en tierra) Pues este chunchero, aquí donde lo ve me va a ser de lo más útil para combatir esa monotonía de la que tanto se queja Ud.

Federico: Pues si yo tuviera que cargar con el piano...

Leonel: Aquí ando de todo. (Federico se levanta a curiosear lo que el otro va sacando de la mochila) Un ajedrez, libros, un escalímetro, tablas logarítmicas, este pañuelo para taparse...

Federico: Atracador...

Leonel: Y esto (Saca de un periódico una pistola) por si las moscas...

Federico: ¿La pistola? ¿Para qué la pistola?

Leonel: Ideay, ¿ya no se acuerda? "Mi pluma por tu pistola" le dijo Don Antonio Machado a Enrique Líster, en la guerra en que a usted le dieron matarile.

Federico: Conocerás también a Don Antonio y te aseguro que no hay un alma más cándida. ¿Qué harás con una pistola en el reino de los muertos?

Leonel: Matar... el aburrimiento y no perder la forma. ¿Quiere que le enseñe a disparar, maestro?

Federico: (Reacciona asustado) ¡Miedo me dan esos artefactos! ¡Los carga el diablo! (Leonel se encoge de hombros y ya todo metido en la mochila, la va a dejar donde estaba al principio) Me dan horror... y me da también vergüenza que me veas tan flojo, tú que fuiste el poeta-paradigma, cambiando la pluma por la espada... fajándose en la hora decisiva.

Leonel: A las cinco de la tarde. A las cinco en punto de la tarde. (Distanciamiento) En realidad fue un poco antes.

Federico: Con esas gafas de soldador alumbrando la fragua de la patria...

Leonel: (Regresando hacia él, serio) Eso que usted dice es muy hermoso y le agradezco, pero recuerde que usted tiene mis mismas balas quebrando su rebelde geografía.

Federico: No es lo mismo. Yo fui cordero, llevado con engaño al matadero.

Leonel: Lo que a Ud. se le fue en olivares se hizo en mí roquetazos. Pero no sea injusto con Ud. García Lorca no es solo ejemplo con su muerte, circunstancias aparte, sino claridad viva por su obra. En cambio yo escribí tan poco y me morí tan pronto...

Federico: ¡Qué te vas a morir! Tu obra la siguieron otros y ahí va, medio caminando, con paredes llenas de letreros: ¡Que se rinda tu madre! ¿Lo recuerdas?

Leonel: Eso dicen que dije. Yo, la verdad, entre la arrechura que andaba, la cantadera y los cachimbazos, ni me acuerdo.

(Leonel ríe despreciando la muerte, mientras se lleva a Federico por el hombro hacia la derecha. Un estruendo de combate surge mientras cae la oscuridad sobre la escena y del estruendo emerge una música de Rafael Alberti suavemente rotunda. Sale Euterpe por la izquierda, seria).

Euterpe: Mirando el espejo de la muerte lo armónico y lo terrible se confunden. No me es permitido ahorrarles ni el dolor andaluz de Federico, marchitándose como grama en espera del rocío, ni los leones en el pecho de Leonel ardiendo como malinches florecidos.

(Con un gesto de tragedia se aleja la musa mientras la luz se apaga. Cuando regresa, Leonel ocupa el foro por la izquierda y Federico por la derecha. Avanza cada uno por el proscenio en su recitado, mientras la luz les sigue dejando alternativamente en sombras al otro cuando no habla. Dramatizan los textos).

Federico: Si muero, dejad el balcón abierto. El niño come naranjas, desde mi balcón lo veo. El segador siega el trigo. Desde mi balcón lo siento. Si muero dejad el balcón abierto.

Leonel: Yo les quería platicar que ahora vivo en las catacumbas y que estoy decidido a matar el hambre que nos mata. Cuando platiquen esto, platíquenlo bien duro.

Federico: Vine a este mundo con ojos y me voy sin ellos ¡Señor del mayor dolor! Y luego, un velón y una manta en el suelo.

Leonel: Y gocé de la tierra prometida en el mes más crudo de la siembra, sin otra alternativa que la lucha, muy cerca de la muerte pero no del fin.

Federico: Cuando yo me muera enterradme con mi guitarra bajo la arena. Cuando yo me muera entre los naranjos y la hierbabuena.

Leonel: Porque los héroes no dijeron que morían por la Patria, sino que murieron.

Federico: Buscaba el amanecer y el amanecer no era. Busca su perfil seguro y el sueño le desorienta. Buscaba su hermoso cuerpo y encontró su sangre abierta.

Leonel: Pues sí, nació sin camisa y cantando mientras disparaba su M-3. Nació cuando trataban de matarlo con guardias, con tanques, con aviones. Nació cuando no pudieron matarlo. Y esto cuéntenselo a todo el mundo, platíquenlo duro, duro siempre, con la tranca en la mano, con el machete en la mano, con la escopeta en la mano (Federico se acerca a Leonel y le pone una mano en el hombro para atemperar la excitación de aquél. Leonel resopla) Bueno, ya platicamos.

Federico: (Con la dignidad del caso) Ahora vamos a vivir como los santos.

(Ambos dan la espalda al público y se alejan hacia el fondo. Se oscurece y suena una música revolucionaria. Euterpe sale por la izquierda, mira al público, luego a los poetas, duda y al fin se va tras ellos decidida. Oscuro) FIN

Estrenado por el Teatro de Cámara de Managua  
en el Auditorio del BCN de León, Nicaragua, el 14 de octubre de 1988  
Representada en Granada, Matagalpa, Estelí y en la  
Sala "Edgard Manguía" del Teatro Nacional de Nicaragua

Euterpe:  
Federico:  
Leonel:  
Producción:  
Dirección:

Morella Hernández  
Edgard Sarria  
Javier Amor  
Amelia Barahona  
Javier Amor



## WAIKNA TARA, monólogo interrumpido

### Personajes

Waikna Tara: Duende protector de misquitos y afro descendientes, alto, moreno y delgado, con los cabellos en dreadlocks y de edad indefinida. Viste tan sólo una cotona multicolor que le llega a media pierna.

Pania: (Por “spaniard”, que es como llaman en el Caribe a los del Pacífico nicaragüense). De edad indefinida. Viste guayabera, pantalón claro y un sombrerito panamá.

(La acción transcurre en 1983. Hay un telón de fondo –proyección- representando la selva. En escena hay un perchero con una guerrera colgada y en el extremo opuesto el stand de una guitarra. Sale Waikna cantando su canción de bienvenida en español, inglés y misquito, acompañado de una guitarra. Al terminar de cantar la deja en el stand y comienza su monólogo)

Waikna:

Yo soy Waikna Tara. Como soy un espíritu, vivo a través del tiempo y todito lo recuerdo. Aquella Navidad Santa Claus y su pandilla llegaron disfrazados de panias. Casi todos jóvenes, cargados de buena fe, decían que venían a salvarnos, acarreando los típicos prejuicios fruto de su ignorancia. En teoría eran de nuestro mismo país pero en realidad éramos dos pueblos muy distintos, dos culturas que habían vivido dándose la espalda desde tiempo inmemorial. Escuchen:

*(Un giro mágico y recrea una conversación entre dos nicaragüenses del Pacífico)*

“Acordáte majee que no hay que comer ni beber nada de lo que nos ofrezcan los nativos. Podrían envenenarnos”

“Pero eso habrá que hacerlo con mucho tacto. Si no, se sentirán despreciados y nunca los convenceremos”

“¿Pero a quien vamos a convencer? Si sólo hay mujeres y niños.

“Es cierto, hom. Los indios se cruzaron el río y se unieron al enemigo”

“Por eso, a los que quedan, los vamos a llevar lejos de aquí”

“No les va a gustar”

“Ordenes son órdenes y nuestro gobierno es también el gobierno de ellos”

“¿Vos creés?”

Estos muchachos no eran mala gente. Eran educados y nos iban a ayudar a organizar el traslado desde nuestras comunidades, cerca del conflicto armado, a un lugar más seguro que ellos llamaban “Tierra Libre”.

¿Qué libre podía ser si nos trasladaban a la fuerza?



*(Yendo hacia el perchero y poniéndose la guerrera)* Lo peor es que para ser más convincentes, detrás de los muchachos venían los soldados y ellos no se andaban con babosadas. Fíjense bien:

*(Imita la voz autoritaria de un Teniente)*

“Sargento. Pegále fuego a este poblado; que no quede ni el gato. Bueno, está bien. Espere que termine de salir la gente. ¿Los animales? Animal sos vos que ya olvidaste las órdenes. Me los matan toditos. Los animales, hombre. Será un ejercicio de puntería para los soldados. ¿Cómo que llevarse los animales? Ni que esto fuera el éxodo de Moisés. No hay tiempo. Escogé dos gallinas; una para mí y otra para vos. *(Yéndose a quitar la guerrera y colocándola en el perchero)* Montáme a la gente en el camión y no vamos antes que nos caiga encima el enemigo” *(Hablando por sobre la guerrera montada en el perchero)*

¿Cómo iban a entender estos panias lo que suponía para mi pueblo abandonar en la selva devoradora las tumbas de nuestros antepasados?

*(Giro mágico)* No entendían nada y así se justificaban:

*(Recrea una conversación entre los dos nicaragüenses del Pacífico)*

“Maje, los han manipulado en contra nuestra. No quieren entender que hicimos una revolución para redimir a los humildes y liberarlos de los opresores, para llevar a las comunidades indígenas la alfabetización, para acabar con su atraso y su pobreza y poner en valor sus tradiciones y su cultura. Les lavaron el coco con el viejo cuento: los comunistas les quitarán sus tierras ancestrales...”

“¿Y qué estamos haciendo?”

“Bueno, esto es una medida temporal, vos lo sabés. En Tasba Pri gozarán de tierra, vivienda, salud y escuela”

“¿Y alguien les ha preguntado si prefieren un paraíso inventado antes que su tierra natal?”

“Eso es diversionismo ideológico”

“Diversionismo es tirar al blanco contra sus animales. Ilógico es quemarles sus poblados y sus víveres”

¿Y qué querés vos, que vengan los otros detrás y se aprovechen del botín que los dejamos?”

“No nos van a perdonar”

*(Giro mágico y proyección de banderas ancestrales con música indígena)*

Con una mano delante y otra detrás mi pueblo emprendió el éxodo. Y no había camiones para todos. Un helicóptero de traslado se cayó y murió un montón de gente. Así que la procesión se hizo por trochas, a marchas forzadas y en jornadas agotadoras. Hileras interminables de viejos enfermos, de madres lactantes, de adolescentes con la rabia ya prendida en el pecho. Y a falta de nuestros propios hombres, huidos al monte y muchos enrolados en el ejército enemigo, las largas filas eran escoltadas por jóvenes amables, metidos a redentor. Venían de las

ciudades y eran incapaces de aguantar la marcha. Con ellos al menos podía uno entenderse en inglés criollo, pero con los soldados no había posibilidad de entendimiento. En ningún sentido. Ni siquiera se entendían entre ellos mismos:

*(Recrea conversación entre el Pania, responsable político de la brigada y el rudo Teniente al mando, quien se apoya en el “guerrero”/perchero)*

“Teniente: los indios se quejan de que sus hombres se han volado los cocos”

“Mirá, vos no te metás; dentro de poco estarás en la capital gastando el presupuesto nacional en hacer otra de tus peliculitas”

“Cada quien cumple su papel en la Revolución”

“Sí, pero vos te estarás metiendo tus bichas bien heladas y yo seguiré aquí jodido”

“Creo que ese no es el punto. Sus hombres han talado las palmas en lugar de bajar los cocos”

¿Y vos crees que mis hombres son monos? Además, no tenemos tiempo.

“Pero para los miskitos cortar los palos es un tremendo agravio. Los consideran sagrados”

“Pues subíte vos a los palos. Te vas a hacer mierda la manicura”

“Yo quiero protestar formalmente ante usted y quiero pedirle que no se vuelva a repetir semejante barbaridad. De lo contrario tendré que informar al alto mando”

“Me vale verga. Aquí el alto mando soy yo”

“Así nos va. Esta gente nunca nos perdonará”

“Me vale. Tengo cosas más importantes que hacer que llenar papeles con informes... o con poemitas cochones.

*(Giro mágico. Se proyecta imagen de familia misquita con música)*

Yo sólo esperaba que alguien me invocara para caerles a los soldados, salvar a los míos e intentar hacerlo también con los muchachitos del Pacífico, antes que se los palmaran. Pero ya se sabe que las tradiciones van de capa caída. Hasta los indígenas las pierden, las olvidan y entonces... qué solos se quedan los dioses. Incluso los dioses menores o los viejos mitos como yo mismo.

Es bien sabido que en la Mosquitia tenemos la refrescante costumbre de cambiarnos el nombre cuando nos aburrimos de él. Y esto es un encabe si estás en guerra y te piden identificarte. Los pocos hombres que no se habían ido al otro lado, caían presos en el primer control que les hacía el ejército: nunca nada coincidía y el relajo de los nombres ponía nerviosos a los guardias panias: *(Recreando el diálogo)*

“Sargento: él dice que se llama Oliver Stone, pero en el pase dice Firestone”

“Este hijueputa va para el camión”

*(Giro mágico festivo)*

Otra manera elegante de ganarse a la población y avanzar en la política de acercamiento a los nativos.

Y mientras estos nativos cautivos deciden si me invocan, voy a interrumpir este relato navideño para hablarles de mis orígenes. Ustedes se deben preguntar: ¿quién es este apuesto e igualado rasta man?

Nací en las riberas del Río Wangki, Coco para los amigos, y me llaman Waikna Tara. Vivo con lo puesto. Y lo puesto es esto. Los días soleados me lavo la cotona y los dreadlocks. Antiguamente me dediqué a la pesca y a la caza. Lo que académicamente se llama economía de subsistencia. Pero el río está tan seco que apenas hay peces. Y el avance de la agricultura y el retroceso del bosque han acabado con la caza. Así que vivo del aire. Tan flaco y liviano que comencé a levitar, a levitar y por último a volar.

Un buen día me tropecé en la copa de un ceibo centenario con una guitarra de oro. Pulsé sus cuerdas y su off-beat se escuchó por toda la Mosquitia y más allá. Los indios y los afros bailaron durante quince días seguidos hasta que los dejé descansar. *(Va a tomar la guitarra)* Otro día, mecido entre las brumas, combiné versos y ritmos y pudo oírse en cada rincón de la espesura nuestro canto de la sirena:

*(Canta en misquito la canción de la sirena, acompañado de la guitarra y luego deja ésta)*

Pero eso de andar en las nubes no es suficiente, si uno no pone los pies en la tierra cuando es necesario:

Sucedió que la hija del Rey Mosco fue raptada por una liwa mairin, la sirena que vive en el río. Ni los pescadores ni los guerreros pudieron hallarla y recurrieron a mí. Me embarqué río abajo a lomos de un gran lagarto empuñando mi guitarra de oro. Navegué durante siete días entonando las más dulces melodías. Ya estaba a punto de llegar al mar, cuando emergió fascinada de las aguas del río, la liwa con la princesa presa. Mi lagarto, bien entrenado, se comió a la ligua de un bocado y la princesa se salvó de ahogarse agarrándose a mi miembro respetable. La devolví a su padre el rey entre los aplausos del pueblo. El Rey me la dio por esposa, pero parece ser que ella echaba de menos las caricias que le hacía la liwa, así que yo estaba sobrando. Me hice humo y regresé a las alturas.

Fue así como me incorporé al santoral aéreo de la nación miskita. El pueblo sabe que si me reza con fe, no le defraudaré.

Y aquí espero, por si acaso, mientras me echo un sueñito 'e lagarto.

*(Se tumba en el suelo y se queda dormido. Aparece Pania con su sombrero)*

Pania:

He atravesado de nuevo la frontera agrícola, la fronda, la espesura, bajo el arco iris de las guacamayas. He cruzado las maderas preciosas que el hacha homicida codicia, los torrentes cada vez más secos por la ambición minera, en este viaje de regreso, en este camino de Damasco que era imperioso repetir en reversa. Y es que hemos sido tan injustos con estos compatriotas nuestros, que no hay lodazal en la selva que nos impida tenderles la mano, asumirles como son y fundirnos con ellos en el abrazo que la Historia nos demanda.

Un día dije: nunca nos perdonarán. Hoy sé que el poder tiene con esta gente una deuda de humildad. Que puede y debe pedir perdón a este pueblo olvidado y vejado.

Y levantarse juntos y en pie de igualdad, con la frente muy alta, avanzar hacia un futuro promisorio.

*(Se inclina y lo roza con el sombrero para despertarle. Durante el diálogo Waikna permanece reclinado en el suelo y el otro de pie)*

Waikna: ¿Quién es usted?

Pania: ¿No me reconoce?

Waikna: Deje que me despabile

Pania: Hace años...

Waikna: Claro, usted es de los capitalinos que vinieron a arrearnos aquellas navidades.

Pania: Arrearnos; ¡qué bárbaro!

Waikna: Es la verdad

Pania: He estado buscándolo. Mejor dicho, busco su ayuda.

Waikna: ¿Cómo me ha encontrado?

Pania: Yo también estoy hecho de sueños, no se le olvide.

Waikna: Pero a mí me buscan los míos, no los otros.

Pania: Quizás ya sea hora de acabar con esas divisiones. No más los tuyos y los míos. ¿Desde cuándo está durmiendo?

Waikna: No lo sé. En mí el tiempo es relativo y sólo me despierto por una buena causa

Pania: Pues ha llegado la hora.

Waikna: Un momento; usted es el que hacía películas. ¿No estará buscando una nueva estrella?

Pania: Ahora trabajo en el argumento de una película nueva. O más bien, trato de enderezar el guion de una vieja película.

Waikna: Imposible entender a los intelectuales.

Pania: Y sí, estoy buscando una estrella. Una estrella de tres puntas: paz, justicia y dignidad.

Waikna: Eso suena a un viejo cuento que ha hecho sufrir demasiado a mi pueblo.

Pania: ¿Usted no está al corriente de los acontecimientos del Pacífico?

Waikna: He estado durmiendo.

Pania: Después de aquella Navidad de las heridas, se abrió un profundo debate en la capital. Fue difícil que la cordura venciese al fanatismo. Para no hacerle largo el cuento, al final los poets se impusieron a los halcones y el barco cambió de rumbo.

Waikna: Ahora me parece que es usted el que habita el mundo de los sueños.

Pania: Lo que a mí me parece es que ambos soñamos y que podemos y debemos soñar juntos.

Waikna: ¿Y qué se hicieron aquellos brutos de los cocos, la guerra, las reservas indígenas?

Pania: Eso es cosa del pasado. Un pasado que ya no volverá. Se firmó la paz y nuestros militares han aceptado el nuevo orden. Los artistas vencen a los generales.

Waikna: Parece un milagro.

Pania: Quizás usted obró el milagro mientras soñaba. Los spaniards y los moscos son dos pueblos condenados a entenderse y por eso estoy yo aquí. Me acojo a su protección, le pido que me guíe con sus poderes mágicos para iniciar un éxodo a la inversa. En el camino, entre los dos, sanaremos las heridas y trabajaremos juntos en un verdadero kupia kumi, más allá de la propaganda interesada y las consignas vacías.

Waikna: La otra vez le catalogué a usted como un soñador. Lo que no termina de cuadrarme es que la gente como usted gane.

Pania: ¿Y si después de todo la utopía fuera realizable?

Waikna: Ya no sería utopía

Pania: ¿Recuerda lo que dijo el viejo Lennon? Démosle una oportunidad a la paz

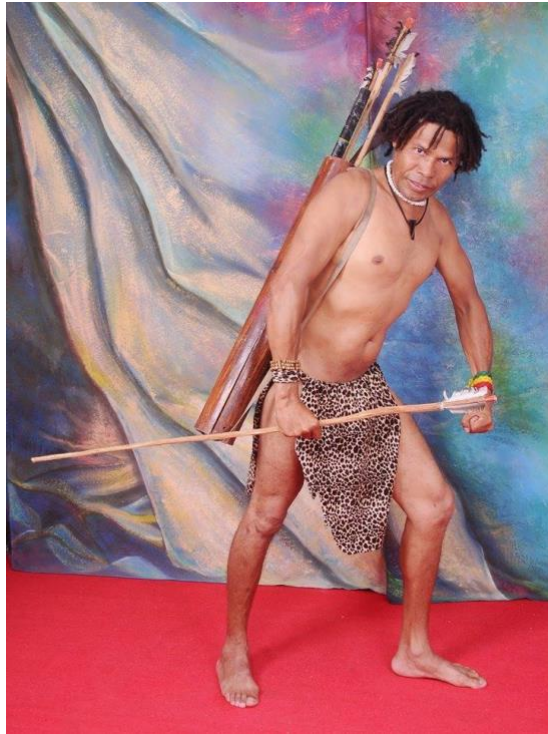
Waikna: Estoy de acuerdo; aunque usted sea lennonista y yo bobmarlista.

Pania: Manos a la obra, puej (*Frotándose las manos y en un aparte*) A estos les devuelvo yo su cosmovisión. Como que me llamo Melvin Cantón. (*Se va cantando alegremente "Sirpiki mairin, man pali dukian mra, saurara taure..." sin reparar que el otro vuelve a tumbarse con los ojos cerrados.*)

Coro en off: ¡Prometieron y prometieron, pero nunca nos cumplieron!  
¡Prometimos y prometimos, pero nunca les cumplimos!  
(*El sonido de tala de árboles se funde con sonido de tambores lejanos que sobresaltan a Waikna*)

Waikna: (*Incorporándose*) Es la señal. (*Gesto felino en cuclillas*) Es la llamada de los míos. (*Poniéndose en pie de un salto*) Voy en su auxilio. (*Buscando al Pania, salta de un extremo a otro del escenario a cada pregunta*) ¿Qué se hizo el de las películas? ¿Qué se hizo el del final feliz? ¿Cómo pudo llegar a mí, si estoy suspendido en el aire? ¿Será que nunca vino? ¿Será que me hago viejo y confundo los deseos con la realidad? (*Cesan los tambores y Waikna detenido en el centro, enfrenta al público*)

¿Fue un ideal o sólo un sueño? (*Oscuro total*) FIN



Come down, me is di old Waikna bwoy,  
A story has to be told:  
One year Santa come  
To all of our towns  
And carry us in camions  
(No sleigh)  
Ah Ah Ah Ah  
Dem no question at all  
Forced us to go  
And leave our ancestors tombs.

.....

Waikna Tara:  
Pania:  
Dirección:  
Estreno:

|

Alfred Guill  
Javier Amor  
Amelia Barahona  
Festival UCA, marzo 2018

## LA EXTRANJERA (drama en un acto)

Personajes:

Rocío de Córdoba, actriz

Tramoyista o Payo (en Centroamérica, hipocorístico de Rafael)

La acción tiene lugar en 2006, en el camerino de un teatro, de tipo alternativo y poco aforo, en una ciudad de Centroamérica, después de terminada la función.

Hay un taburete en el proscenio derecho y a la izquierda, un tocador con su espejo, que tiene una botella con su vaso y otros elementos de maquillaje. La actriz entra en plan diva, foulard y abanico incluidos, una vez concluida la función, a ritmo del "Cotton Club".

Rocío: Se baja el telón. Se baja el telón es un modo académico y hasta poético de decirlo, si ni telón tenemos. Y nada tiene que ver la cuarta pared de Sinisterra; simplemente nunca hubo plata para eso. De todos modos yo siempre consideré el telón pasado de moda. Pasado de moda, pasado de moda. Esa es la clave, tonta. (Al espejo) ¿No seré yo la que está tan pasada de moda como el telón en el teatro? Dímelo tú, espejito mágico. (Toma la botella distraída)

(Se levanta) O mejor no me digas ni ahí te pudras, que ya estoy suficientemente agüevada.

Y como dicen aquí, ¿para dónde agarrar?

De momento, en este escenario, agarro hacia el proscenio (comienza a avanzar) y dejo la botella donde está, ya que cargar con ella sería como actuar en un melodrama barato de televisión. Uno de esos que la gente ve embelesada desde sus hogares. Uno de esos que nos quita público. (Recoge foulard del suelo) ¿Pero en verdad nos quita público? Yo no creo que los seguidores de telenovelas vayan mucho al teatro. Y menos al teatro que yo hago. (Baila con foulard) Si acaso, van a ver ballets folclóricos, de esos que a fuerza de repetirse ya no hay quien identifique sus orígenes, o a reírse viendo alguna de esas obritas comerciales. (Deja foulard en perchero)

Yo nunca hice teatro comercial. Ése es mi orgullo. Y a estas alturas del partido, no estoy dispuesta a tragármelo. No hice teatro comercial ni en mi país de jovencita, y mucho menos en éste, que era un hervidero revolucionario cuando decidí venirme, hace ya tantos años. Enseguida me lancé al ruedo tumultuoso de la escena. Es verdad que la situación me demandaba hacer sobre todo los famosos socio dramas, tan épicos y heroicos como circunstanciales y olvidables; pero también he de decir que me traje conmigo, en una maleta de ilusiones sin fondo, semillas que eran entonces aquí casi desconocidas y que fui plantando con paciencia en los chavales que comenzaban a apasionarse por un nuevo teatro. Esas semillas eran

algunos de los títeres sagrados, que fui sacando al suave de mi bolso de magia (Se sienta en el taburete).

Empezando por el alemán, (Proyección foto de Brecht) y no precisamente ese que termina enredándonos la mente. No, no. Se trata de otro teutón, que tuvo la suerte y la desgracia de vivir en tres Alemanias diferentes. Un poeta irrepetible y anti sentimental. Maestro del teatro épico y creador del famoso distanciamiento brechtiano, que rompe con la cursilería del teatro romántico.

Un hombre siempre de parte de los oprimidos y contra los opresores, fustigador encarnizado de la falsa moral burguesa (impostando la voz) “Para los de arriba, hablar de comida es bajo, y se comprende, porque ya han comido” Batallador arrecho e incansable: “Hay hombres que luchan un día y son buenos; los hay que luchan toda la vida; esos son los imprescindibles”.

(El tramoyista asoma la cabeza entre bambalinas y mira a derecha e izquierda, luego se esconde). Qué fuerza creativa la de este hombrecillo con alma de titán, empeñado en provocar la conciencia crítica de actores y espectadores. Un dramaturgo que fue sobre todo un amante de la libertad, al punto de dársela a los actores para que fueran ellos quienes crearan el personaje, mientras él trabajaba en la sombra del exilio.

(El tramoyista vuelve a asomar la cabeza. Ella se levanta del taburete y cuando va al proscenio izquierdo se detiene al centro).

Huelo a ratón merodeador. Salga de ahí, caballereite, y deje ya de espiarme en mis soliloquios íntimos.

Tramoyista: (Saliendo, tímido) ¿Espirarla yo, a mi edad, a la suya, a estas alturas?

Rocío: Usted sabe que no tendría nada de extraño. ¿Acaso no soy una mujer llena de misterios insondables?

Tramoyista: No digo que no; pero yo sólo buscaba...

Rocío: No me vayas a decir que estás buscando al espectador perdido. Ja, ja, ja.

Tramoyista: Sí; la verdad es que ha venido poca gente...

Rocío: ¿Poca? Pueden contarse con los dedos de una mano.

Tramoyista: No exagere. El fin de semana que viene, seguro que llenamos.

Rocío: Seguro que llenamos, sí. Hasta el techo. Pero de deudas.

Tramoyista: Bueno, ya vendrán tiempos mejores. Siempre ha ocurrido.

Rocío: Como no le reces a la virgen que suda...



Tramoyista: (Distanciamiento) Estas extranjeras son todas ateas.

Rocío: Me estaba acordando de Brecht.

Tramoyista: Que también era ateo... y guionista de Hollywood. Usted nos lo decía siempre, en aquellos primeros días...

Rocío: (Olvidándose de él y prosiguiendo su discurso. Él queda al otro extremo con la cabeza baja).  
Ah, aquellos primeros días en este país, que no será el mío, pero que, a estas alturas, amo tanto como a la tierra que me vio nacer, aunque los comienzos fueran tan arduos y convulsos. Me refiero ahora a aquel zancudero enemigo de entonces, disparándonos cerquita mientras nos internábamos en la selva para llevar hasta allá nuestro teatro. ¡Qué miedo pasamos! Cargando nuestros cachivaches, mientras nos acercábamos a los frentes de batalla. No digo que fuéramos a primera línea, pues el ejército nos cuidaba, pero cerquita le andábamos. En campamentos de refresco, donde los muchachitos se reponían del susto de la sangre y comían algo medio decente.

Tramoyista: “Todo para los frentes de guerra, todo para los combatientes”  
(Sale)

Rocío: Y como no sólo de pan vive el hombre, sino que también un poco de cultura ayuda -aunque sea para distraerse-, hasta allá nos íbamos los teatristas, a hacer funciones que trataban de levantarles la moral. Lo que pasa es que los textos eran a veces tan panfletarios, tan dogmáticos, que de vez en cuando no había más remedio que meterles un bocadillo gracioso, para que los chicos no quedaran más achantados de lo que ya estaban, así que cuando llegábamos a percibir un par de sonrisas o alguna carcajada solitaria, ya nos dábamos por bien pagados.  
Luego, recogíamos los cuatro trapos negros con los que aforábamos la inmensa estepa verde, bajábamos a la ciudad y a veces, esa misma noche, nos estábamos tomando unas cervecitas bien heladas en la paz capitalina, mientras ellos se quedaban en la montaña, aguantando penurias, hambre y miedo. Nos decían y nos decíamos que era una guerra irremediable y justa. Con eso y un roncito tranquilizábamos la conciencia y obteníamos la justificación necesaria para no flaquear.  
No digo que la nuestra no fuera una labor loable, sino que comparados con los muchachos que acabábamos de dejar allá arriba en el más completo desamparo, nosotros éramos una tribu cultural privilegiada. (Se dirige de nuevo hacia el taburete, mientras el Tramoyista aparece tímidamente por la derecha)  
(Al público) Con esa tribu fui abordando las teorías y técnicas del viejo maestro ruso del simbolismo... (Reparando en el tramoyista)

Rocío: Vaya, mira por dónde, aquí viene el viejo chamán de la tribu.

Tramoyista: ¿Qué chamán ni que niño muerto, de qué habla?

Rocío: Me estaba acordando ahora del pasado, del realismo socialista.

Tramoyista: En lugar de acordarse del presente, del realismo de taquilla.

Rocío: Derrotista, más que derrotista. Tú y tu materialismo psicológico.

Tramoyista: Lo que soy es materialista científico. Cada vez tenemos menos público. No dejo de darle vueltas y más vueltas.

Rocío: Mira, ya me torturo bastante con eso. Estaba pensando en los maestros de cuando comenzamos. ¿Te acuerdas de Stanislawski? (Proyección foto de Stanislawski)

Tramoyista: Claro que me acuerdo; si usted por ese tipo hasta nos pegaba para motivarnos.

Rocío: Tienes razón. El método de formación de actores de ese ruso es tan salvaje, tan implacable, que me pareció demasiado sádico para zampárselo a aquella juventud rebelde y parrandera. Así que abandoné el método Stanislawski.

Tramoyista: Gracias a Dios.

Rocío: Y a la Revolución. Supongo. A todos os gustaba más Grotowski, (Pr. Foto Grotowski) ¿no es verdad?

Tramoyista: Pues claro, su teatro pobre era tan pobre como nosotros, no nos volvía locos como el ruso y además usted ya no nos penqueaba como antes.

Rocío: ¡Qué exagerado que sos!

Tramoyista: (Distanciamiento) Esta señora experimentaba con nosotros como si fuéramos ratas de laboratorio... apaleadas.

Rocío: ¿Y qué queríais, seguir con Alejandro Casona o con Alfonso Paso?

Tramoyista: Pues claro que no. Para eso ya estaban el TEM, la Comedia y el Teatro de Cámara (Sale)

Rocío: ¡Ay, qué hombre éste! (Desde su banqueta) Pues no es por presumir, pero yo me la jugué aquí. Aparte de Brecht, estrené a Samuel Beckett, (Proyección foto de él)) ese eterno esperador

existencial; hice también La escuadra y La mordaza, de mi paisano Alfonso Sastre... (Foto Sastre) Uy, ¡qué no hice yo! Y qué no hicieron los muchachos de la tribu: a ese plantel de autores tan serio, los actores nativos le metieron el salero del güegüense, la guatusa y el yoquepierdo.

También trabajamos a Antonin Artaud, (Foto) que inventó el teatro de la crueldad, y que terminó siendo actor de cine para ganarse los frijoles – y es que vivir del teatro nunca ha sido fácil, nunca- .

Y le metimos mano al gabacho mal encarado de Jean Paul Sartre, (Foto) que escribió las más potentes obras del teatro moderno, mientras nos recordaba que para ir al infierno no hay que esperar a morirse, pues el infierno son “les autres”.

Y cómo olvidar a García Lorca, (Foto) el más querido, el más mío, tan fresco, tan fino, tan doliente, tan...

Y mira que tiene guasa torera eso de montar las obras raras de Federico, ¿eh?

Bueno, teníamos autores y actores, y hasta presumíamos de tener teoría, que, como todo el mundo sabe, nada tiene que ver con la práctica, pues el teatro es, definitivamente, el arte de lo posible. Vamos, que casi siempre se hace lo que se puede y no lo que se quiere.

(Se levanta del taburete y se agarra los riñones)

Me duele hasta la cédula. Ay, ay. ¡Hay que fastidiarse! Cada día me siento más cansada después de una función, y esto de hablar como matraca floja, aunque sea para mí misma, me deja la boca más seca que la suela de un zapato. Y a falta de Fino La Ina o una copita de Tío Pepe, voy a aclararme la garganta con una dosis regular de guaro lija.

(Mientras regresa hacia el tocador, sale a escena por el foro el Tramoyista y avanza hacia el proscenio, sin que ninguno de los dos repare en el otro. La actriz se echa un trago. La luz del tocador se apaga, mientras la actriz se cambia el vestuario)

Tramoyista:

¡Qué mujer tan admirable! Me encanta seguirla y lo he hecho desde que terminé de cumplir mis deberes militares. Empecé como actor, pero con el correr de los años me he convertido en cachímber. Cachímber de ella y cachímber de este teatro. Un ser casi invisible pero que resuelve; ¡claro que resuelvo! Yo creo que más que iluminador o tramoyista lo que soy yo es un seguidor. Todo lo consigo. Lo que pasa es que con este carácter tan apocado que tengo, nadie me conoce ni me reconoce. Si yo fuera un poco más aventado, sin duda hubiera llegado a ser un primer actor en la compañía de la doña, pero desde el principio me di cuenta de dos cosas: una, que el teatro era lo mío, y dos, que en escena nunca llegaría a dar la talla. Y ahí me fui quedando, poco a poco arrinconado. Cuando iban mal las cosas, hacía papelitos de relleno. Cuando las cosas

mejoraron y este templo de las musas se abrió –o más bien esta capillita- , en el grupo había actores de renombre y yo fui desplazado a oficios técnicos,...y hasta domésticos.

Luego, al iniciarse la crisis, esos actores de renombre, a quienes había que pagar, aunque fuera una miseria, hicieron mutis por el foro y tuvieron que ser reemplazados por los chicos de la escuela de teatro, que lo más que te cobran es un sándwich y una gaseosa. Por inercia, me fui quedando fuera del elenco, luchando por mantenernos a flote, y así ascendí de cachímber a cachímber plus, es decir, a administrador sin sueldo.

Y aquí estoy, testigo impotente de cómo el chinamo se va viniendo abajo, pero sin atreverme a decirle a ella que desde hace tiempo ni cubrimos gastos. Yo creo que ya lo sabe, porque además de idealista es lista, pero yo disimulo y me la rebusco a cómo puedo y no me atrevo a decirle hasta qué punto estamos quebrados, como nunca me he atrevido a decirle casi nada. Y, desde luego, nada personal. (Subiendo progresivamente la voz) ¡Yo, que por valiente ante el enemigo fui hasta condecorado, con ella siempre seré un cobarde!

Rocío: (Encendiendo el tocadore, repara en la presencia del otro)  
Pero Payo, ¿todavía no te has ido?

Tramoyista: Pues ya ve que no, señora.

Rocío: ¿Y por qué me llamas señora?

Tramoyista: Porque es usted una señora.

Rocío: ¡Payo, llevamos más de veinte años juntos!

Tramoyista: Pero no revueltos.

Rocío: Pero tú siempre me has llamado Rocío.

Tramoyista: No, a usted le falla la memoria. Hace años que no la llamo Rocío, señora.

Rocío: Pues llámame compañera, como al principio.

Tramoyista: Ese tratamiento ya está reservado.

Rocío: Uy, este hombre, cuanto más viejo...

Tramoyista: Más pendejo. Tiene usted razón.

Rocío: Pero, ¿por qué me tratas de usted?

Tramoyista: Así hablamos nosotros, ¿ya se le olvidó?

- Rocío: ¡Con la de Niágaras en taburete que hemos cruzado juntos! Toma nota, Payito: a partir de ahora me vas a tutear.
- Tramoyista: Nosotros no hablamos de tú. Eso lo hace el chelerío igualado, como los del Centro Cultural o la Alianza Francesa.
- Rocío: Yo no soy francesa.
- Tramoyista: Es europea; la misma cosa es.
- Rocío: Tendrás tú queja de los europeos, que siempre os hemos echado una mano.
- Tramoyista: Ninguna queja. Los de la copulación sueca, española o francesa, siempre me han tratado muy bien, madame.
- Rocío: Y ahora me llama madame, como si yo fuera regente de un burdel, y además me sale con la bromita ésa, como si a mi edad yo fuera una de esas jóvenes copulantes.
- Tramoyista: Ahí me disculpa, lo de madame se lo digo por respeto y para que usted vea cómo manejo los idiomas. Lo de copular no lo decía por usted, aunque yo supongo que...
- Rocío: No supongas nada, y no me seas atrevido. Anda, vete, que se te va a hacer tarde. ¿Ya se fueron los actores?
- Tramoyista: Sí señora, y ya les di su refrigerio.
- Rocío: Pues apágalo todo, que yo cierro.
- Tramoyista: Ya está todo apagado... menos su camerino.
- Rocío: Ah, mi camerino; ya lo apago yo.
- Tramoyista: Hágalo, por favor, y no se le olvide como otras veces, que el recibo de la luz no deja de trepar. ¡Nada se ha notado con la dizque rebaja!
- Rocío: (Refunfuñando) ¡Este jodido, penoso y pinche, ahora nos salió hasta administrador de empresas! (Regresa al tocador y apaga la luz; se entretiene echándose un trago, mientras canturrea bajito "Mack the Knife" o algo similar).
- Tramoyista: Este barquito se va a pique, pero yo me hundo con él; y cuando digo con él, quiero decir con ella. Hemos ido subiendo y bajando al vaivén de las olas. Es verdad que más bajando que subiendo. Y yo, siempre amarrado a mi timidez y a esta misoginia que no

- me deja ser feliz. Si al menos me decidiera a decirle en una carta lo que siento.... Que la he amado por años en silencio; tan en silencio que ella ni cuenta se ha dado. El miedo al rechazo me sigue atenazando. ¡Quién sabe qué haría falta que ocurriese para que me atreviera a dar el paso!
- Rocío: ¿Todavía estás por ahí, playo, digo, Payo? ¡Uf, se me traba la traba, digo se me traba la lengua! ¡Ya no bebo más!  
(Payo no responde; se escabulle. Rocío apaga la luz del tocador y se gira hacia el público sentada en la banquetta)  
¡Qué hombre más raro! ¡Y qué fidelidad la suya! Si no fuera porque se le ve medio asexual, yo diría que está un poquito enamorado de mí y como que le costara decidirse. Nos tiene una devoción tanto al teatro como a mí que sólo se puede explicar sabiendo que los cómicos somos todos unos masoquistas. Pero, ¡oye!, todo tiene un límite.  
Como ese límite que han tratado de imponerme unos y otros. Los míos con discreción o delicadeza; los otros con descarada patanería.  
Y es que un teatro que siga hablando de mística o simplemente de valores universales y permanentes ya no interesa a nadie. Los de arriba, sean quienes fueren, prefieren que la gente le vaya agarrando el gusto al consumo, al individualismo, que les parezca de lo más normal la serruchadera de piso y el sálvese quien pueda. Y claro, ahí queda mi teatro más desfasado que el de Javier Amor.  
(El tramoyista asoma la cabeza brevemente y busca entre el público)
- Tramoyista: Lástima que no esté el Señor Amor para oír esto.
- Actriz: Ahora va a resultar que esta doñita extranjera, condecorada con la Medalla de Honor al Valor Cultural, es una presencia incómoda.  
Pero yo no estoy obligada ni al pragmatismo ni a las servidumbres del poder y puedo permitirme ser fiel a mis ideas, sin seguir lineamientos correctos o transigir con los caprichos del mercado. Es muy posible que empiece a estar ya en la cuerda floja, pero sus extremos no me los amarra ningún bando.  
(Alzando la voz, se levanta) ¡No nos moverán! ¡No me moverán de defender los valores espirituales frente a los materiales!  
(Payo asoma la cabeza al oírla gritar) ¡No nos moverán en la defensa de la utopía! (Bajando la voz y sin mirarle) Y tú, Payo, sal de ahí, que este cuento ya te lo sabes de memoria.
- Tramoyista: Usted disculpe, doña Rocío.
- Rocío: Ahora soy doña Rocío. Está visto que así no vamos a ninguna parte. Y ya que lo has oído todo, ¿qué es lo que te pasa a ti conmigo?

Tramoyista: No me pasa nada. Mi único delito... disculpe, mi único mérito es haberle sido fiel a usted y a este teatro. Acuérdesse; desde los años difíciles.

Rocío: No me vas a decir que éstos son fáciles.

Tramoyista: Me refiero a cuando andábamos con la casa a tuto, del timbo al tambo, como cómicos de la legua.

Rocío: Cuando aspirábamos en serio a que el teatro fuera una herramienta para cambiar la vida de los olvidados.

Tramoyista: Aquel nuestro teatro popular...

Rocío: Cuando las comunidades tierra adentro disfrutaban nuestros sociodramas y nos devolvían con creces la ilusión que nosotros les llevábamos.

Tramoyista: Cuando el campesino se preguntaba ansioso: Y los del teatro, ¿cuándo vuelven?

Rocío: Quizás éramos entonces más felices y no teníamos la preocupación de pagar tanto recibo.

Tramoyista: Yo siempre he sido feliz trabajando con usted.

Rocío: (Sentándose en la banqueta. Le queda mirando) Y sin embargo, parece que te me andas escondiendo.

Tramoyista: No, señora. Yo sólo vigilo en la sombra, para que las sombras no se adueñen de usted ni de esta sala.

Rocío: Gracias, galán. Pero de todos modos tú eres algo raro. No tienes ni mujer ni hijos.

Tramoyista: Miren quién habló. Usted tampoco tiene familia.

Rocío: Mi familia es el teatro, los actores, el público.

Tramoyista: Pues yo igual.

Rocío : ¡Pero yo he tenido mis amantes!

Tramoyista: Y usted qué sabe si yo...

Rocío: No me vengas con chochadas. A veces pienso que lo que tú tienes es una cierta debilidad por mí (Distanciamiento usando el abanico). Muy reprimida, por supuesto.

Tramoyista: Admiración y respeto. Esos son mis sentimientos hacia usted y todo el mundo lo sabe (Al público) ¡Mentira, mentira, cobarde, cagón!

Rocío: (Levantándose) Estoy equivocada, pues. Bueno, aclarado esto, y antes de retirarnos, dime ¿qué perspectivas le ves al teatro?

Tramoyista: ¿Al teatro en general o a este en particular?

Rocío: ¡A esta sala, a nuestra sala!, ¡tonto!

Tramoyista: (Al público) Le veo un futuro color de hormiga, tan negro tan negro como remoto veo que yo me atreva alguna vez a declararme.

Rocío: ¿Qué estás rumiando?

Tramoyista: Que quizás deberíamos replantearnos algunas cosas.

Rocío: Mira Payo, si lo que estás pensando en replantearse tiene que ver con cerrar este teatro, te digo algo: me va a doler en el alma, pero empezamos en la calle y a la calle volveremos. Quizás salí del tierral de los pueblos prematuramente, por pura presunción. Me ganó el señuelo de "lo profesional", el instinto burgués de lo estable, la arrogancia de verme perdurable.

Tramoyista: ¡Qué bien habla, señora! (Al público) Para que digan que mi patrona no es una mujer de ñeques.

Espectador: ¡El que no tiene ñeques sos vos, flojo!

Rocío: ¿Qué ha sido eso?

Tramoyista: Es Eolo. Es el viento que se cuela por las rendijas del zinc. Este tejado ya necesita reparación.

Rocío: ¿No seremos nosotros los que necesitamos ya un overhaul?

Tramoyista: Lo que necesitamos es público.

Rocío: Si el público no viene, salgamos nosotros a buscarlo.

Tramoyista: ¿Y no estaremos un poco viejos para volver a las raíces?

Rocío: Pues quizás, pero los ideales y la ilusión están intactos, ¿no es verdad?

Tramoyista: Así es, maestra.



Rocío: Y si hay que volver a la calle....

Ambos: Volvemos a la calle

Tramoyista: Yo con usted, hasta home; por cierto, casi se me olvida entregarle esta carta.

Rocío: (La recoge y se aleja de él hacia el proscenio izquierdo, un poco soñadora. Al público, canturrea). Qué será, será, Mira que le ha costado decidirse! whatever will be will be.... Aquí debe de confesar por escrito lo que nunca se atrevió a decirme de palabra, el muy tonto. Uy, si hasta cerró el sobre. Vamos a ver qué es lo que dice. (Mira a Payo, sonriente) (Lo desgarrá y tras una pausa lee despacio, primero divertida, luego con extrañeza y luego con el gesto demudado progresivamente y la voz cada vez más entrecortada, ante la mirada atónita y angustiada del Tramoyista, que alarga su brazo hacia ella, pero sin moverse del sitio).

Señora Rocío de Córdoba,  
Directora del Teatro “Nueva Mezquita”  
Ciudad Capital.  
Resolución de la Dirección General de Nacionalidad y Extranjería.  
En virtud del Artículo 26 de la Ley 4/40, y las facultades discrecionales que atribuye al Estado, queda cancelado su permiso de residencia en el país a partir de la fecha de esta notificación, disponiendo de 30 días calendario para abandonar el territorio nacional.

(Suena la canción “Resistiré” de Alaska y Dúo Dinámico. Ella reacciona desalentada, arruga la carta y la lanza. Luego se queda pensativa. Alarga su brazo implorante hacia el brazo extendido del tramoyista y él baja el suyo y luego la cabeza, sollozando. Ya sólo hay diálogo en las miradas de ambos, prevaleciendo el coraje de ella y la cobardía de él. Música y luz cesan a la vez que ella compone un gesto de altivez).

FIN

Estrenada por Teatro Talía en la Alianza Francesa de Managua  
el 10 de abril de 2014

Reestrenada en el Centro Cultural de España en Nicaragua  
el 24 de abril de 2014

Representada por el Teatro de Cámara de Managua en el Teatro Justo Rufino Garay y el  
Teatro Nacional Rubén Darío

Rocío: Evelyn Martínez, Antonia Moreno y Honey Obando  
Tramoyista: José Arias  
Creación audiovisual: Santiago Salvador  
Producción: Amelia Barahona  
Dirección: Javier Amor



## CONTRA EL OLVIDO (Obra de teatro en un acto)

### Personajes

Poeta:	Joven de unos 20 años
Barbero:	Señor de unos 40 años
Madre:	Señora de unos 50 años
Capellán GN//Banquero/Juez de Mesta:	Señor de unos 50 años
Mauricio:	Guerrero danzante/bailarín, 20 años
Roger:	Guerrero danzante/bailarín, 20 años
Barbero V (Viejo):	Señor de unos 75 años
Muchacho 1:	Joven de unos 18 años
Muchacho 2:	Joven de unos 18 años

La acción transcurre en 2014 en la peluquería “Justin’s 2000” (antigua barbería “Acapulco”) en la ciudad de Managua. Un anuncio luminoso de logo moderno aparece encendido. Hay un sillón de barbería y unas bancas corridas. Las paredes están decoradas con carteles y algunas fotos en blanco y negro, antiguas, enmarcadas. El Barbero Viejo dormita en una de las bancas corridas. Entran dos clientes jóvenes, vestidos y peinados super fancy)

Muchacho 1: ¿Y dónde está el chele?

Barbero V: Saluden primero

Muchacho 2: Y qué se hizo Justin?

Barbero V: ¿Pero es que no saben dar los buenos días?

Muchacho 1: Y el estilista, ¿a qué hora?

Barbero V: ¡Par de maleducados!

Muchacho 1: ¡Y usted es que se desayunó gallo?

Barbero V: Más respeto, muchachito y si no dan los buenos días como es debido, yo no les atiendo.

Muchacho 1: ¿Usted? ¿Peinarnos usted? Ni en sueños

Muchacho 2: Ni loco

Muchacho 1: Además, si usted está retirado

Barbero V: Ya lo sé; pero el que tuvo retuvo. Me van a dar los buenos días o salen y vuelven a entrar.

Muchachos 1 y 2: (Mirándose entre ellos) Buenos días, don Eulogio.

Muchacho 1: ¿Y a qué horas llega el estilista?

Barbero V: Ya no debe tardar. Quizás se atrasó por la ruta...

Muchacho 2: ¿Entonces esperamos?

Muchacho 1: Sí; no tenemos que hacer ni mierda

Barbero V: ¡Esa lengua! Se me sientan ya, y ahí tienen algunas revistas para que entretengan la espera. (Se sientan y uno de ellos ojea una revista)

Muchacho 1: Pero abuelo, si son las revistas de siempre.

Muchacho 2: Ya nos las sabemos de memoria

Barbero V: Y qué quieren, ¿que las cambie a cada rato? A mí no me tocó la lotería como al peluquero salvatrucha.

Muchacho 1: (Cantando y señalándose mutuamente) Puso una peluquería

Muchacho 2: En el piso de arriba

Muchacho 1: Puso una peluquería

Muchacho 2: En el piso de abajo

Muchachos 1 y 2: (Levantándose y bailando) Arriba y abajo, arriba y abajo (Se sientan riéndose)

Barbero V: Si quieren puedo ir lavándoles pelo...

Muchacho 1: ¿Arriba o abajo? (Se ríen)

Barbero V: Aquí no estén trayendo sus vulgaridades

Muchacho 1: Mejor esperamos al estilista. A usted le tiembla la mano

Muchacho 2: Imagínate dejar mi cresta en manos de este carcamal.

Muchacho1: Gárgamel, se dice Gárgamel.

Muchacho 2: Que no maje, que ese es el de Los Pitufos.

Muchacho 1: Maestro, esas son fotos de su época, ¿verdad?

Barbero V: Mientras no me muera, esta sigue siendo mi época.

Muchacho 2: Quiero decir que son fotos antiguas.

Muchacho 1: Y en blanco y negro, vos. Yo alucino con la ropa que llevan

Muchacho 2: Y el pelo como canasto que lleva el chavo murrucó ese

Barbero V: Ese estilo de peinado se llamaba afro y aunque a mí nunca me gustó, hizo furor en los años 70.

Muchacho 1: Eso es antes de la guerra.

Muchacho 2: ¿Qué guerra? Si aquí siempre hemos estado en guerra

Muchacho 1: La guerra que hubo en los 80, baboso. ¿Es que no has ido a clase de Historia?

Barbero: Esas sí que son fotos con historia. Igual que esta peluquería, que hace ya muchos años se llamó "Barbería Acapulco". Si yo les contara...

Muchacho 1: ¿Qué cosa?

Muchacho2: ¡Qué cosas no ocurrieron aquí!

Muchacho 1: Ya se puso misterioso el abuelo.

Barbero V: En esta barbería viví yo la aventura de mi vida.

Muchacho 1: ¡Nos encantan las aventuras!

Muchacho 2: Como Indiana Jones

Barbero V: Pues estense seguros que yo soy el Indiana Jones de los barberos.

Muchacho 1: ¡Clase de Indi balurde!

Barbero V: Respete, chavaló de mierda

Muchacho 2: Tenés razón; el viejo se desayunó gallo

Barbero V: Entonces ¿quieren saber o no quieren saber?

Muchacho 1: Pues como andamos de vagos...

Muchacho 2: Déle pues, cuéntenos

Barbero V: Les diré, para empezar, que yo estoy vivo de milagro. Incluso estas paredes quedaron de milagro en pie.

Muchacho 1: ¿Cosa del terremoto?

Barbero V: Peor que eso; el infierno.

Muchacho 2: Ya nos dejó enchilados

Barbero V: ¿Así que quieren saber? Miren entonces a través del espejo

(Se oscurece la zona donde se desarrollaba la escena anterior y la opuesta comienza a iluminarse; es la pequeña sala de de un apartamentito contiguo a la barbería, que el Barbero alquila a un estudiante universitario)

(A los compases de la Ronda del Güegüense, de ritmo vivo y combativo, Mauricio, Roger y el Poeta realizan un trasiego febril de cajas a través de la sala. Lucen la apariencia propia de los años 70 y portan al cinto sendas linternas. El Barbero llama con premura a la puerta. Cesa la música y los estudiantes se detienen sobresaltados)

Poeta: Escóndanse atrás, compañeros, y estén bien chiva (salen Mauricio y Roger y el joven se acerca cauteloso a la puerta) ¿Quién es?

Barbero: Soy el barbero. Quiero hablarles.

Poeta: ¿Qué quiere? Ahora no es momento. Váyase.

Barbero: Mirá muchacho, es importante. Dejáme entrar.

Poeta: Vuelva más tarde

(El barbero fuerza la puerta abriendo con su llavín. El Poeta se sobresalta y echa mano a su linterna sin desenfundarla)

Poeta: ¿Pero qué hace?

Barbero: Entrar a lo mío.

Poeta: Usted me alquiló la pieza, pero eso no le da derecho a entrar y menos así.

Barbero: Claro que sí. Por incumplimiento de contrato.

Poeta: ¿Incumplimiento?

Barbero: Yo le alquilé a usted sólo y ahora tiene aquí gente metida

Poeta: ¿Cómo que gente?

Barbero: Gente que se siente en una sola bulla, en un solo ir y venir

Poeta: Deben ser unos estudiantes que me acompañan a preparar exámenes

Barbero: ¿Exámenes en enero? ¡Usted me toma por pendejo!

Poeta: Váyase, le digo

Barbero: Quienes se me van ya ya son ustedes

Poeta: Es usted quien se va ahora y si quiere rescindir el contrato, me lo pone por escrito

Barbero: Así que "No te vas, te quedás!"

Poeta: Con eso no haga bromas.

Barbero: Ninguna broma. Yo sólo estoy donde tengo que estar.

Poeta: ¡Usted ya está sobrando aquí!

Barbero: ¿Pero es que no te das cuenta que lo que quiero es prevenirles?

Poeta: No hay nada que prevenir.

Barbero: Yo sé quiénes son ustedes.

Poeta: Sólo somos estudiantes preparando exámenes

Barbero: Inventáte otra, que esa babosada ya me la has dicho y ni vos te la creés.

Poeta: ¡Váyase ya y dejemos aquí la jodedera!

Barbero: Tengo algo importante que decirles

Poeta: ¿Y es?

Barbero: Que se vayan...

Poeta: Eso ya me lo ha dicho diez veces

Barbero: Déjeme terminar: que se vayan porque en cualquier momento les va a caer la Guardia Nacional (Silencio)

Poeta: Así que ese es el motivo de esta su visita de... cortesía?

Barbero: Así es y lo que quiero es que salgan lo más pronto posible de esta casa

Poeta: ¿Y por qué me voy a ir si no estoy haciendo nada malo?

- Barbero: Vos sabés que yo sé. Y si yo lo sé, ¿quién te dice que la Guardia no lo sabe?
- Poeta: ¿Y por qué tiene que meter a la Guardia en esto?
- Barbero: ¿Que por qué? Porque ustedes andan metidos en el chanco con miel.
- Poeta: Y usted, barbero tenía que ser. ¡Barbero y oreja! Ya me colmó la paciencia.  
(Desenfunda la linterna, lo apunta y grita) Muchachos, salgan ya y tráiganse un mecate!  
(Salen Mauricio y Roger lo sientan en una silla y comienzan a amarrarlo; el barbero sigue hablando)
- Barbero: Están cometiendo tremendo error. ¿Vos creés que si yo fuera oreja hubiera venido a advertirles que salieran cuanto antes?
- Poeta: ¿Con que a pedimos que salgamos? Ya hemos perdido demasiado tiempo con usted. Ya hemos arriesgado con su cháchara más de lo debido. Cuando terminen de amarrarlo, le vendan los ojos y le tapan la boca con masking tape.
- Barbero: Ahí lo tienen. Un error detrás de otro. Matando al mensajero. Además, sin querer decirme nada, ya me están reconociendo que andan en el chanco con miel; en la subversión. Y ahora me salen secuestradores.
- Poeta: Taparle la boca y que se calle, que con tanto güiri-güiri ya me tiene jugado de cegua.
- Barbero: ¡Cómo no, Chon! A ver si quieren entender, chavalos necios, que no estoy dispuesto a consentir que esos hijueputas se echen a unos cipotes como ustedes (Eso les detiene de taparle la boca) Y como ípegüe me dejen el negocio y la casita hechos un colador, de pura choña.
- Poeta: No le tapéis la boca al tapudo, pero con la venda se queda. (Los tres estudiantes reinician con menos frenesí el traslado de las cajas)
- Barbero: Si no hace falta taparme los ojos para que me dé cuenta de qué están haciendo. Si ya se les sentía desde fuera. Están trasladando papeles comprometedores, armas y de repente, el botín del último atraco.
- Poeta: Usted cálese, que le puede ir peor.
- Barbero: ¿Y ni hablar se puede ya? ¿No son ustedes los que están a favor de la libertad de expresión?
- Poeta: Cuánto menos sepa y cuánto menos se meta, mejor para usted.



Barbero: ¿Es que no se dan cuenta aún de que he venido a salvarles?

Poeta: ¿Y porqué iba a hacerlo?

Barbero: Ya se lo dije antes. Porque no quiero que los maten. Porque uno en la barbería oye cosas y este barrio... qué este barrio; este país está lleno de orejas.

Poeta: ¿De orejas como usted?

Barbero: (Enérgico) ¿De orejas que arriesgan su vida para avisar a unos subversivos de que les van a caer? ¿De orejas que no quieren que se repita aquí lo de las Delicias del Volga?  
(Los muchachos se detienen)

Poeta: Quitarle esa venda (Lo hacen) ¿Qué sabe usted de las Delicias del Volga?

Barbero: Lo que todo mundo. Que aquello fue una vergüenza.

Poeta: Todos los crímenes lo son. Y usted ¿con quien está?

Barbero: Yo no estoy ni con unos ni con otros, pero en este país de flojos, al menos aún me queda un poquito de humanidad.

Poeta: Desátenlo y quédense vigilando la trasera. Ah, y llévense esas cajas. (Se sienta y se relaja) Entonces, me está pidiendo que, sin conocerlo de nada, confíe en usted.

Barbero: Lo que yo les estoy pidiendo es que se vayan.

Poeta: Está bien. Nos iremos en cuanto oscurezca

Barbero: Será demasiado tarde. Yo puedo sacarles ahora, por detrasito. A estas horas y con este solazo de horno, todo mundo está en sus casas. No se dejen matar de puro gusto.

Poeta: Pues la verdad es que no sé qué hacer con usted. No será oreja, pero es necio de viaje. Y como además de necio se le mira decente, voy a decirle algo. Cuando uno se mete a esto sabe que la vida la tiene de prestado; por eso mismo le pido que se vaya discretamente y hágase de cuenta que nunca estuvo aquí; no tiene por qué arriesgarse.

Barbero: Y ustedes, ¿por qué se arriesgan?

Poeta: Por un mundo mejor

Barbero: Eso suena a sermón de curas

Poeta: ¿No le gustan a usted los curas?

Barbero: Ni me gustan ni me dejan de gustar. Ya sabés, hay curas y curas.

Poeta: Yo mismo iba para cura

Barbero: Pues ahora que lo decís, se te ha quedado la cara; de cura o de seminarista.

Poeta: Ya dejé el seminario

Barbero: Pero se te quedó la cara

Poeta: (En un aparte, burlón) ¿Será?

Barbero: Lo que no entiendo es esa vuelta de calcetín; ¿cómo se puede cambiar la misa por la subversión?

Poeta: Yo no veo la contradicción

Barbero: Pues para mí es darse volantín

Poeta: Es que a la hora de defender el rebaño de Dios, a un buen cristiano no le queda de otra que tomar partido contra los lobos

Barbero: Yo más bien creo que lo que ustedes plantean es como medio romántico

Poeta: Romántico es ése que pasa tronando todo el día en la rockonola de la esquina.

Barbero: Ahí tenés: hasta él canta -e insiste- en que la vida sigue igual.

Poeta: Es que ése, más que romántico, es una Llorona en dos patas. Pero hay un buen puño de jóvenes nicaragüenses graduándose de hombres, jugándose la vida y no por romanticismo sino por ideales de verdad.

Barbero: La misma chochada es. A ustedes, los jefes les llenan la cabeza de babosadas y al final vas a ver que resulta ser la misma mona con distinto rabo y ellos sirviéndose con la cuchara grande.

Poeta: Por culpa de quienes piensan como usted, que nada puede cambiar, que al final todo queda igual, es que estamos como estamos.

Barbero: No lo pienso yo sólo. Hasta el maje ése sigue pregonando que la vida sigue igual. Acordáte que todos los políticos son bien pijudos hasta que se pegan a la teta. Te lo dice este indio que pronto peinará canas.

Poeta: Nosotros somos diferentes y lo seguiremos siendo siempre.

Barbero: No seré yo quien les niegue las buenas intenciones, ni el valor, ni tampoco su patín de convertirse en héroes. El país entero vio a ese muchacho el año pasado enfrentándose íngrimo a todo un ejército.

Poeta: En julio nació Julio

Barbero: El cantante

Poeta: No; el más grande

Barbero: ¿Qué decís? Ya me enredaste

Poeta: Parábolas, chochadas mías; el montón de lecturas.

Barbero: De plano que ustedes son medio intelectuales...

Poeta: Pero intelectuales socones

Barbero: Medio poetas, gente poco aterrizada, diría yo.

Poeta: No, no, al contrario; nosotros, porque tenemos los pies sobre la tierra, luchamos por la tierra prometida.

Barbero: Ya volvés a hablar como cura.

(Se oscurece la escena y los que hablan quedan congelados, mientras se ilumina un podio y un bulto negro delante de una silla se yergue hasta convertirse en una mujer)

Madre: Ya desde niño se miraba bien religioso mi muchachito. La abuela fue poniendo de a poco la simiente hasta que yo pude venirme a la ciudad con él. Salir del campo es bien difícil para una maestra rural. Tengo que reconocer que gracias a mi hermana, que le trabaja al Hombre, conseguí el traslado. En este país para todo hay que tener pata. Caí más lueguito en un colegio de tufosos, donde me miraban por encima del hombro, hasta que al fin conseguí trabajo en una escuelita más humilde. Pobres pero honrados, le inculcamos al cipote el temor de Dios y el amor al prójimo. Y su pobre padre, metido a penca de jornalero a carpintero -como San José-, es tan religioso como esta servidora. Cuando también él pudo venirse de la miseria de la finca y hacer sus rumbos en la ciudad, cuidamos que el muchacho cumpliera siempre con sus obligaciones cristianas, asistiera a la catequesis y se fuera formando como persona de bien. Nunca hubo que insistirle; más bien le gustaba pasársela en la iglesia y hacer de monaguillo. Siempre tuvo fama de chavalo iglesiero (Se sienta en la silla, pensativa, y mientras se hace oscuro sobre ella, vuelve la luz a la escena principal)

- Capellán GN: (Surge rondador y amenazante, de molesto a encachimbado)  
Con este Concilio jodido van a poner todo patas arriba. Ahora me salen con la guanacada de que es incompatible mi capellanía castrense en nuestra benemérita Guardia Nacional con dar clases en el Seminario. Mal va a ir este país si no estamos nosotros ojo al Cristo con la formación de los futuros sacerdotes. Creen que mandando cuatro curitas cara bonita de Canadá van a mejorar el Seminario. Lo único bueno que tiene ese país del norte es la Policía Montada y qué mejores policías que nosotros. Seminario es semillero, pero a este paso, semillero de comunistas y cochones es lo que va a terminar siendo. Orden, carajo, orden. Sin orden, la sociedad y el país se precipitarán en el abismo. Menos mal que aquí estamos nosotros, como siempre, con la cruz en una mano y la espada en la otra. Y al que quiera sacar los pies del tiesto, mandoble y tente tieso. Vé, me salen versos hasta sin quererlo. Debe ser la sombra de Rubén (Se pierde entre sus propias sombras y Barbero y Poeta vuelven a su conversación)
- Barbero: A ustedes, digo los revoltosos, les gusta leer bastante. ¿Qué libro es ese de la mesita?
- Poeta: Hombré, a mí me gusta leer libros de historia o de filosofía, pero casualmente este que tengo aquí sí lo debe conocer. Es la Biblia.
- Barbero: A decir verdad, nunca he leído la Biblia; yo soy católico y la Biblia es cosa de los protestantes.
- Poeta: Pues es un libro bien interesante, que todo mundo debiera leer alguna vez. Ya veo que usted no lee mucho.
- Barbero: Claro que leo. En mi negocio recibo diario La Prensa y Novedades. Y también estoy obligado a tener algunas revistas –casi siempre atrasadas- para que los clientes se entretengan mientras esperan.
- Poeta: Dice el cliente al barbero: Cuidadito me deja como talón de guatusa, y el peluquero inspirado va y le pelonea al cero.
- Barbero: Dejé de hacer versitos jayanes a mis costillas. Yo, en tijera y en navaja, soy un consumado estilista.
- Poeta: No se me arreche, hom, sólo son bromas. Me estaba diciendo que le llegan los periódicos y que los lee; no puede decirse entonces que no se dé cuenta de lo que está pasando.
- Barbero: Y porque soy un ciudadano informado le digo que no quiero que se repita aquí lo de las Delicias del Volga.
- (Se proyectan sobre la pared del fondo imágenes del lanzamiento de un cohete espacial o la llegada del hombre a la Luna)

Poeta: Lo de las Delicias del Volga lo conoce todo mundo, porque lo dieron en televisión como que fuera la llegada del hombre a la luna, pero matancinas como ésa se están dando a diario, sin que nadie se dé cuenta. Este país está en la luna.

Barbero: Vos sí que estás en la luna

Poeta: “Bienaventurados los pobres porque de ellos será la luna”.

Barbero: (Aparte, al público) De plano que no se le quita lo de cura.

Poeta: ¿Y va usted a decirme que está de acuerdo con el chorro de reales que han gastado los gringos en todas esas misiones Apollo?

Barbero: Mirá muchacho, ellos tienen la plata y no te están prestando ni a vos ni a mí.

Poeta: Pero yo digo que primero hay que resolver las miserias en la tierra y luego mirar a las estrellas.

Barbero: Vos es que sos metiche. Hasta querés decirle a los yanquis cómo ordeñar la vaca.

Poeta: Pues claro que tengo qué decirles. Lo primero que dejen de sostener a tanto gorila que nos hace la vida a cuadros. Si ellos les retiraran su apoyo, con un empujoncito de la gente se iban todos al carajo. (La proyección se desvanece)

Barbero: Lo que tenés que hacer es volver a tus estudios en el Seminario. La cara de cura y lo buena gente ya lo llevás adelantado.

Poeta: Ahora tengo entre manos cosas más urgentes.

Barbero: ¿Urgentes como atracar bancos?

Poeta: No sea bárbaro, barbero

Barbero: Y vos no querás darme atol con el dedo. Yo no digo que vos, pero los tuyos andan asaltando bancos. (Los dialogantes se congelan, mirando al patio de butacas)

Banquero: (Apareciéndose atildado desde el patio de butacas y avanzando suficiente en su terno bien cortado hasta perderse detrás del podio de la madre. A la vez, dos bailarines, trajeados y repeinados como ejecutivos, ejecutan una marcha dinámica bajo el escenario armados de sendos portafolios)  
Sin orden no hay progreso. La banca garantiza la solvencia financiera del Estado y sus instituciones. Somos depositarios de la confianza económica de los sectores acomodados y a su vez, prestamos de esos

fondos a lo más necesitados. Lógicamente, con una tasa de interés razonable. Se equivocan estos cuatro rebeldes que nos tachan de usureros. Ellos son quienes ponen en riesgo la economía nacional, no nosotros con nuestra prudente administración del capital ajeno. Las cifras macroeconómicas hablan por sí solas. Es cierto que algunas pocas veces nos toca ejecutar propiedades que por morosas pasan a poder del Banco, pero son medidas que nos duelen más a nosotros que a esos que andan atracando las oficinas del pueblo. Porque al fin y al cabo, a quién sirven los bancos y sus préstamos? A la pequeña y mediana empresa, a los trabajadores y sobre todo a los campesinos. A esos mismos que ellos dicen defender y lo único que hacen es comprometerlos. La pobre gente ayuda a los alzados por miedo y luego es a esa misma gente a quien le cae el peso de la ley, mientras los vivianes pasan contando en sus escondrijos los billetales que nos batean a mano armada. Menos mal que tenemos un Estado fuerte, que El Hombre nos apoya y nosotros también lo apoyamos a él (a penca algunas veces, pero ni modo) Estoy firmemente convencido de que la ley y el orden prevalecerán y se acabará esta robadera. (Sale y los dialogantes se descongelan y reanudan)

Poeta: Pues fíjese que aunque haya quien no lo entienda, quitarles a los bancos algo de las ganancias que sacan a costa del sudor ajeno, es hasta necesario.

Barbero: ¡Qué necesario va a ser! Vos ya me diste miedo. Una cosa es ser un chavalo idealista y revoltoso y otra muy distinta ser un delincuente.

Poeta: No somos delincuentes. Delincuente es el que mata al pueblo de injusticias y de hambre.

Barbero: Mirá, esta miseria de nosotros no hay quien la arregle. Ni ustedes mismos si le llegaran a ganar a estos zánganos -cosa que dudo- serían capaces de cambiar el país. Terminarían por acomodarse, como hacen todos los pollíticos, que diría Peyeyequé.

Poeta: Se equivoca. Nosotros no somos nosotros. Tan sólo representamos el legado de los que cayeron, y seremos en el futuro los garantes de quienes dieron su sangre por lograr un país mejor.

Barbero: Vos sonás como poeta subversivo

Poeta: Sólo soy uno más de los que intenta hacer del arte un arma. Y porque soy un poeta comprometido en vida, lo seguiré siendo hasta la muerte.

Barbero: Dejá ya esa cantinela: pareciera que anduvieras buscando a la pelona.

Poeta: “Ya no hay muerte cuando uno la encuentra”

Barbero: Vé que tequió el tuyo con quererte morir. Viví, jodido, viví. No sigás tentando la suerte. Terminá los estudios, hacéte cura y a vivir como González y Robleto.

Poeta: ¿Cómo que a vivir? Si González y Robleto ya se murió.

Barbero: Bueno, pues el obispo que esté ahora; al fin y al cabo, todos son zorros del mismo piñal.

Poeta: Usted es tantito irreverente... pero me gusta su modo. Y ve, cambiando de tema, ya se pasó de viaje la hora de almuerzo (sobándose la panza con hambre) y ando un tigre... No tendrá usted ahí al lado algo que comer, Don... No me ha dicho cómo se llama.

Barbero: Tampoco vos me has dicho cómo te llamás. Lo que si se ve de largo es que debés comer como pelón de hospicio.

Poeta: Fíjese que no ha llegado quien tenía que traernos la comida y a como están las cosas, no querrá que nosotros salgamos.

Barbero: Algo habrá en la barbería. Cruzáte conmigo, comés algo y le traés a tus compañeros.

Poeta: Cómo voy a irme así no más.

Barbero: Si ni a la calle tenés que salir. Nos vamos por dentro.

Poeta: ¿Y mis compañeros?

Barbero: Decíles, pues. (El Poeta se retira de escena)

Barbero: (En transición hacia la zona de la barbería, que va iluminándose poco a poco mientras la otra se oscurece. Se enciende el rótulo convencional de la antigua "Barbería Acapulco")  
 Creo que más que las enseñanzas de los curas, lo que le caló hondo a este cipote tan conocedor de la Biblia fue la famosa Ley de Jonás: Que al que está jodido, hay que joderle más. Eso le revolvió las tripas y le puso en tres y dos. (Empieza a alistar tres platos exiguos de gallopinto, que saca de una porra) Yo estoy claro de lo que hacen y porqué lo hacen, pero me pudre la vida ver el montón de chavalos que están sacrificándolo todo por una buena causa sin que sus ideales vayan a hacerse nunca realidad y lo otro que me enturca es el anonimato de tantos de éstos que se irán quedando en el camino – sepultados o insepultos. La desmemoria que irá cayendo sobre todos ellos como una losa de olvido. Y mientras tanto, los políticos, kupia kumi, abanicándose con la sangre derramada. (Distanciándose, al público) Y si piensan que lo último queda un poco excesivo en la voz de un barbero, humilde pero no pendejo, van y le reclaman al que escribió esto. (Al poeta que cruza la zona de transición)

Pasá, hombre, pasá

Poeta: (Entrando en la zona de “Acapulco”) Así que esta es la barbería donde usted se gana los frijolitos...

Barbero: Para que vos te los comás, rejodido. Sentáte ahí mismo en el sillón (Le entrega un plato servido y una cuchara)

Poeta: Se mira sabroso este gallopinto

Barbero: Mis sudores me cuesta ganarlo. Más fácil lo tendrías vos si te metieras de cura...

Poeta: Para cura iba y si las cosas no estuvieran tan color de hormiga, cura y poeta hubiera sido, aunque no como monseñor Pallais. Ahora temo quedarme en puetilla aficionado; nunca le llegaré a la suela del zapato a don Alfonso Cortés.

Barbero: El nombre me es familiar.

Poeta: Lo miraría en el diario; acaba de morir hace poco

Barbero: ¿No es ése el poeta del Kilómetro 5?

Poeta: De poetas y de locos, todos tenemos un poco.

Barbero: Pero hay quien se despacha con la cuchara grande, y no lo digo ahora por vos, gran comelón

Poeta: “Un trozo de azul tiene mayor intensidad que todo el cielo” Eso no lo escribe cualquiera.

Barbero: Ni lo escribe ni lo entiende cualquiera. Eso te lo dejo a vos, que de seguro ya habrás escrito también tus cuatro locuritas.

Poeta: Pues más o menos; y a usted, ¿le gusta la poesía?

Barbero: Me sé la “Margarita” de corrido

Poeta: Algo es algo. En realidad todos descendemos de Darío, pero de entonces a acá, mucha agua ha corrido bajo el puente de la poesía nicaragüense. Y aunque entre ellos haya mucho fascista, yo más bien me siento hijo del movimiento de vanguardia.

Barbero: La Guardia ni la mentés; ¡machalá, machalá!

(Los bailarines inician la ejecución danzaría de un cerco periférico y amenazador como contrapunto al diálogo “lúdico” entre Poeta y Barbero, cerco que pasa inadvertido para éstos)



Poeta: Maestro, no me confunda la gimnasia con la magnesia...Ya terminé (Por el plato; hace ademán de levantarse, pero el otro le quita el plato de las manos)

Barbero: Quedáte tranquilo un rato. Cencedéte un respiro. Dejá ya de sentirte redentor de la humanidad. Relajáte en el sillón: Mientras, voy a cortarte el pelo (Agarra unas tijeras)

Poeta: ¡Ni quiera Dios!

Barbero: Es que andás bien charraludo

Poeta: Es que mi pelo es así. Y además es la moda. Guarde esas tijeras y le prometo que me quedo un minuto aquí haciendo la digestión de este frugal refrigerio.

Barbero: ¿Qué es lo que decís? (En un aparte) Este chavalo habla todo enredado.

Poeta: Nada, nada. Que volviendo a lo de antes, le preguntaba que qué otras cosas le gustan, además de la "Margarita".

Barbero: De repente, pero muy allá, echarme mis traguitos con algún compadre.

Poeta: No parece usted borracho

Barbero: No lo soy, metiche igualado.

Poeta: ¿Y entonces?

Barbero: ¿Entonces qué?

Poeta: Que me estaba diciendo las cosas que le gustan.

Barbero: Vamos a ver, dejáme pensar... me gusta también echarme mi partidita de naipes. Por cierto, podríamos jugar una mano para mientras.

Poeta: ¿Y mi minuto de digestión?

Barbero: Pues lo seguís aquí, en los banquitos

Poeta: Fíjese que a mí jugar cartas...En realidad prefiero el ajedrez.

Barbero: ¿Y dónde va a haber un juego de ajedrez? ¿Acaso lo andás cargando vos?

Poeta: No

Barbero: Pues entonces yo saco la baraja y nos echamos una (Va a buscarla y regresa con ella, mientras el Poeta se levanta y va para los banquitos) ¿Casino o desmoche?

Poeta: Cualquiera (El Barbero comienza a barajar)

Barbero: Pues fijáte que hay veces que casi les daría a ustedes la razón. Qué vergüenza y qué lástima de país. Haría falta un terremoto como el del 31 para echar toda esta mierda abajo y comenzar de cero.

Poeta: No sea bárbaro, barbero, que ya parece usted el subversivo. ¿No me decía que relax? Sigamos platicando pues de cuestiones alegres: la poesía, los traguitos, estos naipes. Y ¿qué otras cosas le gustan a usted?

Barbero: Vos sos un gran preguntón, pero ve, no soltás prenda.

Poeta: Déle pues, es sólo por conversar mientras le gano; ¿qué otras cosas le gustan?

Barbero: Pues de repente el cine. El Salinas, por ejemplo

Poeta: ¿Y qué ha visto últimamente?

Barbero: Dejáme pensar. A ver si me acuerdo... Ví "El planeta de los simios", "Grupo Salvaje"... ah! y "El graduado"... Esta del muchacho y la señora es medio aburridona.

Poeta: ¡Vaya! Casi son las mismas que yo he visto. ¿Y qué le pareció "2001 Odisea del Espacio"?

Barbero: Ah no, de ésa de plano me salí. Te cuento que a mí lo que más me gusta es la "Misión Imposible" que dan en el Canal 6.

Poeta: Qué casualidad. Según usted la nuestra también es "Misión Imposible".

Barbero: Ah no, la de ustedes es requeteimposible de viaje.

Poeta: Qué poca confianza tiene.

Barbero: No es que yo desconfíe de ustedes. Más bien trato de hacerte entrar en razón desde mis años y mi experiencia.

Poeta: Usted será la experiencia; nosotros somos la esperanza

Barbero: Ya me jodió el poeta.

Poeta: Y la música, ¿le gusta?

Barbero: Ah si, la Sonora, los Panchos...

Poeta: Ve, en lo del cine medio coincidimos, pero en la música no. A mi me gustan cosas más modernas, por ejemplo Jimi Hendrix.

Barbero: ¡Sepa Judas quien es ése! Seguro que un peludo como Los Beatles (sic). Comprenderás, chavalo, que por mi profesión esté chiva con esos músicos de ahora.

Poeta: Pues sí; este Hendrix también sería un mal cliente para usted; me la gana con el canasto. Pero le digo una cosa para que se la vaya pensando: en el arte, igual que en la política, la revolución es lo que viene.

Barbero: Pues no se si vendrá o no, pero ese tal Jimi se irá y los Panchos quedarán. La revolución se irá y los políticos de siempre quedarán.

Poeta: Qué negativo le veo. Usted no da su brazo a torcer.

Barbero: No te equivoqués conmigo; que lo vea negro, que lo vea lejos, no quiere decir que yo no piense que debe haber cambios cada tanto

Poeta: ¿Tanto como para jugarse la vida?

Barbero: Bueno, exageraciones tampoco. (Oscuro. Desaparecen bailarines, Poeta y Barbero)

Madre: (Iluminada, se levanta y camina en torno a la silla para quedarse luego detrás de ésta)  
 Lo de irse al Seminario fue cosa suya. Él a nadie le hacía caso. Era muy firme en sus ideas. Este mi hijo fue bien absoluto desde chiquito. Tanto en el colegio San Ramón de León como luego en el Diocesano de Managua siempre se distinguió por su seriedad, su religiosidad, su buena conducta y sus calificaciones. Siempre altas en matemáticas y ciencias; no tan altas en latín. Leía y leía, no sólo libros de texto o de religión, sino de todas clases. También cultivaba la educación física, el gimnasio, las pesas. De chaparrito y poca cosa que era se nos hizo un muchachote fuerte y fibroso. Claro, crecer no creció mucho, pero se fortaleció. Y se fortaleció en todo sentido, físico y mental, a un ritmo demasiado rápido para su edad. En las vacaciones de verano, daba clases de matemáticas a los alumnos aplazados. Así se hacía de sus centavitos, que se le iban en comprar libros y más libros y en alguna que otra entrada al cine, que mucho le gustaba. Vicios, lo que se dice vicios, nunca tuvo. Después he oído que alguna que otra vez se echaba sus traguitos, pero siempre con prudencia y moderación, que han sido los rasgos más destacados de su carácter. No voy a decir que no fuera chilero de repente, pero tenía un sentido del humor medio

raro, que a algunos les caía mal. Yo creo que era porque no le entendían.

Hubiera sido un sacerdote ejemplar pues yo ni novias le he conocido, pero de la noche a la mañana decidió dejar el Seminario sin decirnos esta boca es mía. Tampoco nos dijo nada cuando se desapareció para meterse a revolucionario. Ya digo, el es muy absoluto. (Queda de pie, tras la silla, con la cabeza inclinada, mientras la luz la abandona y regresa a la escena principal)

Capellán GN: (Surgiendo entre las sombras, avanza desde el patio de butacas, sube a escena y se pierde detrás del podio de la madre. Simultáneamente, dos bailarines reproducen bajo el escenario una escena de tortura)

Defenderemos la patria como soldados de Cristo. Nada es posible fuera del orden que establecen los Príncipes de la Iglesia, sea desde la Curia o de Casa Presidencial.

Extirparemos de raíz y sin contemplaciones el cáncer de la subversión. Yo mismo desenmascararé a los lobos con piel de oveja, señalaré las hoces y martillos debajo de tanta sotana ingrata y si se empeñan en tener dos Iglesias, las tendrán, pero sólo una portará en su estandarte el "Víctor" de las legiones romanas. Para la otra sólo quedará el polvo ensangrentado de los vencidos: allí será el llanto y el crujir de dientes. (Se marcha santiguándose, como si hubiera ido demasiado lejos) Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam...

(Se ilumina la zona de la barbería "Justin's 2000" y su rótulo luminoso moderno vuelve a brillar)

Muchacho 1: Abuelo, yo no entiendo ni miércoles

Muchacho 2: Yo lo que no entiendo es ni mierda

Barbero V: ¡Vuelve la mula al trigo! ¿Cuándo van a dejar esa boca sucia?

Muchacho 1: Yo la tengo recién lavadita... con Colgate.

Muchacho 2: Con Calláte!

Barbero V: A ustedes les cuesta entender porque es otro tiempo y otra realidad.

Muchacho 1: Unos son desarrapados.

Muchacho 2: Otros locos

Muchacho 1: La señora super pichel

Muchacho 2: Y ninguno tiene estilo

Muchacho 1: Marcianos venidos de otra galaxia

Muchacho 2: Hablan de cosas que nadie conoce y a nadie interesan

Muchacho 1: Deben ser lo que dice mi abuelita: un poco de piricuacos

Muchacho 2: De la Edad de Piedra es lo que son; ¿has visto qué pelos?

Muchacho 1: ¡Y la vestimenta!

Muchacho 2: ¡Qué charrulencia!

Muchacho 1: ¡Y los zapatones!

Muchacho 2: ¿Es que ni Nike había?

Barbero V: Es otro tiempo y otra realidad, que ustedes desconocen

Muchacho 2: Y por si se entendiera poco la cosa, sale un cura hablando todo raro.

Muchacho 1: Y además qué falta de respeto sacar un cura tan mala onda

Barbero V: Es que es un cura de la Guardia somocista

Muchacho 1: ¿Y qué cosa es eso?

Barbero V: Algo terrible que tuvimos en este paisito cuando ustedes aún no habían nacido

Muchacho 2: ¡Pero cómo va a ser un cura tan malo!

Muchacho 1: Con lo educaditos y suavetones que son ahora

Muchacho 2: ¡Y a este lo sacan como si fuera energúmeno! ¿Y qué me decís del banquero?

Muchacho 1: Otra falta de respeto. Los banqueros son buena onda que le prestan dinero a la gente.

Muchacho 2: ¡Y qué patín el del pelo 'e canasto con quererse morir!

Muchacho 1: A como dé lugar

Muchacho 2: El muy pendejo

Muchacho 1: Abuelo, es que yo no entiendo nada

Barbero V: ¿Por lo menos habrán entendido que todo esto sucedió aquí?

Muchachos 1 y 2: (Sorprendidos) ¿Ah, sí? / ¿Cómo así?

- Barbero V: Esperen, muchachitos, esperen. Pongan un poquito más de atención y les sigo contando cómo fueron las cosas de aquel tiempo, antes, mucho antes de que lo material y lo fancy –como dicen ustedes– acabaran con las ilusiones y los valores. (Se apaga el rótulo moderno y hay un oscuro. Se enciende el rótulo antiguo de “Acapulco” y se va iluminando la escena)
- Poeta: (Sentado en el sillón del barbero) Y ya en el sobaco de la confianza, ¿en qué gasta usted el dinero que gana en la barbería?
- Barbero : Vé, qué cusuco metetrompa. Con costo saco para mis frijolitos y los de mi familia.
- Poeta: Yo con lo poquito que saco compro algún libro.
- Barbero: No, si la cara de ratón de biblioteca se te mira de largo, pero digo yo que si gastás en libros todo lo que andan robando a los bancos, vos debés tener una biblioteca que ni la del Banco Central.
- Poeta: Eso de robar suena así como que fuéramos delincuentes. La palabra correcta es “recuperación”. Y en cuanto al dinero, se va toditito a la organización.
- Barbero: ¿Y entonces de dónde sacás los reales?
- Poeta: Ayudo a veces a un amigo, que es corruptor de pruebas, y también doy clases particulares de matemáticas y de física. Bueno, ahora trabajo menos y no ando reales del todo. Estoy demasiado ocupado en otras cosas.
- Barbero: Vos parecés tener ojo e piche, aunque andés lentes.
- Poeta: No queda de otra. En esto el que parpadeya pierde. Lo que no sé es porqué estoy siendo tan confianzudo con usted.
- Barbero: Quizás porque no me ves como “enemigo”
- Poeta: Nosotros tenemos un enemigo tan sólo y ese no es precisamente la gente del pueblo.
- Barbero: El pueblo, el pueblo, pura paja. Como si no hubiera entre el pueblo sus cuatro hijueputas bien hechos.
- Juez de Mesta: (Ataviado de campesino, machete al cinto, algo cohibido, atravesando el patio de butacas y perdiéndose detrás del podio de la madre. Poeta y Barbero se congelan)  
Yo soy juez de mesta; la autoridad de la comarca. Autoridad sin sueldo, pero con ventajas. La principal ventaja es que me dejan casi

vivir en paz. Me dejan vivir mientras mantenga el orden, que es tener a raya a los subversivos que andan jodiendo por estos lados, calentándole la cabeza a la gente con promesas imposibles de cumplir. Quién se ha acordado nunca de nosotros, los que vivimos remetidos tierra adentro? Aquí sólo miseria se mira. Ahora me han dado una milpa y unos animales, que antes nada de eso tenía. Y me lo han dado por lo que me lo han dado, a cambio de hacer cosas que uno no quisiera hacer. Lo de informar al Comando de las andanzas de esos de la ciudad, que vienen a meterse donde nadie les llama, hasta con gusto lo hago. Lo que peor llevo es cuando a uno le toca cargar la mano contra los mismos de nosotros. (Agarrando coraje) Pero el deber es el deber y la patria lo demanda: si hay que traicionar se traiciona, si hay que delatar se delata y si hay que matar, se mata.

Barbero: (Descongelando) ¿Vos al principio sospechaste que yo podía ser un agente del gobierno tendiéndote una trampa?

Poeta: Pero sólo al principio. Además, ¿no me acaba de decir que tengo ojo 'e piche? Después del breve secuestro –en grado de tentativa- me di cuenta de que usted era buena gente. Tanto, que sólo le faltaría unirse a la causa para ser un tipo súper diaca.

Barbero: Yo ya no tengo edad.

Poeta: Hay tareas para todas las edades y para todos los gustos, quiero decir, para todos los riesgos, grandes, chiquitos, medianos...

Barbero: ¡Ideay! No sólo no he conseguido rematar la tarea que me trajo aquí, que es convencerles de que se vayan cuanto antes, sino que ahora, vos le das vuelta de calcetín a la situación y pretendés que me convierta en un terrorista como ustedes.

Poeta: Aquí sólo hay un terrorista y ese no es ni estudiante ni barbero. Y dígame barbero, usted que es tan buena onda, ¿no le gustaría vivir como los santos?

Barbero: Yo no creo en santos que orinan.

Poeta: (Levantándose) Siempre tan irreverente. Voy a llevar la comida a mis compañeros (Recoge los platos)

Barbero: Yo me voy con vos (Oscuro)

(Surgen de atrás Mauricio y Roger quienes, al vivo son del Vellancico güegüense, ejecutan una danza guerrera)

Poeta: (Regresando al ambiente del apartamentito, seguido por el Barbero)

Muchas gracias, maestro; ¡qué tesoros culinarios puede esconder una barbería! (Atisba por las ventanas y luego se sienta) ¿Entonces no va a irse nunca?

Barbero: Si acabo de llegar (Se sienta)

Poeta: (Aparte) Ya me hizo casa con corredores (Se sienta también) Ni modo, pues, y dígame, ¿lleva usted muchos años de barbero?

Barbero: Toda la vida. Empecé bien chiquito, de aprendiz con mi papa, que en paz descanse.

Poeta: Pues yo, en estas que ando, he pasado de aprendiz a veterano en poco tiempo. Aunque no lo parezca por la edad que tengo.

Barbero: De plano que no me has dicho nada sobre vos, malagradecido. Así que no te estoy preguntando ni tu edad ni cuánto tiempo llevás de andar como pizote.

Poeta: No sea injusto conmigo. Usted sabe más de mí que esos dos compañeros de allá adentro, esos valientes que ya se la han rifado conmigo varias veces.

Barbero: ¿En esas sus “intervenciones”, “recuperaciones”, acciones...?

Poeta: Es correcto. Acciones victoriosas.

Barbero: Vé qué llindo. Yo sé de vos más que ellos... ¡Yo de vos no sé ni miércoles! Los hombres corrientes y molientes hablan de beisból. Son del Boer o del 5 Estrellas.

Poeta: Yo prefiero el fútbol al beisból.

Barbero: Hasta en eso sos raro vos. ¿Quién carajo piensa en fútbol en este país? Sabés siquiera quién fue el irrepitible Duncan Campbell?

Poeta: Claro que lo sé, porque soy una persona informada, pero a veces pienso que el beisból es como el opio del pueblo. Panem et circenses. (Aparte) Vá pues, traduzco: Pan y circo.

Barbero: A vos es que no se te halla el acomodo. Aquí todos hablamos de beisból o de mujeres. Estamos claros que el beisból no te gusta, pero al menos tendrás novia.

Poeta: No, no tengo novia

Barbero: Así que sos amigo de la Manuela Palma y de la Chica Saliva



Poeta: ¡Qué va a creer! No me queda tiempo ni para novias ni aún para lo otro.

Barbero: ¿Pero te gustan las mujeres?

Poeta: Claro que me gustan y más que a usted. Aunque supongo que usted será casado...

Barbero: Casado y enredado

Poeta: Ya me imagino, y con hijos regados por fuera. Por eso es que este país no avanza.

Barbero: Pero bueno, con que facilidad saca conclusiones este cusuco trompudo. Que tenga hijos por fuera no significa que no los mire como es debido.

Poeta: Ahí disculpe. Se me olvidaba que usted es buena gente. (Consulta el reloj y se levanta) Bueno, yo creo que ya va siendo hora de que se marche.

Barbero: ¿Me estás corriendo?

Poeta: Pues claro que le estoy corriendo. Ya vino a hacer lo que le pedía su conciencia y le estamos muy agradecidos. Ahora mejor váyase. (El barbero se levanta)

Barbero: ¿Irme sin conocerte? ¿Sabiendo sólo que te gustan los libros y el cine?

Poeta: ¿Y qué más quiere? ¿Que le enseñe la fe de bautismo y le diga dónde vive mi mamá?

Barbero: Vos sos escritor, poeta. Antes de irme me gustaría que me dejaras a leer alguna cosa tuya.

Poeta: ¿Y usted cree que yo ando cargando mis escritos?

Barbero: Quién sabe...

Poeta: Pues fíjese usted que hoy es su día de suerte. Ando por aquí unos versitos, sin fecha ni firma, por supuesto. Y ya que tanto quiere conocerme, que estoy en deuda con usted, que no dudo que un día no lejano usted será de los nuestros, (se saca un fajo de papeles de un bolsillo) y dado sobre todo que mucho me temo que más pronto que tarde me va a tocar viajar de El Edén al Paraíso, ¡qué redundancia teológica!, aquí le entrego estos papeles, con una condición: que los destruya en cuanto los lea. No quiero que vayan a fregarlo por mi culpa. (El barbero los toma, desenvuelve y amenaza con empezar a leerlos)

No me diga que se va a poner a leerlo aquí. Andirse yendo.

Barbero: (Ignorándole, -mientras el poeta se sienta, fastidiado-, lee en voz alta un párrafo al azar) “Yo les quería platicar que ahora vivo en las catacumbas y que estoy decidido a matar el hambre que nos mata”. (Sigue leyendo en voz baja, mientras desciende la luz principal y se ilumina la madre)

Madre: He atesorado sus libros y sus chunches, esperando que vuelva. No he preguntado nada a nadie, ni siquiera a su papa, que bien sé yo que algo sabe. Una lamparita a la Virgen arde en el aposento día y noche, una llamita que parpadea con mi esperanza. Quienes le andan detrás a mi muchachito son gente mala y sin corazón, pero él siempre ha sido el más listo, como cuando fue número uno de su promoción de bachiller y yo caminaba orgullosa de su brazo. Lo malo de ser tan destacado es que siempre ha llamado mucho la atención y eso me angustia por lo que le pueda pasar, me pone un nudo de zozobra que me va de la garganta al pecho.  
Me hizo llegar carta hace unos días: La muerte no es nada menos que la vida, me decía. ¿Cómo puede sentirse una madre con un hijo que ya ha resuelto irse de cabeza al matadero? (Abate la cabeza sobre el pecho)

Capellán GN: (Aparece rondando y cantando, responsorial y agorero)  
Dies irae, dies illa, solvet seculum in favilla, teste David cum Sybilla.  
Quantus tremor est futurus, quando Judex est venturus cuncta stricte  
discussurus. Tuba miru spargem sonum per sepulcra regionum coget  
omnes ante thronum. Mors stupebit et natura judicanti responsura

Madre: (Levantando la cabeza, oliendo el aire, y luego imprecando justiciera)  
Vé, yo siempre he sido devota de Dios y de la Virgen, humilde y respetuosa con todo mundo, pero hasta aquí hemos llegado. Llevo ya rato sintiendo como jiede a mi alrededor: tufo a banquero cínico, a juez de mesta sin entrañas y sobre todo a este ave de mal agüero, que revolotea entre nosotros con sus latines de muerte y que quisiera darse el gran festín con los despojos de mi hijo y de todos los hijos que andan peleando en la ciudad y en el monte.  
Por eso, hoy me atrevo a clamar ante Dios, en nombre de mi adoración de toda una vida, me atrevo a implorar Su implacable justicia divina, reclamo un castigo ejemplar y fulminante contra quien ha tomado Su nombre en vano, prevaricando contra la caridad y contra el prójimo, siendo cómplice e instrumento de tantos horrores cometidos contra el pueblo. Reclamo, Señor, tu santa ira. Bórrale de la faz de la tierra y arrójalalo a lo más profundo del infierno. (Se escucha una sirena de policía)

Capellán GN: (Se congestiona, mientras balbucea sus jaculatorias y va cayendo a tierra, fulminado por un infarto) Este dolor en el pecho, ah,

ah... Libera me Dómine de morte eterna in diae illa tremenda, quando caeli movendi sunt et terra..... (La luz cesa sobre la madre, quien se desplaza lentamente hasta detrás de la silla y permanece de pie, cubriéndose los ojos con el antebrazo. Entre tanto se ha hecho la luz en la escena principal)

Barbero: “Nunca contestó nadie, porque los héroes no dijeron...” (Dejando de leer, conmovido y escuchando la sirena) Es...es... (Por los papeles que le tiemblan en la mano)

Poeta: Es hora de marcharse, antes que la casa se llene de humo

Barbero: Salgan conmigo. Yo veré de sacarles por detrás.

Poeta: “Las flores de mis días estarán marchitas mientras la sangre del tirano corra por sus venas”

Barbero: Eso es bello y es tremendo. ¿También está escrito aquí, en sus poesías?

Poeta: No; eso no lo escribí yo. Lo escribió el poeta más arrecho que ha nacido de madre.

Barbero: Ay Señor, tamaño torozón en la garganta. Vámonos antes que rodeen la casa.

(La voz del Barbero Viejo exclama en off: “Muchachos, la guardia!” Salen los guerreros danzantes y ejecutan su danza final sin música)

Poeta: (Casi forzándole a salir) Déle usted, que para nosotros llegó la hora de las piedras pómez.

Barbero: (Conmovido, se le abraza) Yo le juro mi muchachito que esto voy a platicarlo duro, bien duro. La victoria llegará.

Poeta: Quizás yo no lo veré.

Barbero: Tus disgustos te ahorrarás. Pero no te preocupés que yo voy a regar esta chispa hasta el incendio y si un día ustedes ganan, si ganamos, te juro que voy a estar ahí, defendiendo con las uñas el honor de tu memoria. Defendiéndola contra el acomodo y el olvido. (El poeta lo empuja suavemente fuera de escena, pero el barbero rehúsa y va a acurrucarse en un rincón, mientras el Poeta se encamina tranquilo hacia el proscenio, flanqueado por los guerreros danzantes. Se aposta de rodillas en el sillón, cara al público, desenfundando su linterna y apuntando al frente)

Poeta: Camaradas, llegó el momento de gastar pólvora en zopilotes.

(Oscuro total. Con el fondo musical de “Los Machos” de un güegüense combativo, sólo las tres linternas centellean trepidantes durante un minuto interminable, hasta que cesa la música.

Regresa la luz a la peluquería “Justin’s 2000”)

Muchacho 1: Y el estilista, ¿a qué hora?

Muchacho 2: A la hora de despertar.

(El Barbero Viejo sonrío sentado en su sillón. Oscuro total. Fin)



## “VIDAS PARALELAS”

comedia en un acto

“y tuve hambre de espacio y sed de cielo  
desde las sombras de mi propio abismo”  
*Rubén Darío, Cantos de vida y esperanza*

Personajes:

Comandante Celso, astronauta nicaragüense

Comandante Pedro, astronauta español

La acción tiene lugar el año 2050, en una nave espacial, dentro de una misión conjunta nica-española patrocinada por la Agencia Española de Cooperación Interestelar, cuyo seguimiento se hace desde la estación orbital de Nandaime, Nicaragua.

Escenario: Cabina de una nave: dos sillones, inclinados hacia adelante; enfrente, un cuadro de mandos. A ambos lados del artilugio, dos cubos de madera como área de descanso. Al fondo, un desatascador de inodoro. Pantalla para proyectar imágenes. Iluminación precaria y uniforme (comme d’habitude)

Vestuario: Sendos overoles de colores chillones. Ambos portan calzado plateado.

(Se escucha la canción “No le creo a Gagarin” de M. Mojica y Los Solistas del Terraza, con imágenes del espacio. Celso está paseando y revisando un folleto. Cuando cesa la música, sale Pedro por el extremo opuesto, con expresión de quien viene de aliviar necesidades mayores)

Celso: Y vos ¿dónde andabas?

Pedro: (Gesticulando equívoco) Me estaba lavando los dientes. ¡Y qué difícil en semejante cuchitril!

Celso: Te hubieras quedado en el Radisson. Allí no hay que luchar contra la ingravidez.

Pedro: ¿Sabes cuál es el colmo de un astronauta?

Celso: Ser sueño de muchos y privilegio de pocos

Pedro: No hombre. Ir a Marte y que sea miércoles.

Celso: El colmo es ir a ninguna parte, como nosotros.

Pedro: No. El colmo de un astronauta es quejarse de no tener espacio

Celso: Como vos hace un momento, con el inodoro.

Pedro: Muy agudo. De espacio interior estamos limitados, pero exterior... ¡Será por espacio! Lástima que sea tan difícil salir afuera a... orinar ¿Y tú qué haces, Celso?

Celso: Estaba repasando el manual de la nave, Comandante Gachupín. Yo creo que estamos haciendo algo mal.

Pedro: Pero si estas naves vuelan solas.

Celso: ¿Y si fuera una avería?

Pedro: Seguro que desde tierra lo pueden resolver.

Celso: Ahí está el clavo. Llamo y llamo y no hay respuesta.

Pedro: Estarán durmiendo la siesta

Celso: Siesta la que hacen ustedes, españoles haraganes. En el Centro de Seguimiento de nosotros, la cosa es twenty four/seven.

Pedro: Casi como el Seven Eleven.

Celso: Ni más ni menos. El problema de ustedes es que son todos funcionarios

Pedro: ¿Y qué pasa?

Celso: Que son fijos en el Estado y nadie puede despedirlos

Pedro: Pero ustedes se comportan igual que nosotros

Celso: ¿Qué querés decir?

Pedro: Te pondré un ejemplo: Horario de atención al usuario en una oficina pública: Abrimos cuando venimos/Cerramos cuando nos vamos/ Y si viene y no estamos/es que no coincidimos.

Celso: Chocho. Tenés razón. Vidas paralelas. Pero dejate ya de tonteras y repasá el manual, a ver si encontrás la falla. (Le pasa el folleto)

Pedro: Vosotros estáis llenos de fallas.

Celso: Ustedes también.

Pedro: Yo me refiero a las fallas tectónicas

Celso: Y yo a las Fallas de Valencia

Pedro: ¿Y tú qué sabes de las Fallas de Valencia?

Celso: Que son unas fiestas en honor a San José donde se hacen arder cientos de muñecos gigantes en una sola noche.

Pedro: Como arderemos nosotros si no encontramos la falla

Celso: De repente tenemos suerte y en vez de arder, sólo nos desintegramos.

Pedro: Pues por lo que veo más que fallados, lo que estamos es follados.

Celso: ¿Qué es follados?

Pedro: Jodidos

Celso: Rejodidos diría yo, si no arreglamos la falla.

Pedro: A mí me preocupan muchas fallas; no sólo las de esta nave.

Celso: Pero ¿ya te diste cuenta que andamos a la deriva?

Pedro: Cuesta abajo, como dice el tango.

Celso: Ojalá fuéramos cuesta abajo. Estamos orbitando sin control. Somos un trompo sideral...

Pedro: Que va de culo y contra el viento.

Celso: Estos gachupines tienen la boca bien sucia.

Pedro: Vosotros es que sois muy puritanos. Aunque decís hijueputa a cada rato y no os parece mala palabra.

Celso: Pronto **ya** no habrá palabras; nos faltará el oxígeno. ¿No te da miedo?

Pedro: Claro que me da miedo, pero con miedo no se propulsa esta nave.

Celso: Quizás con pericia.

Pedro: Más bien con suerte.

Celso: O rezándole a la Virgen.

Pedro: Tú fíate de la Virgen y no corras

Celso: ¿Y a dónde vamos a correr?

Pedro: Como no sea al inodoro... ¿Oye, a ti te sienta bien la basura enlatada que comemos?

Celso: Pues más o menos; pero somos astronautas y así es la cosa.

Pedro: La cosa, "la cosa" es bastante líquida

Celso: Pero, ¡qué chancho que sos!

Pedro: A mal tiempo orbital, buena cara lunar

Celso: Quizás nosotros no les oímos a ellos, pero ellos a nosotros sí; quién quita y nos mandan a rescatar.

Pedro: ¿Con los recortes que ha habido en la Cooperación? Tú estás loco, chico.

Celso: Pero somos personas. Militares de graduación, técnicos cualificados. Yo mismo, soy graduado en la Escuela de Mandos de Nagarote. No somos dos simples gatos.

Pedro: Yo sí soy gato. A los que nacen en Madrid les llaman gatos.

Celso: ¡Vos seguí hablando pendejadas! Si la Agencia Española de Cooperación Interestelar no tiene aprobación para nuevos fondos, quizás mi gobierno...

Pedro: No me hables de gobiernos. Ni siquiera INISER quiso asegurarnos.

Celso: Ni tu MAPFRE tampoco. Todo el mundo sabe que los astronautas no son asegurables.

Pedro: Quiere decir que sospechan que aspiramos a una muerte probable.

Celso: Y a veces, como en este caso, aciertan. ¿Ves por qué nadie quiere asegurarnos?

Pedro: ¿Y quién iba a asegurar a un par viejos como nosotros?

Celso: Por eso mandan al espacio material humano de descarte

Pedro: Para ahorrar en seguros

Celso: Y a uno le dicen que lo que se valora es la experiencia (Pausa)

Pedro: Pero, y nuestras familias...

Celso: Nuestras familias serán objeto de homenaje los primeros días. Luego se olvidarán de ellas. (Pausa)

Pedro: Disculpa la indiscreción... tú de salario ¿cómo andas?

Celso: Algo más que un cortador de caña

Pedro: Pero tendrás otras ventajas extra

Celso: (Levantándose ufano) Por supuesto; el cortador de caña no bebe agua mientras trabaja y mí me hidratan obligatoriamente

Pedro: ¿Cómo quedará tu gente?

Celso: Mis hijos ya se valen solos. A mí mujer le darán una indemnización.

Pedro: ¿Ya no hay pensiones de viudez?

Celso: Para la miseria que daban...

Pedro: Nosotros quebramos la Seguridad Social

Celso: Vidas paralelas. Menos mal que como somos héroes...

Pedro: Ellas podrán seguir comprando en Price-Mart por un tiempo. Pero no nos pongamos en lo peor. Todavía. ¿Me estabas diciendo que...?

Celso: Que tal vez mi gobierno podría adelantar los fondos para la misión-rescate.

Pedro: Si estás esperando eso, mejor arreglamos la avería nosotros...

Celso: ¡Dále viaje! ¡Y que sea lo que Dios quiera! (Se sientan a los mandos)

Pedro: Y tú ¿por qué metes a Dios en esto?

Celso: Es una forma de hablar.

Pedro: Pero tú crees en Dios, ¿no?

Celso: Hombre, soy un científico; ¿y vos?

Pedro: Yo soy ateo por la gracia de Dios

Celso: Como decía mi tío Payo Vargas: estos extranjeros son todos unos ateos.

Pedro: Y ustedes están llenos de supersticiones.

Celso: Por culpa de ustedes, que vinieron a encaramar sus santos arriba de los nuestros.

Pedro: Eso se llama sincretismo.

Celso: ¡Eso se llama aculturación criminal!

Pedro: Pero no se enfade conmigo, Señor Gobernador Tastuanes

Celso: Me arrecho con ustedes, gachupines, que vinieron a meternos a penca su religión, a punta de espada; que montaron su cristianismo sobre nuestros viejos dioses.



Pedro: Pues por mí que no quede. Reniego del cristianismo, pero también reniego de vuestros dioses y de todos los dioses.

Celso: Y yo reniego de todos los caciques; hasta los entreguistas.

Pedro: Y yo reniego de los conquistadores sanguinarios.

Celso: (Tras una pausa, despacio) Así que los conquistadores sanguinarios...Y vos, ¿cómo es que te llamás?

Pedro: Pedro, ya lo sabes.

Celso: No, no, de apellido.

Pedro: (Sotto voce) Arias, como tú en la vida real.

Celso: (id.) Dejáte de babosadas, que ahora estamos en escena. ¿Cómo es que te llamás, así, completito, en el libreto?

Pedro: Pedro Arias.

Celso: Ahí lo tenés. Pedro Arias. Pedrarias.

Pedro: Pero yo nací en Chamartín y Pedrarias era de Ávila.

Celso: Eres Pedrarias.

Pedro: No te equivoques, hombre, soy el Gachupín.

Celso: El Gachupín Pedrarias, como aquel gigantón que echaba los perros a nuestros indios indefensos.

Pedro: Pero no me tomes a mí como chivo fijado; digo, como chivo expiatorio.

Celso: ¡Vos sos el que está más a mano! ¿A quién más voy a reclamar?

Pedro: De acuerdo. Renuncio al tal Pedrarias, a sus pompas y a sus obras. Y para darte gusto, reniego de mi supuesto antepasado. Aunque te recuerdo que mis antepasados se quedaron en España, así que Pedrarias es antepasado tuyo y no mío.

Celso: Pensándolo bien, tenés razón; no creo que Pedrarias fuera antepasado tuyo. Él medía más de seis pies y vos sos bien chaparro...

Pedro: Ah no. Si de la Historia pasamos a las ofensas personales, yo ya no juego.

Celso: Pero qué tiene. Sos chaparro y eso no es ningún insulto. Yo no tengo la culpa de que la Fuerza Aérea Española tenga tan bajos los estándares.

Pedro: ¡No empecemos a joder la marrana! Si no fuera por la AECl, ¿cuándo hubierais tenido vosotros un programa espacial?

Celso: Pues nosotros construimos la estación de seguimiento orbital de Nandaime.

Pedro: Así quedó. ¿Sabías tú que hace trescientos años en Nandaime eran casi todos negros?

Celso: ¿Y por eso no pueden construir las paredes rectas?

Pedro: No, no digo eso. Digo que vosotros los nicaragüenses renegáis de vuestro pasado africano. Es como si yo renegara de mi pasado moro.

Celso: ¿Y quién reniega de los negros? Yo no.

Pedro: ¿Que quién reniega? Pues sin ir más lejos el más grande de todos ustedes, Rubén Darío, que los veía de cuarta.

Celso: Pero si Rubén Darío era mestizo

Pedro: Pero él se creía parisino o parnasiano. Poco menos que un fauno rubio.

Celso: Creo recordar que un paisano tuyo dijo que Darío era mulato

Pedro: Si te refieres a su amigo, el dramaturgo Valle-Inclán, lo que dijo de él es que era un poeta negro. Sólo para fastidiarle.

Celso: Pues si así es la cosa, reniego de Darío.

Pedro: Y yo de Valle-Inclán

Celso: Y yo del Palo 'e Mayo

Pedro: Y la corte celestial.

Celso: ¿No estaremos siendo demasiado drásticos?

Pedro: No hombre no, si de nuestros dos países no se saca uno.

Celso: Todo mundo tiene defectos y virtudes.

Pedro: ¿Qué virtudes tenemos nosotros? Empezando por la religión.

Celso: Que ustedes nos trajeron.

Pedro: La religión nos ha jodido la vida con su influencia nefasta. Oscurantismo, inquisición y terrorismo.

Celso: Abomino de todas las religiones, opio del pueblo, como repetía Mao

Pedro: Ese Mao de la China al fin resultó ser aún peor que nuestro inquisidor Torquemada; y eso nos lleva a los políticos.

Celso: Sanguijuelas del planeta.

Pedro: Del planeta, de tu tierra y de la mía.

Celso: Ellos son los culpables de nuestro atraso secular.

Pedro: Te recuerdo que estás en una nave espacial. Algún paso adelante se habrá dado.

Celso: Si de los míos dependiera, yo andaría empujando un carretón.

Pedro: Venga, macho, que estamos a mediados del siglo XXI

Celso: Repitiendo los errores del Siglo XX e incluso del XIX. Siempre el mezquino interés particular por encima del bien general.

Pedro: Te cuento que la degeneración no es exclusiva de las repúblicas americanas. La corrupción es general y en tu madre patria, pone los pelos de punta.

Celso: Siempre la misma historia. Primero tenía la culpa la herencia colonial. Luego el imperialismo. Pero cuando en 1930 tuvimos la ocasión de fundar un estado moderno, elegimos la vía caudillista, la de la mano dura, porque desconfiábamos profundamente de nosotros mismos.

Pedro: Igual decía Franco de los españoles; que éramos una raza ingobernable y había que meternos en cintura.

Celso: Igualito decía de nosotros el movimiento reaccionario, grandes admiradores de tu Generalísimo; que éramos todos unos indios cainitas irredentos. Y nos zamparon a Somoza para componernos. De verdad que esto parece las Vidas Paralelas de Plutarco.

Pedro: Nosotros despilfarramos el oro de América que les robamos a ustedes y nos metimos en continuas guerras civiles hasta llegar a la última y más salvaje, de la que emergió un carnicero que, para vergüenza nuestra, se murió en la cama, tras décadas de poder absoluto. ¡Los españoles también sabemos lo que es caudillismo!

Celso: Además, ustedes cargan con una monarquía de oscuro pasado

Pedro: Renuncio a la monarquía decadente

Celso: Renuncio al caudillismo

Pedro: Renuncio a la Joven Guardia Roja.

Celso: ¿Y quiénes son esos?

Pedro: Eran los maoístas de mi padre

Celso: Mientras tu padre baboseaba con aquel famoso Libro Rojo, el mío era un comandante del Frente Interno

Pedro: Y ¿qué hizo?

Celso: Sembrar el hombre nuevo

Pedro: Hombre, eso ya son palabras mayores. Ahí sí me la ganaste.

Celso: Y en más cosas te la gano, pero esto no es competencia.

Pedro: Tienes razón; no es competencia. Es un tribunal cósmico e imparcial... que estamos improvisando sobre la marcha.

Celso: Yo no sé qué tan imparcial sea...

Pedro: Es justo y necesario

Celso: En verdad es justo y necesario, es nuestra condenación, desmontar todos los mitos y abjurar de lo nuestro.

Pedro: Pues yo abomino de Mao, de los Borbones y de la dinastía Ming.

Celso: Fijáte que no son las dinastías lo que más importa. Lo que importa es de qué pasta están hechos nuestros pueblos, que son, a fin de cuentas, el sustento de todo poder.

Pedro: Dicho más sencillamente, cada pueblo tiene el gobierno que se merece.

Celso: Exactamente; pero dejemos ahora de filosofar y ponéte a leer el manual de instrucciones.

Pedro: A buenas horas, mangas verdes.

Celso: ¿Qué querés decir?

Pedro: Que esto tiene mal arreglo.

Celso: ¿Te refieres a nuestra situación o a nuestros pueblos?

Pedro: Estamos jodidos todos ustedes, como decía Luciano Marucci

Celso: ¿Y quién es ese?

Pedro: Un tenor de la Toscana

Celso: Entonces será Toscanini y no Marucci.

Pedro: Italia está llena de tenores

Celso: Nosotros sólo tenemos uno y es Presidente de la República.

Pedro: Pues con un par de óperas podría recoger dinero para rescatarnos

Celso: Sólo chochadas sos. Vos te creés que sólo es soplar y hacer botellas. No me mirés así y accioná algún mando, a ver si cambiamos el rumbo.

Pedro: Mejor le damos unos golpecitos al panel (Lo hace)

Celso: ¿Pero vos te creés que esto es un televisor en blanco y negro? (Le da golpes, pero más fuerte. Pedro le da un manotazo) Tenés razón. Mejor accioná los mandos. (El otro lo hace, mientras canta con música de "Maquillaje" de Mecano)

Pedro: Toco aquí, toco allá y el rumbo no quiere cambiar (bis). (Cuando cesa la musiquilla) Esto es como meneársela a un muerto.

Celso: ¡Qué bárbaro! ¡Clase de tapas!

Pedro: Sabes lo que te digo, mi Comandante Celso, que no tengo ganas de cambiar el rumbo.

Celso: ¿De la nave?

Pedro: Ni de la nave ni de la conversación.

Celso: Pero lo más urgente es salir de este atolladero; ya seguiremos hablando cuando americemos... en el Lago Cocibolca

Pedro: Entonces será cuando cocibolquemos.

Celso: Dejá ya de joder. (Toma el micrófono) Vamos a ver. Misión Cusuco, Misión Cusuco: conteste Diriamba. (Pausa) Aquí Misión Cusuco, Misión Cusuco; Diriamba Ground Control; can you hear me? (bis).

Pedro: ¿Crees que te van a oír mejor porque les hables en inglés?

Celso: De repente me escuchan en Cabo Cañaveral; no está tan lejos.

Pedro: Déjame probar a mí: Uan, tu, tri. Uan, tu, tri: ¿Me se oye, me se oye bien? (Silencio) ¿Me se oye, me se oye bien? (Silencio) Me cagüen

la leche que sus han dao; ¿me se oye o no me se oye? (Silencio) Pues estamos perdidos. No entienden ni en castellano antiguo.

Celso: Vamos a calmarnos, que no quiero ponerme nervioso.

Pedro: Tienes razón. (Se bajan de los asientos de control y hacen ejercicios de desentumecimiento; el nica hace como que boxea y el otro gimnasia)

Celso: Yo no sé si deberíamos gastar el oxígeno que nos queda haciendo ejercicio.

Pedro: Pues deja ya de boxear, que así vas a gastar el oxígeno de los dos.

Celso: (Cesando agotado) Pero si a vos te da igual vivir que morir

Pedro: ¡Que te cree tú eso! El instinto es lo primero. Simplemente trato de no pensar en ello.

Celso: (Aproximación confidencial) ¿Vos creés que nos rescatarán?

Pedro: ¿Sinceramente?

Celso: Claro

Pedro: Yo creo que no.

Celso: (Excitadísimo y señalando hacia la izquierda) Pues yo creo que sí. Mira a babor. Allá viene una nave. (Pedro mira a estribor y se produce un gag con la confusión) No hombre, eso es estribor. Por babor.

(En pantalla aparece Putin en una nave, al son del estribillo de la canción de Los Nikis "La increíble historia...": Te has metido en un buen lío/del que no podrás salir/que la suerte te acompañe/camarada Vladimir)

Pedro: Por babor, pare. Pare, por babor. Cinco y le marco (Presos de la mayor excitación, la siguen con la mirada 180 grados. La hacen gestos como si fuera una nave acuática y ellos náufragos)

Celso: No para.

Pedro: Ya te lo dije. (Pausa) Oye ¿tú has visto lo que yo he visto?

Celso: ¿Te refieres al cosmonauta de esa nave?

Pedro: Todo rectecito, peinadito

Celso: Como muñeco de cera

Pedro: Si. A mí me ha parecido...

Celso: Vladimir Putín

Pedro: El mismo que viste y calza.

Celso: Pero si Putín se murió hace años

Pedro: Pues era él.

Celso: ¿Estás pensando lo que yo estoy pensando?

Pedro: Me temo que sí.

Celso: Que lo han embalsamado

Pedro: Afirmativo

Celso: Y lo han puesto en órbita.

Pedro: Señor. Sí señor.

Celso: A la púchica. Eso sí es culto a la personalidad.

(La nave desaparece y queda en pantalla brevemente el zar, vestido de astronauta)

Pedro: A este hombre como era menudito le llamaban Putín. ¿Cómo le hubieran llamado si fuera un gigantón como Pedrarias?

Celso: No sigás. Me lo imagino

Pedro: ¿Tú sabes qué significa Vladimir?

Celso: Que yo sepa era el nombre de Lenín y es el de tu hijo en la vida real.

Pedro: Vladimir significa “el que domina el mundo”

Celso: Ahí lo tenés. Por fin puede dominar el mundo desde arriba.

Pedro: Qué romántico suena: Reinar después de morir (Putín desaparece)

Celso: Dejáte de realezas. ¿No habíamos renunciado a las monarquías?

Pedro: Y a las dinastías, las satrapías, las canonjías, las mojangas, las repúblicas y hasta al Real Madrid.

Celso: ¿Y qué tiene que ver el Real Madrid en esto?

Pedro: Que en mi país siempre era el equipo del Régimen: daba igual qué Régimen hubiera.

Celso: ¿Y quién se acuerda hoy del Real Madrid desde que el Real Estelí se coronó campeón mundial de clubs?

Pedro: Yo abomino del Madrid, del Estelí y hasta del River Plate, pero he de reconocer que el Madrid me pone nostálgico; me trae recuerdos de mi más tierna infancia. ¿Quieres que te cante una canción?

Celso: Pues no creo que estemos para músicas, pero mientras no consumas mucho oxígeno, hacé lo que querrás.

Pedro: (Canta, caminando primero garboso y luego marcial) En las tardes abrileñas/caminando a Chamartín/ las mocitas madrileñas van alegres y risueñas porque juega su Madrid. Hala Madrid, Hala Madrid, a luchar en buena lid/defendiendo su color.

Los dos: (Uniéndose al rito marcialmente) Hala Madrid, Hala Madrid, a luchar en buena lid, caballeros del honor. Hala Madrid, Hala Madrid, Hala Madrid. (Chocan entre sí. Se miran con extrañeza)

Celso: ¿Vos creés que nos estamos volviendo locos?

Pedro: Quizás nos afecta la altura o la falta de oxígeno. ¿Quieres que te cante “Cocidito madrileño”?

Celso: No es necesario. Cantáme mejor “Mateare, torta de sardinas”

Pedro: ¿Tu eres de Mateare?

Celso: Exactamente. Dónde está la Escuela Centroamericana de Astronautas.

Pedro: ¿Mateare es donde los quesillos?

Celso: No hombre. Eso son Nagarote y La Paz Centro, hoy compactadas en "The Quesillo Grand Mall". Yo soy de Mateare.

Pedro: Hombre, yo leí que antiguamente en Mateare casi todos eran negros.

Celso: ¿Y qué te agarra a vos con los negros?

Pedro: No, no, no pienses mal. Como soy científico, no puedo ser racista. Todo el mundo sabe que la raza humana nació en África. Te lo digo porque ahora entiendo por qué te pareces tanto a tu Rubén Darío.

Celso: Es que yo "soy Darío". Todos los nicaragüenses somos Darío.

Pedro: Pero si lo habíamos borrado de la lista, precisamente por racista.

Celso: Pues entonces borraré también de la lista a Federico, por marica.

Pedro: Lo borramos por español, no por marica, que conste.

Celso: Pues entonces también Darío va de viaje, por nicaragüense.

Pedro: ¿Tú crees que se salve alguien?

Celso: A como vamos cortando cabezas, yo no lo creo.

Pedro: ¿Y nosotros?

Celso: Nosotros menos que nadie.

Pedro: Pero, ¿qué nos está pasando?

Celso: Que conforme vamos viendo el final del túnel, todo se hace más diáfano.

Pedro: Es cierto. Y se nos vienen encima las taras que los nuestros han venido acarreando.

Celso: (Levantándose con energía) Los míos fueron un día guerreros altivos y hoy son sólo un hatajo de borregos dormidos.

Pedro: (id.) Mis comunistas de ayer hoy son sólo consumistas. ¿Tú has visto los anuncios en los periódicos de izquierdas?

Celso: ¿Dónde sepultamos los valores, dónde lo ideales?

Pedro: Los míos fueron ayer un bastión antifascista y hoy sólo son fanáticos de la moda.

Celso: Y conservadores.

Pedro: Y conservadores y envidiosos, vanidosos, rencorosos.

Celso: Asesinos de mujeres, pederastas

Pedro: Alto ahí; no te pases, que en eso también estamos parejos.

Celso: Y católicos, apostólicos y romanos.

Pedro: Recuerda que ese paquete os lo mandamos a vosotros hace un montón de años. Y a la postre de nada sirvió, porque los nicas se olvidaron de Roma y hoy son todos (manos arriba, haciendo ambos la ola como evangélicos) "A Su nombre" (bis)

Celso: Yo no sé qué será peor.

Pedro: Pues lo de ahora; lo de sacarle el dinero a la gente con la promesa de algo que no existe. Y para mayor encabe, te prohíben hasta echarte un trago.

Celso: Eso de encabe es nicaragüense.

Pedro: Acuérdate que soy políglota

Celso: ¿Politeísta?

Pedro: Politeísta es creer en muchos dioses. Yo soy todo lo contrario

Celso: Yo pienso que hay que ser tolerante con las otras religiones.

Pedro: No creo en la mía, que es la única verdadera, cómo voy a creer en las demás.

Celso: Pues si Dios existe, seguro que te castiga.

Pedro: Castigo es lo que tienen allá abajo. ¿Tú has visto los noticieros de sangre que gustan en tu país?

Celso: ¿Y vos has visto los noticieros de chismes y de oprobio que gustan en el tuyo?

Pedro: ¿Y esa obsesión vuestra por sembrar de basura cada rincón del solar de Monimbó?

Celso: ¿Y la hipocresía congénita de ustedes, que nos exportaron amarradita a la represión sexual?

Pedro: Es cierto, mi Comandante; tu y yo no hemos tenido sexo desde el lanzamiento

Celso: Ya no estamos en edad. Además, sospecho que en la basura que comemos nos ponen estatinas.

Pedro: Pero si las estatinas son para el colesterol

Celso: Pero producen impotencia. De ustedes también heredamos la obsesión por perseguir el pecado nefando.

Pedro: ¿Que es el pecado nefando?

Celso: (Alto y claro) La sodomía.

Pedro: (Canta gay con estribillo de "El Telegrama") No lo sabía, no lo sabía.

Celso: (Señalando al otro) Es una ancestral costumbre

Pedro: ¿Y la costumbre de la impuntualidad? Si tú mismo llegaste a la cápsula espacial cuando ya se había iniciado la cuenta regresiva

Celso: Eso es un golpe bajo.



Pedro: Me disculpo. Decíamos ayer que de nuestros dos países no se saca uno.

Celso: Un par de Estados fallidos. Vamos, que casi dan ganas de darle gracias a Dios por andar perdidos en el espacio.

Pedro: Y no tener que volver a bajar.

Celso: Digamos no poder volver a bajar.

Pedro: Pero si es que, bien mirado, no merece la pena

Celso: Sí hombre sí, tenés razón. Aunque yo esté muerto de miedo, hay que ser consecuente.

Pedro: El análisis concreto de la situación concreta.

Celso: Nuestros pueblos son una estirpe de acomodados y cobardes. ¿Vos que decís?

Pedro: Yo, lo que diga mi Comandante.

Celso: (Asomándose a una ventana imaginaria por proscenio izquierda) Mirá, mirá, aquel punto café que antes fue verde. Es España.

Pedro: Tremendo secarral.

Celso: (Cantando con música de "El beso") En España, el desierto avanza

Pedro: (Id.) Ya no hay reserva de Indio-Maíz.

Celso: ¡El precio que hay que pagar por el progreso!

Pedro: Hemos sido muy concienzudos en talar y en secar nuestros países.

Celso: Vidas paralelas.

Pedro: ¿Tú sabes que hace tiempo un mono podía cruzar España de árbol en árbol sin tocar el suelo?

Celso: Pero si en España no hay monos.

Pedro: Ni árboles. Los cortamos para hacer barcos.

Celso: Y venir en ellos a jodernos la vida.

Pedro: No me hagas mucho caso, pero creo que fue para construir la Armada Invencible.

Celso: Por lo menos ustedes construyeron algo. Yo no sé dónde se fue nuestra madera.

Pedro: Como en Masaya sobraba, la mandarían a la China.

Celso: Ya somos un desierto, como España.

Pedro: Vidas paralelas. (Pedro se arma de un desatascador y lo aplica a un punto determinado, vuelto de espaldas, en foro derecha)

Celso: ¿Qué hacés?

Pedro: Estoy tratando de desatascar el relé de la luminiscencia dinámico-motora. (Pausa) Y no puedo. Habría que llamar a un fontanero.

Celso: Olvidé en tierra las páginas amarillas. Déjame probar a mí. (Le quita el desatascador y prueba varias veces). Compró ahora en el panel.

Pedro: Nada. La señal sigue apagada. Deja ya el desatascador.

Celso: No, no lo dejo; (Lo enarbola fálico) Este chunche me inspira. Ahora verás. (Pedro teme una agresión sexual y se asusta, pero Celso utiliza el desatascador como guitarra. Canta con música de Gastón Pérez) Sólo una vez, platicamos tú y yo...

Pedro: Y empoderados quedamos

Los dos: (Cantando) Nunca pudimos hablarnos así, con tanta sinceridad.

Pedro: (Tras la melosidad, la reacción contraria) Reniego de las baladas cortapulsos, renuncio a la bachata envilecida

Celso: (Tirando el desatascador) Y yo al rock and roll, la bossa nova, al rap, al reggae y a la trova cubana.

Pedro: Abomino de las marchas militares y de los bailes flamencos

Celso: Renuncio a la marimba y a los sones de toros.

Pedro: ¿Entonces qué nos queda?

Celso: Nos queda Agustín Lara. (Con nueva imagen, empiezan a sonar los compases de "Solamente una vez") ¿Me concede esta pieza?

Pedro: Tengo que confesarle que soy hombre.

Celso: Nadie es perfecto. (Se enlazan, y bailan sobre fondo musical, desplazándose sobre la improvisada "pista")

Ambos: (Cantan, entrando en la segunda estrofa y alternativamente) Muchas más de una vez/amé a los míos/con la firme y total/renunciación/mas cuando ellos libremente eligen así resignarse/hay campanas de duelo que tañen en el corazón (Hasta que acaba la música, siguen bailando en silencio...guardando las distancias)

Pedro: Gracias, Comandante Celso, ha sido una experiencia inolvidable

Celso: ¿Por la falta de oxígeno?

Pedro: Por la falta de oxígeno y la falta de tabúes...Aunque sea un bolero de clavar, será nuestro último vals.

Celso: Y usted no me ha faltado el respeto.

Pedro: Recuerde que soy oficial y caballero.

Celso: Si alguien nos oyera, si nos vieran, Consejo de Guerra seguro.

Pedro: Es cierto; al aceptarle el baile olvidé que somos militares.

Celso: Puede decirse que ya estamos en la escala de reserva.

Pedro: Yo creo que más que en la escala de reserva, estamos en situación de retiro... forzoso.

Celso: Muy bueno; le dijo la mula al freno

Pedro: Y entre más grande más bueno.

Celso: Esa es la triste realidad de nuestros pueblos.

Pedro: ¡Vivan las ca'enas!

Celso: Y olé.

Pedro: Yo creo que ya consumamos nuestra última venganza.

Celso: Venganza no sé, pero última... desde luego.

Pedro: Pues investidos de este poder astral, renunciemos a la cultura universal. Proceda, oh Tastuanes, con nuestro testamento sideral.

(Celso sube a taburete en proscenio derecha, adoptando aires shakesperianos para la letanía y Pedro le responde desde abajo con ademanes de guitarrista punk –la guitarra vuelve a ser el desatascador)

Celso: Decantación

Pedro: No al pueblo ni al patrón

Celso: Abjuración.

Pedro: De toda religión

Celso: Vulneración

Pedro: De toda convención

Celso: Insumisión

Pedro: Al concepto de nación

Celso: Abolición

Pedro: De toda institución

Celso: Renegación.

Pedro: Soy todo deserción

Celso: Renunciación.

Pedro: A toda tradición

Celso: ¡El atool!

Pedro: No te salgas del guión

Celso: Degradación

Pedro: Es purificación

Ambos: Auto-auto-destrucción; auto-auto-destrucción.

(Se quedan sin aliento y vuelven trabajosamente a sentarse en cabina)

Celso: ¿Comienzo la cuenta regresiva?

Pedro: La cuenta regresiva les queda a los de abajo.

Celso: Es cierto; nosotros vamos a estrellarnos en la luz.

Pedro: Como dijo Kurt Cobain: Es mejor arder que desvanecerse

Celso: Nosotros le haremos dos en uno.

Pedro: Aún nos queda dar un par de vueltas al ruedo.

Celso: Y salir por la puerta grande, a hombros de la nada.

Pedro: ¿Estás sugiriendo, Comandante Tastuanes, un paseo espacial?

Celso: ¿Con el tequio de ponerse ese traje, todo lleno de tubos? ¿Con el olor a chamusquina que se respira ahí fuera? No fregués, hombre. ¡Con la radiación que está cayendo!

Pedro: A estas alturas, la radiación me la suda.

Celso: No, no, mejor apagarse en esta lata de sardinas, calentitos.

Pedro: Con lo épico que sería ese paseo final entre constelaciones y estrellas, mirando por encima del hombro a ese planeta azul al que hemos renunciado...

Celso: Vos has visto muchas películas, mi Comandante.

Pedro: También he leído mis cuatro libros. ¿Has oído hablar de Borges?

Celso: ¿Pero a estas alturas seguís pensando que soy un indiorante? No sólo lo conozco, sino que lo he leído. Verlo, lo que se dice verlo, no lo he visto nunca.

Pedro: Es igual; él tampoco te hubiera visto a ti. Pues dice Borges que antes las distancias eran mayores por que se medían por el tiempo.

Celso: Este Borges es fiero. No le conocía esa faceta de físico cuántico. ¿Y vos has oído hablar de Walt Whitman?

Pedro: Hum... Creo que era un viejo mariquita, amigo de Federico.

Celso: ¡No seás bestia! (Declama) "Una pulgada cúbica de espacio es un milagro" Eso suena a la alta poesía del nicaragüense don Alfonso Cortés, ¿verdad?

Pedro: Todos los nicaragüenses son poetas y tú eres, además, un cursillista reciclado en astronauta. Ojo, que he dicho cursillista; no cursi.

Celso: A vos no se te halla el acomodo. Hay una frase de Einstein que te queda como anillo al dedo. Y a Einstein no le vas a poner peros. Una frase cósmica.

Pedro: Soy todo oídos, Comandante Celso.

Celso: (Levantándose solemne) "Hay dos cosas infinitas: el Universo y la estupidez humana. Y del Universo no estoy seguro"

Pedro: ¿No será una indirecta contra mí?

Celso: A quien le calce el guante, que se lo plante. ¿O es que eres tan pedante que te crees el único idiota? Esta aventura espacial es una solemne estupidez que fraguaron allá abajo y nosotros, pobres sonsos, nos estamos disculpando por besar el cielo (El habla de ambos comienza a hacerse más lenta y pesada)

Pedro: O sea, ¿que no hay esperanza?

Celso: (Canta la primera frase) Dicen que la esperanza es el olvido (se sienta agotado), perdón, dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero aquí pone, en el manual, que a cien mil pies del suelo, eso no aplica.

Pedro: O sea que ¿nada funciona?

Celso: Nada de nada.

Pedro: ¿Ni aquí arriba ni allá abajo?

Celso: No

Pedro: ¿Tú crees que nos habrán oído?

Celso: De repente su audio sí funciona.

Pedro: Pues entonces la hemos cagao.

Celso: La habrás cagado vos, Gachupín antropo-ilógico, por decir que los de Nandaime y los de Nagarote descienden de los negros.

Pedro: Pero ¿cómo los de Control de Tierra van a tener prejuicios raciales a estas alturas?; son ingenieros.

Celso: Sí, sí, ingenieros; pero no egresados de la URACCAN

Pedro: No seas aguafiestas. Voy a intentar de nuevo; aunque sea por última vez. Aquí Misión Cusuco. Aquí Misión Cusuco para Control de Tierra: ¿me escucha, Nandaime, me escucha?

*Interferencia:*(En medio de rumores estáticos, una voz confusa de telefonista femenina) ¡Un momento, Nagarote, que está hablando La Paz Centro!

Pedro: ¿Qué ha sido eso?

Celso: Era una telefonista de hace cien años.

Pedro: ¿Y qué ha dicho?

Celso: Ha dicho: Un momento Nagarote que está hablando La Paz Centro.

Pedro: ¡Santo cielo! Hasta la tecnología del pasado nos condena.

Celso: No se puede renegar de todo y esperar alguna recompensa

Pedro: Aun así, siento que este desastre nos ha purificado

Celso: Ha sido... como una terapia de altura. Sólo se nos olvidó una cosa

Pedro: ¿Renegar del ron Plata?

Celso: Renegar de Borges, de Einstein y Walt Whitman

Pedro: Sea. Caiga sobre sus calaveras venerables la lluvia estelar del olvido.

Celso: Y ahí nos vamos todos en el saco; compañero, alea jacta est.

(Suena la canción "Space Odity" de David Bowie; sofocados, se desabrochan la camisa, se despiden lenta y ritualmente, descienden de cabina y ambos bailan a cámara lenta una danza de muerte contra el aire agotado, antes de ir perdiendo

resuello y caer al suelo, mudos e inermes. Breve oscuro. A las notas del “Aleluya” de Haendel la escena resplandece y surge en pantalla la imagen de Dios, patrocinado por el F.C. Barcelona. Con gesto admonitorio y acento daliniano, pontifica: “Que conste que esta basura espacial se salva solamente por mi infinita misericordia”. Los astronautas se yerguen deslumbrados (¿resucitados?) ante la visión, se miran atónitos entre ellos; miran igual al público. Luego cambian a expresión normal y saludan militarmente antes de que Dios desaparezca y sea el FIN)

*Dedicada al maestro José Sanchís Sinisterra*

Estrenada por el Teatro de Cámara de Managua el 28 de marzo de 2017 en el V Festival de Teatro, Universidad Centroamericana (UCA)  
Reestrenada el 31 de marzo de 2017 en “Expo Teatro 2017”  
en el Teatro Nacional Rubén Darío

Celso:	José Arias
Pedro:	Javier Amor
Dios:	Matías Hernández
Creación Audiovisual:	Santiago Salvador
Realización:	Amelia Barahona
Dirección:	Salvador Espinoza

